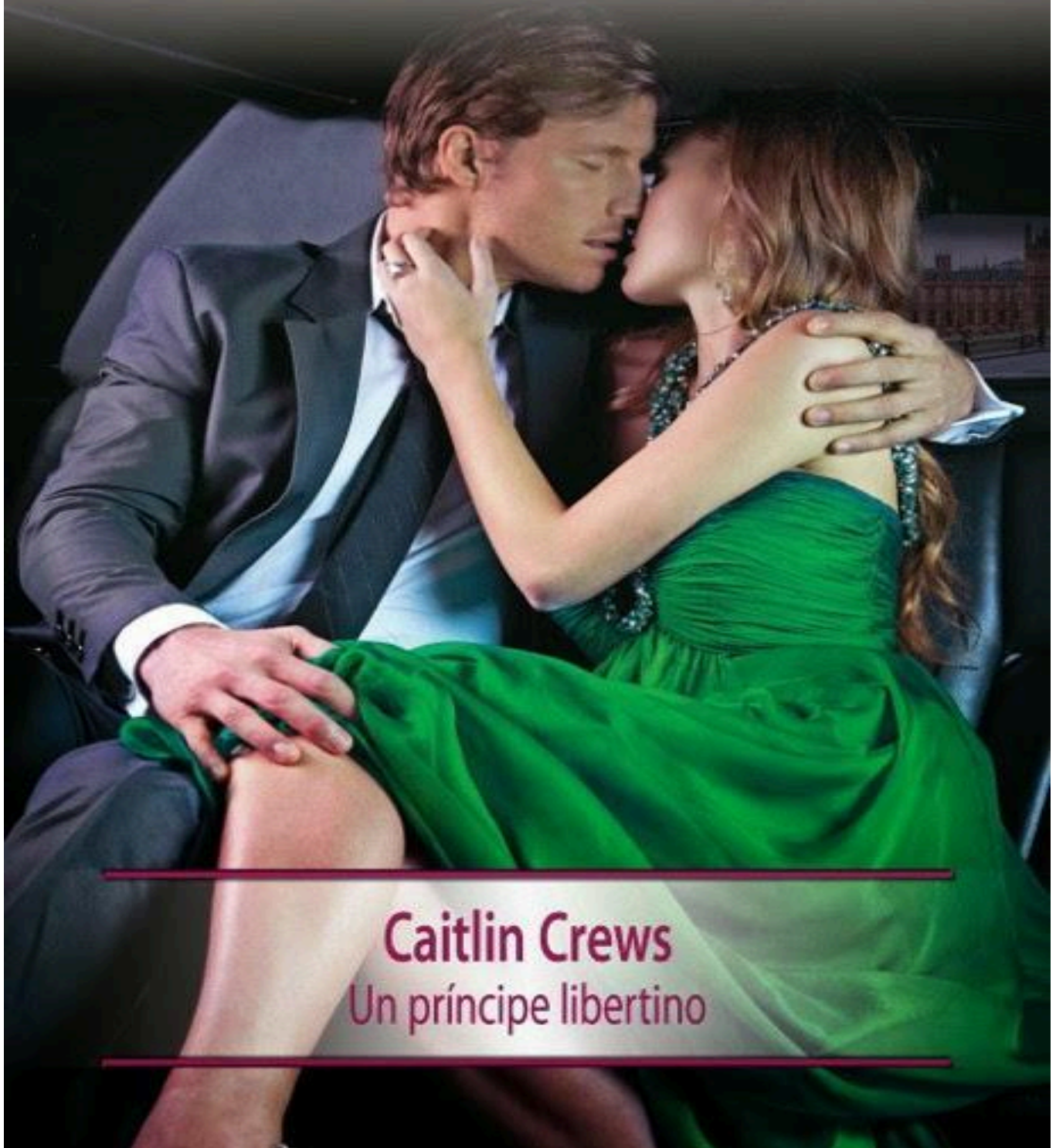


Un Principe Libertino- Caitlin Crews

 HARLEQUIN™

Bianca™



Caitlin Crews
Un príncipe libertino

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Un Príncipe Libertino

Caitlin Crews

Serie Royal and Ruthless #01

Argumento:

Era el hombre más libertino del reino de Kitzinia... si no del mundo entero

Adriana Righetti, secretaria personal de palacio, no era ajena al escándalo, pero el príncipe **Pat** llevaba el libertinaje a un nivel desconocido. Sus infames relaciones con mujeres de mala fama iban más allá de lo escandaloso. Su último encargo era mantener a raya al príncipe, pero evitar que saliera en la prensa antes de la boda de su hermano, el príncipe heredero, era una misión imposible.

Sin embargo, cuando las cámaras no estaban mirando, Adriana miraba tras la fachada de hombre despreocupado y disoluto y se preguntaba... ¿habría algo más en aquel príncipe rebelde de lo que todo el mundo conocía?

Capítulo 1

Su Alteza Real el príncipe Patricio, el ser más libertino del reino de Kitzinia, si no del mundo entero, y la cruz de la existencia de Adriana Righetti, estaba tumbado sobre la suntuosa y principesca cama de su apartamento en el palacio, profundamente dormido a pesar de que era más de mediodía.

Y no estaba solo, comprobó Adriana al entrar en la habitación.

Según la leyenda y los cotilleos de las revistas, Pat, como era conocido por todos, sin la presión y las responsabilidades de su hermano mayor, el heredero de la corona, y sin una onza de conciencia o sentido de la responsabilidad, no había dormido solo desde que era adolescente.

Adriana había esperado encontrarlo abrazado a la golfa de turno, la pelirroja con la que había escandalizado a todos por la noche, durante la celebración del compromiso de su hermano.

«Imbécil».

Pero cuando miró la gran cama delante de ella, la frustración que la había llevado hasta allí se convirtió en furia. No solo estaba la pelirroja sino también una morena, las dos mujeres desnudas y tiradas sobre lo que se conocía como «el tesoro de Kitzinia», el ancho y dorado torso del príncipe, de esculpida belleza masculina, con una sábana escandalosamente colocada sobre sus partes íntimas.

Aunque «escandaloso» en aquel contexto era algo relativo.

–No tienes por qué asustarte –escuchó la voz del príncipe, que la miraba con ojos de alcoba y una sonrisa torcida en los labios–. Hay sitio para otra más.

–Muy tentador –replicó ella, intentando que su voz sonase calmada–. Pero me temo que debo declinar la invitación.

–Este no es un deporte para espectadores.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Pat apartó a la morena con una habilidad conseguida con la práctica y se apoyó en un codo, sin notar o sin que le importase que la sábana se deslizase hacia abajo. Adriana contuvo el aliento, pero la sábana preservó lo que quedaba de su modestia.

–Ven a la cama o vete –la retó él.

Adriana observó esa piel bronceada, tentadora. El príncipe Pat, libertino de fama internacional y oveja negra de la familia real de Kitzinia, era absolutamente insoportable. No le importaba nada salvo su propio placer, y a ella le gustaría estar en cualquier otro sitio.

Durante los tres últimos años, había sido la ayudante personal del príncipe Lenz, un trabajo que le encantaba a pesar de que a menudo tenía que solucionar problemas que creaba Pat. Las demandas de paternidad, la vengativa aparición de una examante en televisión, coches que valían millones destrozados, titulares escandalosos... era la espina en el costado de su responsable hermano mayor y, por lo tanto, también en el suyo.

Y gracias a su incapacidad para comportarse durante un solo día, ni siquiera en la fiesta de compromiso de su hermano, Pat sería su problema durante dos meses, hasta la boda de Lenz y Lissette, una boda real esperada por todos.

Adriana no podía creer que aquello estuviera ocurriendo. Había pasado de trabajar al lado del futuro rey de Kitzinia a tener que sacar la basura de la familia. Después de años de lealtad y duro trabajo, cuando empezaba a creer que de verdad había borrado la histórica mancha que había caído sobre la una vez orgullosa familia Righetti...

–Pat necesita que alguien cuide de él –le había dicho el príncipe Lenz esa mañana, en su estudio privado.

Adriana sufría por él, por la carga que llevaba sobre sus espaldas. Haría cualquier cosa que le pidiera, cualquier cosa; solo desearía que le hubiera pedido algo diferente. Pat era la única parte del palacio que no podía soportar.

–Solo quedan dos meses para la boda y no puede haber un escándalo diario en la prensa. Hay demasiadas cosas en juego.

Lo que estaba en juego, y Adriana lo sabía bien, era el matrimonio de Lenz con la princesa Lissette, que el mundo entero veía como un cuento de hadas. O lo vería si Pat pudiera contenerse durante cinco minutos. Kitzinia era un pequeño país en los Alpes, con famosas estaciones de esquí, preciosas montañas, lagos y castillos. Una economía turística como la de Kitzinia necesitaba cuentos de hadas, no príncipes disipados y dispuestos a autodestruirse delante de las cámaras.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Dos meses en ese infierno, pensó, bajo la burlona mirada de Pat. Dos meses soportando un desfile de mujeres, bromas de mal gusto y aquella falta de propiedad y preocupación por nada que no fuera su propio placer.

Pero Lenz quería que hiciera aquello. Lenz, que había creído en ella, olvidando su infausto apellido cuando la contrató. Lenz, por quien caminaría sobre brasas encendidas. Lenz, que merecía un hermano mejor.

Tendría que hacerlo.

–Preferiría caminar a gatas sobre un mar de cristales rotos que ese circo al que usted llama cama –replicó, sonriendo amablemente–. Lo digo con todo el respeto, Alteza.

Pat echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Y Adriana tuvo que admitir, a regañadientes, que su risa era increíblemente atractiva, como todo en él. No era justo. Si el interior hiciese juego con el exterior Lenz tendría ese aspecto. El espeso pelo de color castaño oscuro con reflejos dorados, esa boca de pecado, esa estructura ósea que hacía que un artista se emocionase. Lenz, no Pat, debería haber heredado la famosa belleza de su madre. Esos pómulos, esos ojos dorados, la sonrisa que provocaba mareos y la risa que iluminaba una habitación.

Sencillamente, no era justo.

Pat saltó de la cama, envolviéndose perezosamente la sábana en la cintura. Para tentarla, pensó Adriana, mientras lo veía estirarse como un gato arrogante.

–¿Qué hace tan temprano en mi dormitorio el perrito faldero de mi hermano? –le preguntó, con esa voz ronca suya–. Y con expresión de censura, como siempre.

–Para empezar, son más de las doce. No es temprano sino todo lo contrario.

–Eso depende de a qué hora te hayas acostado –replicó él.

Adriana miró la cama y su desnudo contenido enarcando una ceja y Pat rio de nuevo, como si le pareciese divertidísimo. Pero lo último que ella quería era servirle de diversión. Si pudiera, no tendría que verlo en absoluto.

Pero eso no dependía de ella.

–Y, para terminar –siguió–, es hora de que sus acompañantes se vayan, por bien que lo haya pasado esta noche. Y, por favor, no comparta conmigo los detalles, no me interesan. ¿Hará usted los honores o debo llamar a la guardia real para que las eche de palacio?

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–¿Te estás ofreciendo a ocupar su sitio? –la desafió él.

Sin darse cuenta, Adriana clavó la mirada en su bronceado torso de pectorales marcados y...

«Por el amor de Dios, espabilate», se regañó a sí misma. «Lo has visto antes, como todo el que tenga televisión o conexión a Internet».

Incluso había visto fotografías tan subidas de tono que no podían publicarse, algo que, según Lenz, había hecho reír a su hermano. De modo que había visto todo lo que tenía que ver, pero nunca había estado tan cerca, en su dormitorio, con él medio desnudo.

Y era diferente. Muy diferente.

Tuvo que hacer un esfuerzo para levantar la mirada y, cuando sus ojos se encontraron, en los de Pat casi podía leer sus propios pensamientos.

–En la cama, me gustan las cosas a mi manera –empezó a decir él, el rictus de su boca demasiado burlón para ser una simple sonrisa–. Pero no te preocupes, si cumples mis reglas, merecerá la pena.

El aire se cargó de algo; Adriana no sabía de qué.

–No tengo el menor interés en su vida sexual –replicó. Pero no había esperado que la afectase tanto tenerlo cerca. Había pensado que sentiría repulsión. Y así era, naturalmente–. Y, en cualquier caso, es innecesario porque ha salido en las portadas de todas las revistas.

Pat dio un paso adelante y la sorprendió por completo tirando de las solapas de su chaqueta. Una, dos, tres veces. Se quedó de piedra, sin saber qué hacer.

Unos segundos después, él bajó las manos y Adriana vio que le había desabrochado la chaqueta, dejando al descubierto la camisola rosa de seda. Lo único que se interponía entre su piel y la ardiente mirada de Pat.

–Regla número uno –siguió él, su voz más ronca que antes–. Vas demasiado vestida. Yo prefiero ver algo de piel.

Adriana llevó oxígeno a sus pulmones, pero tuvo que hacer un esfuerzo. Ese era el juego de Pat, eso era lo que hacía, desconcertar a la gente. Y ella no estaba allí para seguirle el juego.

–No va a funcionar –le advirtió, intentando mostrarse serena. Eso era lo que él quería, que saliera corriendo como habían hecho otras ayudantes. Pero no iba a ser

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

una de ellas.

–¿Ah, no? ¿Estás segura?

–No soy el perrito faldero de su hermano –replicó Adriana, irguiendo los hombros–. Gracias a su desastroso comportamiento de anoche, que ha ofendido no solo a su hermano, sino a su futura cuñada y su familia, por no hablar del cuerpo diplomático, soy suya hasta la boda de su hermano.

Los ojos de Pat se volvieron más dorados de repente, como oro líquido, ardiente. Tan perversos como él.

–¿No me digas? ¿Toda mía?

Pensando que su corazón iba a salir disparado de su pecho, Adriana tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la serenidad.

«Esto es lo que hace siempre», se recordó a sí misma. «Está intentando ponerte nerviosa.

–Por favor, cálmese. Soy su nueva ayudante, secretaria o niñera, como quiera llamarlo. Da igual, el trabajo es el mismo.

–Yo no necesito un perro faldero –replicó Pat–. Y si lo necesitara no elegiría uno aburrido que se dedica a regañarme y mostrarse indignada cada vez que respiro.

–No cuando respira, solo cuando actúa. O cuando abre la boca y... –Adriana miró su torso desnudo– cuando se quita la ropa ante la menor provocación.

–Bueno, ya puedes irte –Pat señaló la puerta–. Corre a mi noble y buen hermano y dile que me como a los perritos falderos de desayuno.

–Entonces es una pena que se haya saltado el desayuno, como de costumbre –replicó ella–. Porque no pienso ir a ningún sitio, Alteza. Llámeme lo que quiera, usted no puede insultarme.

–Insulté a Lissette y su familia sin intentarlo siquiera. O eso dices tú –Pat arqueó una ceja, invocando pecados, invitándola a cometerlos–. Imagina lo ofensivo que puedo ser cuando elijo un objetivo.

–No tengo que imaginarlo, he sido yo quien ha tenido que enmendar sus cinco últimos escándalos. Y eso solo este año.

–Varios médicos a los que no conozco de nada han dicho que soy un adicto a la adrenalina –siguió Pat, estudiándola–. Creo que eso significa que me gustan los retos. ¿Quieres que pongamos a prueba esa teoría?

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–No tengo intención de desafiarlo –dijo Adriana–. Puede insultarme todo lo que quiera, me da igual lo que piense de mí.

–Pero soy un príncipe y supongo que tu deber como súbdita y miembro del equipo de palacio es satisfacer todos mis caprichos. Y se me ocurren varias posibilidades.

¿Por qué la afectaba de ese modo? No era la primera vez que hablaban, aunque sí la conversación más larga y a solas. Además, ella nunca había sido el centro de atención, solo había estado cerca. Esa era la diferencia.

–Lo único que importa es que deje de ser un problema para la boda de su hermano. Mi papel es asegurarme de que sea así –Adriana sonrió de nuevo, pensando que había lidiado con cosas mucho peores que un príncipe libertino y que, mucho tiempo atrás, había aprendido a mantener la calma. ¿Por qué iba a ser aquello diferente?, se dijo–. Y debo advertirle, Alteza, que hago muy bien mi trabajo.

–Pero yo solo oigo un desafío detrás de otro. Te confieso que es como un canto de sirena para mí.

–Resístalo –sugirió ella, irónica.

Pat sonrió entonces y Adriana tuvo la extraña sensación de que estaba jugando con ella. Que era algo más que un libertino, que había algo detrás de esa fachada. Era desconcertante.

–No es solo su hermano quien me quiere en este puesto –siguió, intentando encontrar algo en lo que apoyarse–. Su padre también lo ha dejado bien claro.

–Ah, mi padre. ¿Vas a sacar la artillería pesada? ¿Significa eso que he conseguido alterarte? Pues como táctica es un desastre. No deberías hacérmelo saber.

–Le estoy explicando la situación –replicó ella, aprensiva. Como si lo hubiera subestimado.

–No tengo intención de desobedecer al rey –dijo Pat, con un tono que no pudo interpretar–. Si el rey desea cargarme con la tediosa policía moral, que así sea. Pero que sea precisamente una Righetti... en fin, adoro las ironías.

Adriana apretó los labios. No había esperado que usase su apellido, pero debería. «Qué tonta», pensó, intentando contener una oleada de angustia. Debería haberse ido de Kitzinia como habían hecho sus hermanos y primos para vivir felizmente en el anonimato. ¿Por qué había imaginado que ella sola podría limpiar la mancha que había caído sobre su familia; una mancha que nadie en el reino olvidaba por un instante? ¿Por qué seguía creyendo que podía cambiar eso?

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Pero lo único que le mostró fue la sonrisa que había aprendido con los años.

–Y yo pensando que no sabía el nombre del perrito faldero...

–Todo el mundo conoce tu nombre, Adriana. La sangre es la sangre –Pat se encogió de hombros.

No sabía por qué, pero eso fue como un puñetazo. Era la verdad y no había sido particularmente grosero. Aun así le dolió.

–Almado Righetti cometió un terrible error hace cien años –dijo ella. No se puso colorada y, por supuesto, no derramó una sola lágrima. Había superado todo eso en el colegio–. Si espera que salga corriendo porque ha mencionado la historia de mi familia, me temo que va a llevarse una desilusión.

De nuevo, vio ese algo desconcertante en su hermoso rostro. Pero desapareció de inmediato.

–Yo ni quiero ni necesito un perrito faldero –le espeto él de repente, con tono helado.

–Yo no trabajo para usted, Alteza. Es, sencillamente, una tarea que me ha encargado el príncipe Lenz.

Pat seguía mirándola con aparente tranquilidad, pero había algo en el aire, no sabía qué. Una bobada. Aquel hombre era un amoral, nada más. Una molestia para ella durante los próximos dos meses.

–No recuerdo que haya ningún mártir en la familia Righetti –replicó Pat–. Tus antepasados eran más bien traidores, asesinos o insidiosas amantes reales, ¿no? Si quieres, podemos hablar de esto último. Odio una cama vacía.

–Evidentemente –murmuró Adriana.

–Regla número dos: soy un príncipe y siempre es apropiado arrodillarse ante un príncipe. Podrías empezar ahora mismo.

De repente, como si hubiera conjurado esa imagen, Adriana se imaginó haciéndolo. Se imaginó de rodillas ante él, apartando la sábana y haciendo lo que claramente estaba sugiriendo que hiciera...

Sintió que le ardía la cara y Pat esbozó una burlona sonrisa.

Lo sabía.

Que Dios la ayudase, lo sabía.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Cuando oyó que una de sus compañeras de cama lo llamaba, se agarró a eso como si fuera un salvavidas.

–Parece que lo necesitan –murmuró, la adrenalina haciendo que su voz sonase falsamente calmada. Sabía que no podía mostrar miedo. Pat era como un animal salvaje que se lanzaría sobre ella a la primera oportunidad.

–Es así a menudo –dijo él, en su tono un mundo de sensuales promesas–. ¿Quieres que te demuestre por qué?

Adriana miró a la pelirroja, que se había sentado en la cama, tan despreocupada por su desnudez como Pat.

Adriana lo odiaba y odiaba aquello. No sabía por qué Pat la afectaba de tal modo. Quería hacer su trabajo y luego seguir odiándole desde lejos.

–Sugiero que se libre de ellas, se vista y se reúna conmigo en su estudio –le dijo, con tono seco–. Tenemos que discutir cómo vamos a hacer esto.

–Ah, lo haremos –asintió él, con un brillo travieso en los ojos–. Podemos empezar por cuánto me desagrada que alguien me diga lo que tengo que hacer.

–Puede decir lo que quiera, yo le escucharé. Incluso asentiré con la cabeza. Pero luego, de una manera o de otra, usted tendrá que comportarse.

Pat se libró de sus compañeras y llamó a su hermano después de darse una ducha.

–Durante todos estos años pensé que era amor verdadero –empezó a decir, irónico–. La descendiente del más infame traidor del reino y el futuro rey manteniendo un romance destinado al fracaso. ¿No es eso lo que se rumorea por todas partes?

No sabía por qué estaba tan enfadado cuando él no se enfadaba nunca. Cuando a menudo lo habían acusado de no enfadarse porque nada le importaba.

Y, sin embargo, lo enfadaba pensar en Adriana Righetti, en sus ojos oscuros, en el tono en que le había hablado.

–¿A qué te refieres? –preguntó Lenz.

–A tu última idea –respondió Pat, mirando su vestidor con el ceño fruncido. ¿Qué

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

le pasaba? Se sentía tenso, inquieto, como si aquello no fuera parte del plan-. Gracias por la advertencia.

-¿Necesitas ser advertido? -preguntó Lenz, burlón-. ¿El príncipe playboy ha perdido su toque mágico?

-Estoy considerando cómo debo proceder, pero solo puedo pensar en esas famosas amantes de la familia Righetti. Adriana se parece a ellas. Dime, hermano, ¿qué otros dones ha heredado? Por favor, dime que son perversos.

-¡Para de una vez! -replicó Lenz, airado-. Ten un poco de respeto. Adriana no es así. Ella nunca...

Pero no terminó la frase.

-¿Eso significa lo que creo que significa? ¿Es posible? ¿Adriana Righetti solo es tu ayudante personal?

-¿Tan difícil resulta creerlo?

-Desafía a la razón -replicó Pat. Pero sonreía con profunda satisfacción, pensando en cómo lo había mirado Adriana-. La has tenido aquí durante tres años. ¿Qué hacías con ella?

-Trabajar -respondió Lenz-. Es una ayudante personal estupenda, además de una cara bonita -su hermano se aclaró la garganta-. Por cierto, la prensa lo está pasando en grande intentando descubrir la identidad de la mujer misteriosa.

-¿Cuál de ellas?

Lenz suspiró.

-Y el público te sigue adorando, es incomprensible.

-Cada uno hace su papel -dijo Pat, inquieto de nuevo; una inquietud que apenas podía contener.

Su hermano mayor dejó escapar un suspiro cargado de amargura. Y lo entendía porque la amargura nunca estaba demasiado lejos, especialmente en aquel momento.

-Pensé que sería diferente, que me sentiría triunfante, victorioso... algo -dijo Lenz-. Pero no soy más que un impostor.

Pat tomó un pantalón y una camisa y salió del vestidor. Había demasiada historia, demasiados intereses. Piezas de ajedrez colocadas en su sitio y manipuladas durante años. Decisiones y promesas...

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Estaban al final de una larga partida y había demasiado en juego. Demasiado que perder.

–No pierdas la fe ahora –le dijo, con voz ronca–. Ya casi hemos terminado.

–¿Qué tiene que ver la fe? Todo son mentiras, manipulaciones.

–Si no tienes fe, todo habrá sido en vano. Todo lo que hemos hecho durante estos años. ¿Y entonces qué?

Pat escuchó un ruido, tal vez la puerta del estudio de su hermano.

–Debo irme –dijo Lenz un segundo después–. Sé que esto es un sacrificio, y no creas que no me tiene en vela, preguntándome por mi propia vanidad. Si fuera un buen hombre, un buen hermano...

No terminó la frase. ¿Para qué? Pat se pasó una mano por los ojos.

–La decisión está tomada. Somos lo que somos y no hay forma de volver atrás.

Al otro lado hubo una larga pausa.

–Sé tan amable con Adriana como te sea posible. Me cae bien, es una chica estupenda.

–Todos somos peones, hermano –le recordó Pat.

–Sé amable con ella de todas formas.

–¿Es una orden?

–Si tiene que serlo... ¿serviría de algo?

Pat rio, aunque no era un sonido alegre. Pensó en los movimientos del juego, en todo lo que habían hecho y todo lo que aún debían hacer antes de que terminase. Y luego pensó en la sonrisa de Adriana Righetti, en su cortesana boca, en su expresión cuando le dijo que se arrodillase... y el calor que sentía por dentro se convirtió en un incendio.

–Nunca antes ha funcionado, pero la esperanza es lo último que se pierde, ¿no?

Encontró a Adriana esperándolo en el estudio como había prometido. Estaba lleno de antigüedades y obras de arte para proclamar su importancia a todo el que allí entrase. Pat prefería su apartamento en Londres, donde no tenía que dar clases de

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

historia cada vez que invitaba a alguien a tomar café.

Y Adriana era tan guapa como sus famosas antepasadas, pensó, estudiándola en silencio. Más aún. Estaba frente a una ventana, mirando las frías y azules aguas del lago que rodeaba el palacio, la espalda recta, la cabeza bien alta. Y no había nada aburrido en ella. Había vuelto a abrocharse la chaqueta, por supuesto, y Pat admiró el corte tanto como lo que había debajo: la elegante forma de su cuerpo, de caderas ligeramente marcadas, los zapatos de tacón que hacían que sus piernas pareciesen interminables... unas piernas que pronto se enredarían en su espalda.

Tenía el arsenal genético de la seductora más célebre del reino. ¿Cómo iba a resistirse?

La necesitaba a su lado para cumplir con aquella parte del juego, pero no había esperado pasarlo bien. Y lo haría.

Después de todo, había tantas maneras de ser amable... y él las conocía todas.

Capítulo 2

Diez días después, Adriana estaba en el elegante salón de baile de la embajada, con una serena sonrisa en los labios mientras por dentro deseaba matar a Pat. Si fuera posible, con sus propias manos.

Era una sensación a la que estaba empezando a acostumbrarse. Cuanto más tiempo pasaba con él y más escándalos creaba... como desaparecer en medio de la recepción, donde debería estar cumpliendo con su deber. Como si Pat supiera lo que significaba el deber...

Miró alrededor por quinta vez, esperando que hubiese aparecido de repente, que se hubiera mezclado con los demás y fuera invisible por primera vez en su vida

–El príncipe ha tenido que responder a una llamada importante –mintió al embajador cuando aceptó, por fin, lo que ya sabía, que Pat había desaparecido–. Pero, si quiere, puedo ir a buscarlo.

–Si no le importa –murmuró el embajador, pero sin la ironía que solía acompañar a cualquier discusión sobre Pat.

Había conseguido evitar a los paparazzi durante todos esos días, un record, y su intención era seguir con esa racha de buena suerte, pero para eso tenía que encontrarlo. Y lo antes posible.

Porque no se engañaba a sí misma. Había logrado contener a Pat durante los últimos diez días por pura suerte. Él se había reído cuando le dijo que pensaba intentarlo, pero había sido su sombra, su niñera, sin dejarlo solo salvo para dormir. Eso significaba muchos días frustrantes con Pat ocupando su espacio, tomándole el pelo, desafiándola y luego haciendo lo que le daba la real gana, con ella como acompañante. Largas noches sin dormir mientras esperaba la inevitable llamada telefónica de los guardias que había puesto en la puerta de su apartamento. Solo contaba con su fiera determinación de hacer que se doblegase... bueno, que se doblegase a los deseos de su hermano, se recordó a sí misma.

Naturalmente, él se negaba a hacerlo. Siempre superficial y temerario, era el alma de la fiesta, pero había descubierto que tras esa bonita cara había un carácter indomable.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Esa noche había desaparecido de la embajada, demostrando que, hasta entonces, solo estaba siendo complaciente. Dejando que pensara que hacía progresos cuando en realidad él era quien llevaba el control desde el principio.

Casi podía ver su burlona sonrisa y le ardía la cara de rabia. Se excusó ante el embajador y luego recorrió el salón de baile como si fuera al lavabo, saludando a la gente a su paso, sin prestar atención a los susurros a los que ya estaba acostumbrada. Estaba concentrada en Pat, maldito fuera.

Él no sería la razón por la que fallase a Lenz.

Pero Pat no estaba corrompiendo inocentes en la biblioteca o magreando a alguna rubia en uno de los salones. Miró por todas partes, incluyendo los armarios, porque aquel hombre era capaz de cualquier cosa y por fin se quedó parada, echando humo por las orejas. ¿Se había ido? ¿Estaría montando un numerito en alguna discoteca de la ciudad, dándole carnaza a la prensa? ¿Cómo iba a explicárselo a Lenz?

Pero entonces escuchó un golpe sobre su cabeza y levantó la mirada. Lo único que había allí era la residencia del embajador...

Por supuesto. El canalla.

Adriana subió la escalera todo lo rápido que le era posible con los zapatos de tacón y sonrió al guardia armado que estaba en la entrada de la residencia, mostrándole el móvil.

–Soy la ayudante del príncipe Patricio y tengo al rey esperando...

Tuvo que controlar su furia cuando el guardia se apartó para dejarle paso, confirmando sus sospechas. Había querido estar equivocada, pero de nuevo quería matarlo. Iba a matarlo.

Podía oír música y, por encima de la música, una risa femenina. Apretando los dientes, se detuvo frente a una puerta intentando prepararse.

«Ya lo has encontrado en la cama con dos mujeres», le recordó una vocecita.

Mientras se colocaba el bolso bajo el brazo deseó llevar una armadura y no un vestido azul con escote halter que caía hasta el suelo, dejando sus brazos desnudos. Por alguna razón, mostrar tanta piel la hacía sentir intensamente vulnerable.

«Estaba durmiendo cuando lo viste en la cama», le recordó esa vocecita. «Y seguramente ahora también estará durmiendo».

Cómo lo odiaba. Odiaba que aquella fuera su vida, pensó mientras empujaba la

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

puerta.

La música estaba a todo volumen, ensordeciéndola. Adriana vio a una mujer desnuda, salvo por un tanga negro, el largo pelo oscuro cayendo por la espalda. Y estaba bailando.

Si podía llamarse así. Era un baile carnal, seductor. Se movía como si la música fuese parte de ella, sensual, oscura, deslizándose entre los dos sofás que ocupaban casi todo el espacio. Haciendo una interpretación, pensó.

Pat estaba tumbado en uno de los sofás, sus largas piernas cruzadas por los tobillos, la elegante chaqueta del esmoquin abierta y las manos en la nuca. Estaba vestido, lo cual era una sorpresa, pero seguía siendo la viva imagen de la indolencia sexual, aunque no mostrase un centímetro de piel.

La mujer se dobló sobre sí misma, moviendo las caderas en clara invitación, y Adriana tragó saliva. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Pat estaba mirándola.

Y su corazón se detuvo durante una décima de segundo, antes de lanzarse a un galope alocado. Pero no se movió. No podía hacerlo.

El momento se alargó, eléctrico y fiero. Solo existía la arrogante mirada dorada, como si la mujer que bailaba no existiera. Como si la música fuera solo para Adriana... para él. De repente, se le ocurrió que había querido que lo encontrase así, que era una especie de trampa. Que sabía de sus confusos sentimientos.

No sabía cuánto tiempo estuvo así, helada por fuera y sintiendo ese catastrófico fuego en su interior. Pero por fin, ¿unos segundos después, unos minutos, años?, Pat apuntó un mando hacia la pared y la música terminó. Todo sin dejar de mirarla con una sonrisa perversa.

–Es hora de irse, Alteza –consiguió decir. Sabía que la otra mujer estaba hablando, pero no escuchó una sola palabra. Solo podía ver a Pat.

–Puedes sentarte, Adriana –dijo él, tocando el asiento del sofá–. Mira y disfruta. ¿Quién sabe lo que podría pasar?

–Nada de lo que usted imagina, se lo aseguro –respondió Adriana, haciendo un esfuerzo para controlar su voz.

No dejaría que aquel hombre le ganase la partida. Se negaba a sentir aquello, fuera lo que fuera. Tenía demasiadas cosas que demostrar y demasiado que perder, de modo que giró la cabeza y miró a la mujer con el ceño fruncido.

–¿No eres la hija del embajador? ¿Quieres que llame a tu padre y le pregunte qué le parece este nuevo e innovador estilo de tratar con dignatarios extranjeros?

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

La mujer hizo un comentario extremadamente grosero sobre lo que podía hacer con esa sugerencia.

–No, gracias –replicó Adriana, incapaz de creer que estaba manteniendo una conversación mientras miraba los pechos de la joven. No eran los primeros que veía en compañía de Pat. De hecho, estaba convirtiéndose en una costumbre, aunque esperaba que aquellos fuesen los últimos–. Pero estoy segura de que si entrases así en el salón de la embajada tendrías muchos pretendientes. Y, sin duda, tu padre estaría encantado.

Pat soltó una carcajada mientras se levantaba del sofá, con esa sinuosa gracia masculina que no merecía. No parecía avergonzado en absoluto. Estaba como siempre, divertido, perezoso, libidinoso.

Injustamente sexy con ese pelo castaño lo bastante largo como para rizarse un poco en las puntas. Lo llevaba siempre un poco despeinado, como si acabara de pasarse los dedos por él. Y esa boca perversa que le daba aspecto de sátiro, no de príncipe. Y esos ojos dorados conectando con ella de una forma que la desconcertaba.

–Las amenazas no son necesarias –dijo él, sarcástico–. Nada me gustaría más que obedecer tus órdenes.

La hija del embajador se aplastó contra él, frotando sus pechos desnudos contra el torso masculino mientras buscaba sus labios. Pat no la besó como lo había visto besar una vez a otra mujer en una alcoba del palacio; un beso carnal y posesivo, el evidente preludio para lo que llegaría después. Aquel beso no era así, afortunadamente, pero tampoco se apartó.

–Entonces hágalo, Alteza –le dijo–. Cuando esté libre, claro.

Pat murmuró algo que hizo sonreír a la hija del embajador. Luego se abrochó la chaqueta y se dirigió a la puerta como si no hubiera una mujer desnuda jadeando tras él.

Adriana dio un paso atrás para dejarlo pasar y cerró la puerta con más fuerza de la que debería.

–Qué mal genio –bromeó Pat–. Y yo pensando que estarías orgullosa de mí...

–No creo que haya pensado eso en absoluto –Adriana nunca había querido abofetear a nadie como a aquel hombre–. De hecho, dudo que piense. ¿Y por qué iba a sentirme orgullosa de tal numerito?

Él apoyó un hombro en el quicio de la puerta.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–¿No estoy vestido? «No se quite la ropa, Alteza». Eso me dijiste en el coche y, como ves, he obedecido.

–Usted no sabría obedecer aunque fuera su trabajo –replicó ella–. Aunque tampoco creo que sepa lo que es eso.

–Podrías tener razón. Se me da mejor dar órdenes, es verdad. Regla número tres: cuanto más rápido me obedezcas, más largos y satisfactorios serán los orgasmos. Te doy mi palabra.

Adriana no podía creer que hubiera dicho eso.

–¡Ya está bien! –exclamó, pero su expresión horrorizada no lo detuvo; al contrario, parecía divertido–. Debería olvidar esas patéticas reglas, Alteza. Lo hacen parecer un disipado solterón que vive una vida totalmente irrelevante.

–Sí, es verdad –asintió él, sin dejar de mirarla a los ojos–. Por eso respiras con dificultad, por eso te has puesto colorada, porque me encuentras patético.

Adriana empezó a caminar por el pasillo, diciéndose a sí misma que nada de aquello había pasado, ni chica desnuda, ni reglas que hacían que sintiera un cosquilleo en el vientre, pero su corazón latía con tal fuerza que le resultaba difícil respirar. Además, sabía que era mentira.

–De nada –dijo Pat, colocándose a su lado.

–¿Perdón?

–Alguien tiene que crear fantasías para ti, Adriana. Yo estoy a tu disposición.

Ella se detuvo, con la mano en el picaporte, haciendo un esfuerzo para no dejarse afectar por esa mirada y esa sonrisa venenosa.

–Mis fantasías consisten en matarlo. Paso horas imaginando que lo entierro en los jardines de palacio, bajo un rosal lleno de espinas para no tener que volver a verlo –Adriana hizo una pausa y luego añadió con exagerada amabilidad–: Alteza.

Pat sonrió de oreja a oreja mientras se inclinaba hacia ella. Demasiado. De repente, era consciente de la piel que dejaba al descubierto el vestido, de la marca de carmín en los labios de Pat. Y, sin embargo, eso no le restaba atractivo ni evitaba su loca respuesta.

–Sé que fantaseabas conmigo –murmuró, su voz insinuante, deliciosa–. Lo veo en tu cara cuando crees que no me doy cuenta –añadió, pasando un dedo por el tirante del vestido que se ataba en la nuca.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Eso fue todo. No hizo falta nada más. Solo estaba tocando la tela, pasando el dedo arriba y abajo, un roce perezoso y lento, aparentemente inocuo.

Adriana sentía que se quemaba y se odiaba a sí misma.

–Algún día –susurró Pat– te diré qué haces en mis fantasías. A menudo son... complicadas.

Ella se concentró en la mancha de carmín en sus perfectos labios. No entendía lo que estaba pasando. Debería estar horrorizada, disgustada, asqueada. Debería encontrarlo repulsivo. ¿Por qué no era así? ¿Qué le pasaba?

Le daba pánico pensar que ya lo sabía.

–Algún día podrá contármelas. Mientras tanto, tiene carmín en los labios –le dijo, intentando mostrar una frialdad que no sentía mientras abría el bolso y sacaba un pañuelo–. Sé que le gusta alardear de sus conquistas, pero, por favor, no lo haga esta noche. Se trata de la hija del embajador.

–Nadie pensaría que ha sido ella quien me ha besado, Adriana –dijo Pat, clavando en ella los ojos, tan seguro de sí mismo como siempre–. Las mentes pequeñas prefieren las explicaciones más simples, así que pensarían que has sido tú.

–¡Debes de haber hecho algo! –exclamó el padre de Adriana–. ¡Te dije que te congratiases con ellos, que fueras amable, nada más! ¡Te dije que tuvieras cuidado!

–Sí, es verdad –asintió ella–. Pero no he hecho nada, te lo prometo. Lenz cree que es una buena oportunidad para mí.

–¿Lenz? –repitió su padre, con el ceño fruncido–. Tratas de forma muy familiar al príncipe heredero, el futuro rey de Kitzinia, ¿no te parece? No necesito decirte a dónde lleva eso, Adriana. No tengo que recordarte de quién es la sangre que corre por tus venas. La vergüenza que llevó a nuestra familia.

No, no tenía que hacerlo porque ella, siendo mujer, lo sabía mucho mejor que él. Pero siempre lo hacía. Escuchaba la misma charla día tras día.

–Papá –empezó a decir, apretando su mano–. Llevo tres años trabajando para el príncipe, es lógico que haya cierta familiaridad entre nosotros.

–Y, sin embargo, te lanza a las fauces del lobo de su hermano –su padre apretó los labios–. Tal vez él esperaba más familiaridad de la que tú estás dispuesta a darle. ¿Se te ha ocurrido pensar eso?

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Ese era su más profundo miedo, pero no podía ser...

–Come, Emilio –intervino su madre entonces, sentándose a su lado–. Sé que no te gusta que los huevos se enfríen.

–No es eso –Adriana intentó defenderse–. Lenz es una buena persona.

–Es un hombre –replicó su padre, con un brillo helado en los ojos–. Es un hombre muy poderoso y tú eres una mujer muy bella con una familia que ha caído en desgracia. No tienes ninguna protección.

–Emilio, por favor –volvió a intervenir su madre.

Su padre dejó de hablar, pero el silencio era aún peor. Adriana se levantó, incapaz de comer porque tenía un nudo en el estómago, y recorrió la antigua villa hasta su dormitorio. Sería más fácil marcharse de Kitzinia para siempre, pensó. Cuando era niña, había oído a su madre suplicar a su padre que se fueran, que buscasen un sitio donde su apellido no provocase reacción alguna. Pero Emilio Righetti era demasiado orgulloso como para abandonar el país al que sus antepasados habían traicionado, y Adriana lo entendía. Lo entendía por difícil que fuera a veces, porque ella sentía lo mismo.

Cerró la puerta del dormitorio y se dejó caer sobre el borde de la cama. Estaba agotada, pero tenía que volver al palacio, tenía que enfrentarse de nuevo con Pat.

Ojalá estuviera lejos de allí, lejos de aquella casa en la que había crecido, rodeada por lo que quedaba de la riqueza de los Righetti. Si miraba por la ventana podía ver la carretera, construida en 1950, que llevaba directamente al palacio, orgullosamente situado en una isla en medio de un lago, sus torreones rozando las cimas de los Alpes cubiertos de nieve. La casa estaba en una de las mejores zonas de la ciudad, una clara indicación de que los Righetti habían contado una vez con el favor de los reyes de Kitzinia.

Pero ya solo era un recuerdo terrible. El lugar de nacimiento del hombre que había asesinado al rey y traicionado a su país. Por su culpa, la historia de la familia Righetti se había visto empañada para siempre. Había habido otras amantes reales de familias nobles, pero solo las Righetti tenían el mote de «brujas». Rameras.

No podía escapar de ello y lo sabía. Mientras siguiera allí, eso la perseguiría siempre.

Y no entendía qué le pasaba. Qué se había encendido la otra noche, en la embajada, bajo la arrogante mirada de Pat, qué era lo que la perseguía en sueños eróticos, salvajes...

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Pero ella sabía lo que pasaba. No quería entenderlo porque no se atrevía a admitirlo. Y, sin embargo, su padre la había hecho sentir como si llevara una marca visible en la frente. Era imposible seguir mintiéndose a sí misma.

Lo había oído durante toda su vida, se lo habían dicho en el colegio y seguía susurrándose a su espalda. No era suficiente con aceptar que llevaba sangre de traidores en las venas, también era la única Righetti de su generación y se parecía a sus antepasadas. Los retratos de la galería real lo demostraban. Eran conocidas como las ramerías de Kitzinia... hasta su tía abuela, que había enamorado a uno de los primos del rey, obligándolo a abandonar el país, deshonorado y desagraciado para siempre.

Y ella llevaba la misma sangre.

Lenz era una buena persona y había creído en ella, le había dado una oportunidad. Ella era la primera Righetti en poner el pie en palacio desde que su traidor antepasado fue ejecutado trescientos años antes y había sido gracias a Lenz. Él lo había cambiado todo, le había dado esperanza. Y por eso lo adoraba.

Y, sin embargo, soñaba con Pat como jamás había soñado con su hermano. Unos sueños salvajes, sensuales. Explícitos. Tal vez estaba programada para desear a un miembro de la casa real de Kitzinia, para ir de un príncipe a otro. Para ser lo que todo el mundo esperaba que fuera: una Righetti.

Eso era lo que decían las revistas de cotilleos, que hablaban con malicia sobre su repentino cambio de puesto en el palacio después de tres años dejándola en paz.

No ha conseguido enamorar al príncipe Lenz con sus viles tretas. ¿El desvergonzado Pat será una presa más fácil?

Tal vez aquello había sido inevitable desde el principio.

Su móvil sonó en ese momento y se puso tensa al ver el nombre en la pantalla. Era la confirmación de que estaba maldita, pero respondió porque Pat era su trabajo, su responsabilidad.

Lo único que importaba era cumplir con su responsabilidad. No él, no los fantasmas de sus antepasados, no su propia y traidora sangre.

«Deja de ponerte melodramática», se ordenó a sí misma, respirando profundamente. «Nada es inevitable».

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–Son las ocho y cuarto de la mañana –dijo a modo de saludo–. Demasiado temprano para sus libertinas costumbres... ¿o aún no se ha acostado?

–Haz las maletas –fue la respuesta de Pat, sorprendentemente despierto a esa hora de la mañana–. Nos vamos a Londres esta tarde. Tengo que acudir a una cena benéfica. Mi hermano me lo ha ordenado.

Adriana parpadeó, sorprendida. ¿Ir a Londres con él?

–Supongo que se refiere a la fundación infantil que patrocina la casa real de Kitzinia. Y el baile anual.

–Supones bien –asintió él–. A mí me da igual, solo obedezco órdenes. Y, por cierto, nunca es demasiado temprano para el libertinaje y estaría encantado de demostrártelo. ¿Puedes llegar al palacio en veinte minutos?

Podía imaginar su sonrisa, el brillo de sus ojos. No tenía que verlo, lo sentía.

–No diga tonterías –lo reprendió–. No soy su juguete. No espero que me haga fácil el trabajo, pero esto es inaceptable. No todas las mujeres quieren acostarse con usted.

Él rio y Adriana sintió esa risa iluminando verdades que preferiría esconder para siempre.

–Regla número cuatro...

–¿Quiere saber lo que puede hacer con sus reglas? –le espetó ella, enfadada.

–Afortunadamente para ti, ya no puedo hacer que te corten la cabeza por hablarme en ese tono. Soy tu príncipe y tu jefe, no uno de tus novios. Un mínimo de respeto, por favor.

–Acepte mis disculpas, Alteza. Pero también yo le pido un mínimo de respeto. Soy una empleada de palacio.

–Regla número cuatro –repitió él. Y, mientras tanto, el corazón de Adriana latía con tal fuerza que podía sentir el eco en su estómago, en sus oídos, en su sexo–. Si no tienes valor para decírmelo a la cara, no voy a tomarte en serio.

Porque él sabía, por supuesto. Sabía que estaba usando el teléfono para esconderse porque dudaba de sus propias fuerzas cuando estaba a su lado. Sabía lo débil que era.

Y ella lo sabía también.

–Volviendo a Londres –dijo Adriana, cambiando de tema–. Voy a hacer las

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

maletas.

–Dímelo a la cara –insistió Pat. Y ella sintió un extraño cosquilleo. Incluso sus pechos parecían pesar más que antes.

–Llegaré a palacio en una hora, Alteza –dijo amablemente, antes de cortar la comunicación.

Y luego se sentó al borde de la cama, con la cabeza entre las manos, preguntándose qué sería de ella si no era capaz de controlar la situación. De controlarse a sí misma.

Porque temía que si ella no podía, Pat sí sería capaz de hacerlo.

Capítulo 3

La cena benéfica en Londres fue tan tediosa como todas las cenas benéficas a las que Pat había acudido. Sonreía, posaba para los fotógrafos con Lenz, la helada Lissette y otras personas cuyos nombres olvidaba un segundo después de haberlos escuchado. Incluso contempló la idea de empalarse en la escultura de hielo del bufé para ver si alegraba el ambiente.

–Conténgase –le había dicho Adriana, con ese tono de maestra de escuela que lo divertía más de lo que debería cuando anunció su intención.

Había estado a su lado toda la noche, nunca a más de tres pasos de él, como si le hubiera puesto una correa invisible. Su precioso rostro parecía sereno, pero él sabía que no estaba en absoluto tranquila. Aunque era capaz de hacerse invisible cuando alguien hablaba con él. Se portaba de manera irritablemente profesional desde que llegó al palacio con las maletas y, durante todo ese tiempo, incluso durante el viaje en el avión, había conseguido no mirarlo directamente.

Pat la encontraba fascinante.

–¿Contenerme? –repitió, notando cómo erguía los hombros bajo el elegante vestido negro. Lo hacía cada vez que se dirigía a ella, y le daban ganas de inclinar la cabeza para lamer la curva de su cuello–. Ese concepto no me resulta familiar.

–Lo sé, Alteza.

Él rio. Le gustaba cuando su voz era algo menos fría, menos seca. Le gustaba impacientarla, sacarla de quicio, incluso enfadarla.

Sabía que estaba pisando terreno peligroso y le daba igual. No lo había pasado tan bien en mucho tiempo.

Una exótica morena de escotado vestido se acercó a ellos, clavando sus maquillados ojos en Adriana durante un segundo antes de poner la mano sobre el torso de Pat.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–Volvemos a encontrarnos, Alteza –le dijo, con esos labios pintados de rojo a juego con las uñas–. Sabía que volveríamos a encontrarnos.

Pat sonrió, indulgente. No sabía quién era.

–Y tenías razón –murmuró, llevándose la mano de la morena a los labios para enfadar a Adriana.

–Baila conmigo –dijo ella, con voz sensual.

A Pat no le apetecía bailar y no le gustaba que le dieran órdenes, pero la desaprobación de Adriana lo hacía sonreír.

–Me temo que he venido con mi particular versión del brazalete policial –bromeó, señalándola con la cabeza–. Es como estar bajo arresto domiciliario.

La morena parpadeó, sorprendida.

–¿Qué has hecho ahora?

–¿No has oído? He sido muy malo. Otra vez.

La joven dijo algo, pero Pat estaba pendiente de Adriana, que echaba chispas por los ojos.

–¿Puedo bailar, Adriana? ¿Eso está permitido?

–Quédese donde yo pueda verlo –le ordenó ella, como si de verdad lo tuviese bajo control, antes de mirar a la morena–. Por favor, no me obligue a invocar las leyes de Kitzinia, señorita. No puede salir del salón de baile ni montar escándalos. ¿Lo entiende?

La mujer asintió y Pat soltó una carcajada.

–Ah, mi carcelera.

Tomó a la morena por la cintura para ir a la pista de baile, pero no era capaz de apartar los ojos de Adriana, que seguía donde la había dejado. Serena, fría. Incluso lo miraba con un brillo de victoria en los ojos, casi como un reto.

Cuando el baile terminó, Pat se despidió de la morena y volvió con la ayudante a la que nunca había querido. Adriana lo miraba a los ojos y, no sabía por qué, eso lo afectaba más que la morena apretándose contra él en la pista de baile.

–No sabe quién era esa mujer, ¿verdad?

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

-No tengo ni idea.

-Pero se ha acostado con ella.

-Probablemente -Pat arqueó una ceja-. ¿Me estás preguntando de manera oficial, Adriana? ¿O estás celosa?

-Simple curiosidad -respondió ella-. Imagino que no puede ir a ninguna parte sin tropezar con una legión de examantes.

-Bueno, yo no suelo tropezar.

-Debe de ser difícil encontrar a una mujer con la que no se haya acostado -Adriana sonrió, esa sonrisa matadora, dulce y letal que debería ser un arma-. Claro que usted no se acuerda de la mayoría. ¿Cómo iba a hacerlo?

Pat se quedó en silencio un momento, esa inquietud que lo perseguía haciéndolo desear cosas que había dejado de desear mucho tiempo atrás. Excitándolo y empujándolo hacia una línea que no debería cruzar.

Pero Adriana seguía sonriendo, como si pudiera controlarlo... cuando no sabía el peligro que corría.

-Si tu intención es avergonzarme, no vas a conseguirlo.

Pat vio un brillo de pánico en sus ojos, pero no apartó la mirada. Era valiente, debía reconocerlo. O ingenua.

Se perdió en su mirada oscura, eléctrica y viva, concentrada en él como si no hubiera nadie más. Como si ya estuviese enterrado en ella, como si estuviera esperando que diese un paso adelante...

Esa imagen no lo ayudaba nada. Al contrario.

-Vamos -dijo entonces, enfadado consigo mismo. Se dio la vuelta sabiendo que Adriana no tendría más remedio que seguirlo, manteniendo esa absurda correa.

-¿En qué está pensando? -le espetó, colocándose a su lado.

-Es como si estuviéramos encadenados -respondió él. No podía controlarse con aquella mujer y eso era una catástrofe. Sin embargo, no le importaba como debería-. Piensa en las posibilidades.

-No, gracias -replicó ella.

Pat la tomó del brazo y, como esperaba, Adriana dio un respingo. Su piel era

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

suave como el satén, cálida. Olía a jazmín...

Y, de repente, deseó empujarla contra la pared, perderse en ella.

–¿Estás segura? –le preguntó mientras salían al jardín–. Hace cinco minutos, mis escapadas sexuales eran tu única preocupación. No me digas que has perdido interés tan pronto.

La sentía temblar y quería más. La deseaba más de lo que había deseado a nadie en muchos años.

–No sabía que fuera tan susceptible sobre su escandaloso pasado, Alteza –dijo Adriana, con una calma que podría haber creído unos minutos antes–. No volveré a mencionarlo.

–Lo dudo mucho –replicó él, apretando su brazo hasta hacerla contener el aliento.

En algún momento, tendría que entender por qué aquella mujer lo afectaba tanto, pero esa noche no quería hacerse preguntas.

Adriana se soltó, pero pasó la mano por su brazo como si hubiera dejado una marca y Pat tuvo que sonreír.

Al fondo del jardín, en la zona más oscura, encontró una mesa y dos sillas. No necesitaba luz para verla y, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, estudió sus mejillas encendidas, sus ojos brillantes.

Y luego esperó, apoyando los codos en la mesa. La ponía nerviosa, estaba claro, y no podía fingir que no le gustaba.

–No estaba intentando avergonzarlo –dijo ella por fin, los dos solos en la penumbra del jardín. El nerviosismo que podía ver en su cara también estaba en su voz. Y había algo más, algo que no podía identificar.

–Claro que sí.

–No quería...

–Sí querías.

Ella cruzó los brazos, como si necesitara sujetarse a sí misma. O protegerse.

–¿De qué te avergüenzas?

Adriana dio un respingo, como si la hubiera abofeteado, y eso le dijo todo lo que necesitaba saber, pero su expresión era serena cuando lo miró. Había vuelto a ponerse

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

la máscara.

–No me mientas –se oyó decir a sí mismo. Y era importante para él que no fuera así. Absurda, peligrosamente importante–. Dime la verdad.

–Soy una Righetti, Alteza –respondió ella por fin–. Usted mismo lo dijo: la sangre es la sangre.

Pat no sabía cuánto tiempo habían estado en silencio. No sabía cuánto tiempo había estado mirando ese gesto orgulloso, el ligero temblor en sus labios, la oscuridad en sus ojos. No sabía cómo o por qué de repente era como si hubiera metido una mano en su pecho para arrancarle el corazón. Eso era lo que sentía y no podía ser.

–Adriana –dijo por fin, pero su voz era un susurro.

Entonces, por el rabillo del ojo, vio dos figuras acercándose y casi agradeció la interrupción.

Ella irguió los hombros, como preparada para defenderse, pero Lenz y Lisette no los habían visto y se quedaron tras unos arbustos, a un metro de ellos.

Parecía tan angustiada que Pat querría apretarla contra su pecho, acariciar su pelo, tranquilizarla. Y se sentía vacío y retorcido por ello. Porque era imposible.

Menuda cama se había hecho.

–¿Te parece sensato? –escuchó la voz fría, precisa, de la princesa Lisette, con su vago acento extranjero. Sonaba como una rubia nórdica, lo que era.

–No sé si la sensatez tiene algo que ver con esto.

Era la voz de su hermano, con el tono implacable con el que hablaba en público. El responsable heredero de la corona y la mujer con la que se había concertado su matrimonio desde la cuna estaban cerca de ellos, detrás de unos arbustos.

Había peores camas, pensó Pat entonces. «Pobre hombre».

–Uno debe sentir compasión, por supuesto –siguió Lisette–. Pero hasta yo conozco la fama de su familia. ¿No te preocupa quedar mal por haberla elegido como ayudante cuando en todo el país se la considera una paria?

Pat miró a Adriana, que parecía haberse convertido en piedra. Tenía los ojos caídos y estaba ligeramente inclinada hacia delante...

–Mírame –le ordenó, pero ella no obedeció.

Miró entonces a su hermano y Lisette. Le habría gustado ordenarles que se

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

callasen, decirles que Adriana estaba allí, pero sabía que la princesa no callaría aunque así fuera. Y no quería que Adriana siguiera siendo objeto de insultos.

Una vocecita de alarma sonó en su cerebro, preguntándole de dónde salía ese instinto protector, pero no le hizo caso.

–No deberías hablar de cosas que no entiendes, Lisette –dijo Lenz por fin.

–Yo creo que lo entiendo perfectamente –replicó ella, orgullosa–. La hija del traidor es tu amante y la has paseado por todo el país durante tres años. ¿Qué es lo que no entiendo?

–Adriana Righetti nunca ha sido mi amante –protestó Lenz–. Por favor, no me insultes. No soy tan estúpido.

Alguien llamó a la feliz pareja y Pat vio, furioso, cómo su hermano le ofrecía el brazo a su prometida antes de alejarse. Luego miró a Adriana, que no había movido un músculo.

–Mírame –repitió, con una urgencia que ni él mismo entendía.

Ella levantó la cabeza y el dolor que vio en sus ojos lo dejó en silencio.

Por un momento, se sintió perdido. No era la dura Adriana a la que se había acostumbrado en los últimos días, sino la joven que había crecido teniendo que soportar insultos por culpa de su familia...

Pero entonces lo entendió todo.

Y no le gustó en absoluto.

–Dios mío... estás enamorada de él.

Adriana despertó y miró a su alrededor, sorprendida. Estaba tumbada boca abajo en una cama extraña, en una habitación bañada por una luz que no había visto nunca. Lo primero que notó fue que le dolía la cabeza y que no se había desmaquillado la noche anterior.

¿Qué...?

Notó un movimiento tras ella, un roce en el colchón.

No estaba sola en la cama.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Se quedó inmóvil un momento y luego, muy despacio, con el corazón acelerado, se dio la vuelta, sabiendo lo que iba a ver y rezando para estar equivocada.

«Por favor, que no sea él. Por favor...».

Pat estaba tumbado de espaldas, desnudo salvo por unos ajustados calzoncillos azul marino. La luz de las ventanas bañaba su piel, dándole un tono dorado, y Adriana no podía dejar de mirar ese cuerpo perfecto, tan cerca de ella que podía sentir el calor que generaba.

Estaba en la cama con Pat.

Su corazón se volvió loco. Se sentía frágil, rota y no sabía cómo lidiar con aquella situación. De hecho, temía estar a punto de vomitar.

Aterrada, levantó la sábana y miró hacia abajo, aliviada al descubrir que no estaba desnuda del todo. Seguía vistiendo el conjunto de ropa interior que había llevado bajo el vestido por la noche.

El baile. Adriana intentó no recordar esos intensos momentos con Pat, cómo la miraba, como si pudiera ver en su alma. Y lo que había dicho Lenz...

No podía pensar en Lenz. No podía hacerlo.

¿De verdad había hecho lo que temía? ¿Había decidido convertirse en aquello en lo que jamás había querido convertirse? ¿Con la única persona en el mundo con la que jamás debería haberlo hecho?

Adriana se volvió para mirarlo de nuevo y dio un respingo, sorprendida.

Pat estaba despierto. Y mirándola.

–Dios mío... –susurró, tapándose hasta el cuello con la sábana.

Con ojos soñolientos y el cabello despeinado, seguía emitiendo la misma sensual amenaza que la noche anterior, cuando iba elegantemente vestido. La estudió un momento y la enorme cama pareció encogerse como una trampa.

–Espero que aprecies el sacrificio que he hecho por ti –dijo por fin, señalando sus calzoncillos. Adriana miró el abdomen plano y el vello oscuro que desaparecía bajo el elástico de la prenda, sintiendo que le ardía la cara–. Creo que sabes que prefiero dormir desnudo.

Lo único que ella quería era escapar de aquella pesadilla. El moño que llevaba por la noche había desaparecido y el pelo caía alrededor de su cara...

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Y eso la hacía sentir como una cualquiera. ¿Era posible que se hubiera acostado con Pat y no fuese una cualquiera?

Él la miraba mientras apartaba la masa de rizos rubios, su mirada dorada provocando imágenes de la noche anterior, como si las empujase...

–Me emborrachó anoche –lo acusó.

Culparlo a él la hacía sentir bien. Limpia. Eso era mejor que concentrarse en las imágenes que aparecían en su cabeza: un bar con paredes forradas de madera, o tal vez un club privado con sofás rojos, las copas que Pat ponía delante de ella, una detrás de otra. Sus elegantes manos rozando las de ella y esa perversa boca tan cerca.

–Tú decidiste emborracharte –la corrigió él, poniéndose de lado y apoyando la cara en una mano–. ¿Y quién soy yo para ponerme en tu camino?

Una calle oscura, risas. Su mano en la cintura de Pat y el fuerte brazo de él sobre sus hombros. Recordaba ir apretada contra su pecho mientras recorrían un vestíbulo...

Aquello era horrible, pensó, intentando controlar un sollozo. Era más que horrible.

–Dios mío. ¿Hemos...?

–Yo no tengo por costumbre aprovecharme de una mujer que ha bebido demasiado, y menos de una que finge detestarme cuando está sobria, por mucho que suplique.

Adriana no podía moverse, pensar, respirar. Solo podía seguir mirándolo, con el corazón enloquecido, como si lo tuviera cautivo en la palma de su mano.

–Además, si lo hubiéramos hecho, no tendrías que preguntar, lo sabrías.

–Bueno, si está seguro...

Pat sacudió la cabeza.

–Claro que estoy seguro.

Adriana lo creyó. Lo creía y, sin embargo, casi desearía...

«Para», se ordenó a sí misma, asustada.

Se dio cuenta entonces de que seguía mirándolo mientras él, casi con toda seguridad, era capaz de leer sus pensamientos. Pat era letal y estaba en la cama con él. Y, de alguna forma, tal vez por arte de magia, no había sucumbido a su oscura

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

naturaleza. O peor, a la suya propia.

–¿Ha dicho suplicar?

Pat sonrió.

–Sí.

–Esto no puede estar pasando –murmuró ella–. ¿Yo...? No, no me lo diga. No quiero saberlo.

–Me suplicaste de una manera encantadora –dijo él entonces, con ese brillo travieso en los ojos–. Si eso te ayuda...

La ayudaba a confirmar que se odiaba a sí misma. «La sangre es la sangre», pensó amargamente. Se había estado engañando todos esos años, pero, al final, no era mejor que las demás rameritas de la familia Righetti.

Pero entonces, entre la confusión, una cosa quedó clara: era hora de aceptar quién era. Y eso significaba que era hora de cambiar su vida.

–Siento mucho haber perdido el control de esa manera. Ha sido muy poco profesional por mi parte, Alteza.

Intentó saltar de la cama, alejarse de él. Aquello tenía que terminar. ¿Qué estaba haciendo allí, desgraciándose a sí misma con un príncipe cuando podía vivir en otro país, como sus hermanos, sin el peso del pasado? Había querido demostrarle a todo el mundo que ella era diferente y solo había conseguido demostrar lo contrario.

Y lo que Lenz había dicho, cómo lo había dicho... pero no quería pensar en eso. No quería sufrir más.

Cuando iba a poner los pies en el suelo, Pat la tomó del brazo y tiró de ella.

–Creo que es hora de que empieces a tutearme.

–¡No me toques! –exclamó Adriana.

Él se encogió de hombros, y la despreocupación del gesto le recordó que, oveja negra o no, era un príncipe acostumbrado a conseguir lo que quería. Los sentimientos de los demás, particularmente los suyos, no le importaban nada.

–Creo que ya hemos pasado la barrera de la profesionalidad.

Y estaba tan cerca. En la cama.

–Tengo que irme –dijo Adriana–. Del palacio, de la familia real... debería haberlo

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

hecho hace años –intentó apartarse, pero Pat la tomó por la cintura y ella se quedó inmóvil, como si hubiera utilizado la fuerza bruta para retenerla.

Pero apenas estaba rozándola y, sin embargo, Adriana no encontraba fuerzas para pedir que la soltase.

Y él lo sabía.

–Al menos deja que me tape con la sábana.

–¿Por qué? Enseñas menos de lo que enseñarías con un biquini.

–Nunca me has visto en biquini. Sería inapropiado.

Él rozó su hombro con la punta de un dedo y Adriana dejó escapar un gemido.

–No quiero ser grosero, pero ya no es momento de ponerse tímida.

–Es hora de marcharme –insistió ella, desesperada–. Tú nunca has querido una ayudante y creo que es hora de cambiar de vida.

Pat enarcó una ceja.

–¿Por qué?

–No tengo nada que hacer en palacio. La princesa tenía razón. Si hubiera pensado que trabajar para Lenz dañaría su reputación, jamás habría aceptado el puesto. No quiero comprometer su reputación...

Pat la soltó y se levantó de un salto.

–No puede ser tan ingenua.

Nunca lo había visto así, tan serio.

–Estoy siendo sensata, no ingenua. Tu hermano es la primera persona que creyó en mí, pero fue un error aprovecharme de su generosidad.

Él sacudió la cabeza.

–Por el amor de Dios, Adriana. Mi hermano no lo hizo por generosidad o amabilidad. Estaba preparándote para convertirte en su amante.

Capítulo 4

Adriana solo podía mirarlo, en silencio, otro pedazo de su mundo cayendo en pedazos.

–Eso es absurdo –consiguió decir–. Lenz nunca haría algo así.

–Supongo que conocerás a todas sus antiguas ayudantes –dijo Pat, totalmente serio–. ¿Nunca te has preguntado por qué ha tenido tantas? ¿Y por qué tenían tan diferentes credenciales? Una era licenciada en Historia del Arte, otra, una chica de la alta sociedad... Lenz prefiere que sus amantes sean accesibles.

Adriana sentía como si estuviera en una realidad alternativa donde nada tenía sentido. Lenz la había deseado durante todo ese tiempo, como había soñado a menudo... pero no como su amante. Ella no quería eso. Y tenía la horrible sospecha de que Pat decía la verdad. ¿No había dicho su padre lo mismo el día anterior?

–Es un buen hombre –insistió, testaruda.

–Sí –asintió él–. Y, sin embargo, es de carne y hueso como el resto de nosotros.

Adriana sacudió la cabeza. Era la maldición de los Righetti. La sangre de los Righetti y su absurda idea de que ella sería diferente.

–¿La gente piensa que soy su amante? –murmuró, con una voz que ni ella misma reconocía.

–Por supuesto. Eres una Righetti y él es el príncipe heredero de Kitzinia. Si hay algo que sabemos es que la historia siempre se repite.

De repente, estar medio desnuda con aquel hombre le parecía obsceno, asqueroso. Como si su cuerpo ignorase las órdenes de su cerebro. Saltó de la cama y miró a su alrededor, buscando su ropa. Solo encontró el chal y se cubrió con él, dejando caer la sábana.

Pero eso no la hizo sentir mejor.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

No entendía cómo podía haber estado tan ciega. Cómo no había imaginado que, por supuesto, la gente pensaría lo peor de ella. A nadie le importaba que hiciera bien su trabajo o que jamás hubiera tocado al futuro rey. ¿Por qué había creído que algo de eso importaría?

«Porque querías creerlo, porque querías creer que eras otra persona».

Pero ella era una Righetti y debería haber sabido que eso lo emponzoñaría todo. Y a todos. Incluso a Lenz.

Pat, sentado en la cama, era una visión de indolente masculinidad. Un príncipe hermoso y corrupto. Él había elegido ese modo de vida, escandaloso y disoluto, pero seguía siendo un príncipe.

–Tú también eres un príncipe.

Pat hizo una mueca.

–Para disgusto de mi padre.

–Entonces, tal vez deberíamos hacer pensar a todos que soy tu amante. Las revistas de cotilleos ya empiezan a dar a entender que es así.

–¿Perdona?

–A nadie le sorprendería descubrir que te acuestas con una Righetti –siguió Adriana–. Tu hermano es demasiado responsable para cometer un error así, pero tú los cometes todos los días. De hecho, eres famoso por ello.

–No te entiendo.

–Ni siquiera tendríamos que hacer un gran esfuerzo. Una fotografía tomada por un paparazzi y todo el mundo pensaría que la historia se repite, pero con un candidato más lógico que tu hermano.

Pat la miró un momento en silencio y Adriana recordó entonces que era el segundo en la línea de sucesión al trono. Sería una tragedia si llegase a ser rey... pero, de repente, su postura y su aspecto eran los de un rey, los de un hombre en una posición de poder.

Era como si no lo hubiese visto nunca. Como si ese otro Pat hubiera estado escondido bajo un libertino exterior. ¿Pero cómo era posible?

–No sería real, por supuesto –añadió rápidamente–. Solo harían falta unas fotografías y...

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Él rio entonces, pero era un sonido bajo, casi agresivo, y Adriana se puso tensa.

–¿Estás sugiriendo que finja ser tu amante para preservar la reputación de mi hermano? No puede ser. No puedes estar aquí, en mi dormitorio, con un chal como único atuendo, proponiendo tal cosa.

Parecía un extraño, oscuro, duro, peligroso.

–Eso es exactamente lo que estoy proponiendo –se atrevió a decir, sin embargo.

Pat apretó los labios.

–No.

–¿Por qué no?

–¿De verdad tengo que darte una razón? –le espetó él, levantándose de un salto–. Será mejor que olvidemos esta absurda conversación.

Fue entonces cuando Adriana se dio cuenta, asombrada, de que estaba enfadado. Pat, que jamás se enfadaba, a quien supuestamente todo le importaba un bledo. El que se reía siempre de los problemas que causaba.

Pero no era aquel hombre ese día. Estaba enfadado de verdad y Adriana no sabía por qué.

Lo miró, recelosa, mientras paseaba por la habitación, casi desnudo y mostrando un temperamento que no había visto nunca.

Pero había encontrado la manera de solucionar la situación. ¿Y qué le importaba a él? Su reputación no estaba en juego.

–No lo entiendo. Te has liado con cualquier mujer de mala reputación que se ha cruzado en tu camino. ¿Por qué yo no? ¡Mi mala reputación viene de siglos atrás!

–Sí, es cierto que he hecho eso. No he fingido para las cámaras y no me disculpo por ello, pero no estoy dispuesto a mentir.

–Entonces, el problema no soy yo... es que necesitas que tus conquistas sean reales.

El brillo de sus ojos hizo que el pulso de Adriana se acelerase y sintió pánico... y algo que nunca antes había experimentado. De hecho, tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo.

–Mi reputación es el fruto de mi esfuerzo –dijo Pat. Y había algo nuevo en su

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

tono; algo oscuro y cansado que le encogió el corazón-. No es una cruz con la que me vea obligado a cargar. Es deliberado.

¿Deliberado? Adriana no entendía, pero tampoco quería preguntar.

-Muy bien entonces -murmuró, desesperada. Solo veía esa salida.

-¿Muy bien? -repitió él.

-Quiero decir que no tendremos que fingir. Me acostaré contigo.

El aire pareció evaporarse de la habitación y la tensión era casi dolorosa.

Pero él soltó una risotada burlona y perversa que Adriana sintió como una caricia. Que la hizo desear quitarse el chal y apretarse contra él para liberar la tensión.

-No sabes lo que estás pidiendo -dijo Pat entonces-. No sabrías por dónde empezar.

No sabía qué la asustaba más, que se lanzase sobre ella o que esa tensión la delatase y él supiera cómo estaba atormentándola.

Aunque sospechaba que ya era así.

Pat se acercó a ella, con esa piel bronceada, el suave vello oscuro de su torso enfatizando su masculinidad. Y la miraba tan intensamente... sus ojos dorados brillaban como si fuera el ser más perverso del mundo y pudiera usarla como quisiera.

No debería preguntarse por esa otra faceta más oscura o qué más escondería bajo esa máscara disoluta.

«Esto es por Lenz», se recordó a sí misma. Se negaba a creer que su adorado príncipe la hubiese querido como amante durante todos esos años en los que trabajaron en armonía. Y no podía dejar que eso importase. Tenía que salvar lo único que podía salvar, lo único que el apellido de su familia no había ensuciado.

Tal vez no pudiera salvarse a sí misma, pero sí podría salvar la reputación de Lenz.

-Tu hermano... -empezó a decir.

-Regla número cinco -la interrumpió Pat-. Si quieres meterte en mi cama, no hables de mi hermano. Nunca.

Adriana sintió el pulso latiendo en su cuello, en sus muñecas... y más abajo. Tuvo que hacer un esfuerzo para disimular mientras Pat se acercaba, actuar como si no la

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

intimidase. Incluso cuando se detuvo tan cerca que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

–¿Estamos negociando? –le preguntó, su voz mucho más débil de lo que debería. Diciéndole demasiado.

–Yo no me llevo temblorosas vírgenes a la cama –dijo Pat–. Particularmente, vírgenes temblorosas y aterrorizadas que se creen enamoradas de mi hermano y ven mi cama como un sacrificio.

–Yo no...no... –Adriana no había tartamudeado en su vida y tuvo que hacer un esfuerzo para calmarse–. No tengo miedo. Y no soy virgen.

Pat enarcó una ceja.

–Convénceme.

–¿Cómo? Aunque daría igual que lo fuera, no es asunto tuyo.

–Pero lo es. ¿Quieres meterte en mi cama? Entonces, tengo que saber algo sobre tu experiencia sexual. Convénceme. Considéralo una entrevista de trabajo. Al fin y al cabo, tú lo has leído todo sobre mí en las revistas.

No podía estar pidiéndole eso, pensó ella. Aquello no podía estar pasando. Pero todo lo que estaba ocurriendo aquel día era increíble. Ella nunca bebía en exceso ni despertaba en la cama de un hombre sin recordar nada. Tampoco mantenía largas conversaciones con el príncipe de Kitzinia en ropa interior... ¿y de verdad le había dicho que se acostaría con él?

De modo que respiró profundamente y dijo lo que pensó que él quería escuchar.

–No podría contarlos a todos –anunció, levantando la barbilla–. ¿No le dijiste a un periodista que no recuerdas gran parte de la última década? Bueno, pues no eres el único. ¿Quién sabe con quién habré estado?

Pat sacudió la cabeza.

–Sigues sin convencerme.

–Todo el mundo sabe que soy una cualquiera –se obligó a decir Adriana, para no admitir su limitada experiencia sexual. No era virgen, pero como si lo fuera–. Me han llamado eso desde que era una niña, incluso antes de que supiera lo que significaba. ¿Por qué no voy a aceptarlo?

–No has tenido tantos compañeros de cama, Adriana. Me sorprendería mucho si hubieras tenido tres en toda tu vida –dijo él.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Y luego se quedó mirándola, sabiendo cosas que no debería saber. La hacía sentir incómoda, como si no cupiera en su propia piel, como si estuviera a punto de explotar.

–Uno –admitió, odiándolo, odiándose a sí misma. Y, sin embargo, decidida a seguir adelante, consumida por ese dolor que parecía comérsela viva. Pero lo hacía por Lenz–. Solo ha habido uno y...

No podía seguir. No podía hablarle de ese triste y veloz encuentro, del dolor y la desagradable sensación que siguió; la sensación de ser vulnerable. Entonces tenía diecisiete años y había durado exactamente tres minutos, en una fiesta a la que no debería haber ido. Y luego él había ido jactándose por todo el instituto, diciendo que la Righetti era tan golfa como todo el mundo sospechaba.

–¿Y bien? –la animó Pat.

–Fue afortunadamente breve.

–Ah, qué imagen tan tentadora –bromeó él–. ¿Cómo voy a resistirme ante la virgen que desea postrarse en mi cama para beneficio de mi hermano? Nunca había estado tan excitado.

Adriana sintió que le ardía la cara. Sentía eso y un calor entre las piernas... aquello era un desastre.

«Pero tienes que hacerlo. No podrías vivir contigo misma si no lo hicieras. Esta podría ser tu única oportunidad de hacer algo bueno por Lenz».

–Entonces, enséñame –se apresuró a decir, antes de que pudiera seguir riéndose de ella.

Pat la miró en silencio durante unos segundos y luego, de repente, enredó las manos en su pelo, obligándola a ponerse de puntillas para apoyar las manos sobre su torso. El chal cayó al suelo, pero Adriana no se dio cuenta porque Pat sostenía su cara entre las manos, manteniéndola cautiva, a un centímetro de su boca.

Lo oyó contener el aliento... por ella. El eco de ese gemido la hizo temblar. O tal vez era el incendio en sus ojos.

–Enséñame todo –susurró, empujada por algo oscuro que no podía reconocer.

Su boca estaba tan cerca, su rostro serio y peligroso, ese fuego letal en los ojos dorados. Y, sin embargo, solo sostenía su cara entre las manos, tenso y sin aliento, mientras ella se ahogaba en sensaciones.

Abrió los labios, sabiendo que era una invitación, y, cuando la mirada de Pat se

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

clavó en su boca, sintió que sus pezones se levantaban. Nada existía salvo ese pulso, ese calor, ese cosquilleo entre las piernas...

Entonces, de repente, él la soltó.

Adriana trastabilló, conteniendo las lágrimas. Lo había hecho deliberadamente.

–No podrías conmigo. Apenas te he tocado y te has deshecho entre mis brazos.

Adriana estaba furiosa, pero no podía parar y no quería preguntarse por qué.

–Parece que eres tú quien no puede conmigo –replicó, desafiándolo. Pero lo deseaba y esa verdad fue como una explosión–. Tal vez tu reputación sea una mentira. Tal vez la verdad es que tú no puedes conmigo.

Él rio, una risa oscura y salvaje que la dejó sin respiración.

Pat la tomó entre sus brazos y deslizó las manos hasta su trasero, metiendo las manos bajo las bragas para acariciar sus nalgas, apretándola contra él, levantándola y empujándola contra la pared.

La habitación parecía dar vueltas y Adriana esperaba algo, una explosión, una detonación. Algo que hiciera juego con el fuego que sentía en su interior. Podía sentirlo por todas partes, duro, masculino, ardiente.

Sus caricias dejaban una marca de fuego. Cuando trazó la curva de sus pechos, apretando los pezones entre los pulgares, Adriana cerró los ojos, jadeando, sintiendo un río de lava entre las piernas. No quería que terminase y estaba segura de que no podría sobrevivir.

No podía pensar. Solo podía sujetarse a sus hombros, acercarse más. Lo deseaba tanto que creía morir. Quería hacer cosas sobre las que solo había leído. La hacía desear todo...

–A ver si puedo controlar esto –bromeó Pat.

–No creo que puedas –se oyó decir a sí misma–. O ya lo habrías hecho.

Como si fuera tan libertina como él, tan desvergonzada. Como si supiera lo que estaba pidiendo.

Pat seguía sonriendo, torturándola. Y luego, lenta y deliberadamente, la apretó contra su dura entrepierna, moviéndose adelante y atrás con un ritmo sinuoso que la hacía sentir débil. Y cuando la besó... el mundo dejó de existir.

No debería besarla, pensaba Pat.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Era un terrible error, pero Adriana se pegaba a él como la miel, deliciosa y dulce, su cuerpo delgado apretado contra el suyo. No podía contenerse, pero, mientras la besaba una y otra vez, olvidó por qué no debería hacerlo.

Aquella debería ser una lección para Adriana, nada más.

Y, sin embargo, quería tomarla allí mismo, apretarla contra la pared y hacerla suya. Sentía su calor a través de las delgadas capas de tela que los separaban. Era tan suave, respondía de una forma tan apasionada.

Tan perfecta.

Adriana le devolvía los besos con la misma pasión. Lo besaba como si hubiera olvidado que no era a él a quién deseaba en realidad. Florecía bajo sus caricias, incandescente y adictiva, como si estuviera tan desesperada como él.

Pero ella quería a Lenz. Estaba enamorada de Lenz. Pat lo había visto.

Era algo que no podía olvidar, por excitado que estuviera y por mucho que hubiese dado en ese momento para enterrarse en ella y llevarlos a los dos al olvido, donde Lenz no existía. Donde no podría existir.

Donde solo había ese fuego, ese deseo, esa deliciosa electricidad, intensa y codiciosa, que lo hacía anhelar besarla por todas partes, hacerla gritar de placer hasta que sollozase su nombre.

Su nombre, no el de su hermano.

Pero no podía parar, no quería parar. ¿Qué le hacía aquella mujer? Nunca había actuado sin pensar y, desde luego, nunca contaba ni una parte de la verdad sobre sí mismo.

Y eso no podía pasar. No podía dejar que pasara.

Pero se dio la vuelta para llevarla a la cama y luego se torturó a sí mismo tumbándose a su lado, apoyándose en un brazo para no aplastarla. Él nunca había creído en las habladurías sobre las mujeres de la familia Righetti, supuestas hechiceras y seductoras sin igual, pero apartarse de Adriana, de ese fuego, era lo más difícil que había hecho en toda su vida.

No lo entendía. No se entendía a sí mismo.

–Puedo tenerte, Adriana, pero no voy a hacerlo.

Se levantó de la cama haciendo un esfuerzo sobrehumano para no mirar esos labios hinchados de sus besos, los pechos asomando por encima del sujetador, como

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

suplicándole que los tocara, los brazos abiertos, como un postre que él deseaba más que nada.

Pero sonrió, sabiendo que esa sonrisa sería para ella como una bofetada.

–Aunque agradezco la oferta.

Ella se incorporó, colorada hasta la raíz del pelo, el precioso cabello rubio cayendo alrededor de su cara, como si ya la hubiera tomado. Ojalá fuera así, pensó, con una desesperación alarmante.

Adriana levantó la cabeza y sostuvo su mirada, los ojos de color chocolate aún ardientes y oscuros.

–Ya veo cuánto lo agradece, *Alteza* –murmuró, airada.

Pat tuvo que disimular una sonrisa. No sabía por qué le hacía tanta gracia su mal genio, por qué le gustaba que no le tuviese miedo.

Aún notaba el sabor de sus labios. Estaba tan duro que le dolía, y él no estaba acostumbrado a negarse placer alguno. Y mucho menos con las mujeres. Se había acostado con muchas que querían llegar hasta su hermano a través de él, que lo habían usado para conseguirlo, pero nunca antes lo había molestado.

No sabía por qué le molestaba que lo hiciera Adriana, por qué no podía quitarse de la cabeza su angustiada expresión de la noche anterior. Solo sabía que él no sería el camino hacia su hermano para aquella mujer, fueran cuales fueran sus razones. Quería que pensara en él y solo en él.

–No siempre podemos tener lo que queremos –dijo en voz baja.

–Tú sí puedes. Has hecho una carrera de ello.

Pat negó con la cabeza.

–No vas a conseguir lo que quieres, por muy dulce que te pongas o por desnuda que estés. Aunque me gustan las dos cosas.

Adriana volvió a ponerse colorada. ¿Cuándo fue la última vez que vio ruborizarse a una mujer?

–¿Hay alguna mujer en este país con la que no te hayas acostado? ¿O es solo conmigo?

–Solo contigo –respondió Pat, sin saber por qué estaba haciendo aquello, sin entenderlo. Sería más sencillo acostarse con ella y olvidar el asunto. El interés por una

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

mujer duraba unos días y luego pasaba; siempre era así. Lo único que conseguía negándosele era empeorar la situación.

Pero nunca había deseado a nadie de ese modo y dudaba que acostarse con ella una vez fuese una cura. Más bien al contrario.

–Ni siquiera conocías la palabra «no» hasta hoy –insistió Adriana.

–Creo que deberías dejarlo antes de que pierda la paciencia. Deberías vestirme y recordar quién soy. Es una sugerencia.

–Ya te dije que dejaría mi puesto. Y lo haré, hoy mismo.

–No, no lo harás.

Aunque debería. O él debería hacer que la despidieran y la echasen del palacio por su propio bien. Debería llevarse ese cuerpo tentador lo más lejos posible y su irritante amor de mártir por Lenz. Debería marcharse de Kitzinia y protegerse de su familia, de los repugnantes rumores.

Le gustaría protegerla personalmente y eso era un problema.

Pero aquello era un juego, se recordó a sí mismo, y Adriana era parte del juego. Tenía que seguir allí durante un tiempo.

–No quieres que ayude a tu hermano y no dejas que me vaya –dijo Adriana–. ¿Qué quieres que haga?

–Sugiero que hagas tu trabajo –respondió él, con un tono más brusco del que pretendía–. No puedo prometer que vaya a cooperar, pero eso ya lo sabías desde el principio.

–Yo no quiero...

–Soy el príncipe Patricio de Kitzinia y tú eres una súbdita –la interrumpió Pat, siendo él mismo por primera vez en mucho tiempo. Pero era demasiado pronto para ser algo más que Pat, el playboy–. Tu obligación es darme placer, lo demás es irrelevante.

Adriana apartó la mirada, dolida, y él se sintió vacío. Luego se levantó para dirigirse a la puerta, con la espalda recta, la cabeza alta. Sabía que eso debería ofenderlo, pero solo hacía que la deseara de nuevo.

–Gracias, *Alteza*, por recordarme cuál es mi deber y ponerme en mi sitio. No lo olvidaré nunca.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Hablaba sin dejar de caminar, su tono amable pero no tan respetuoso como debería. Y eso hizo que la deseara de nuevo.

Pat tiró de ella para apretarla contra su torso, maldiciéndose a sí mismo, pero incapaz de parar.

–Yo tampoco lo olvidaré –murmuró en su oído–. Mientras tú bailas al son que toca mi hermano e intentas mantenerme atado, recordaré todo esto –la miró de arriba abajo, satisfecho al ver el efecto que provocaba en sus pezones–. Recordaré esas pecas entre tus pechos, por ejemplo, y me preguntaré cómo saben. Pensaré en tu cara ahora mismo, con los labios hinchados por mis besos. Siempre estará ahí, en el aire entre nosotros, como una niebla.

Ella sacudió la cabeza, desconcertada.

–¿Por qué...?

Pat se inclinó un poco más, empujado por demonios que no reconocía, por deseos que no entendía, pero que clavaban sus colmillos en él. Y quería que los clavasen en ella también.

–Mi placer, Adriana –repitió, como si fuera una promesa, una oscura amenaza–. No el tuyo.

Capítulo 5

Adriana miraba a Pat, que hablaba por teléfono, mientras surcaban el cielo desde Mónaco a Kitzinia en el avión de la familia real.

Seguía llevando el esmoquin que había llevado esa noche, provocando los consabidos suspiros y gritos mientras recorría la alfombra roja hasta la entrada del hotel donde tuvo lugar el evento a beneficio de Cruz Roja.

Estaba tumbado en un sofá de piel, tan relajado como siempre. Había sido una larga noche para él, pensó, sin la menor compasión. No solo había tenido que dar un discurso en el banquete, sino que también tuvo que quitarse de encima a tres actrices de Hollywood, a la obsesionada esposa de un político francés, una condesa, dos jóvenes de la alta sociedad francesa y una camarera increíblemente segura de sí misma.

Si hubiera ido sin ella, se habría quedado en Mónaco a pasar la noche... y no lo habría hecho solo. Y al día siguiente habría aparecido borracho en todas las portadas.

Ella había insistido en que volvieran a Kitzinia esa misma noche y, afortunadamente, él había aceptado.

Pero Adriana no se engañaba a sí misma. No sabía por qué fingía hacerle caso desde la humillante mañana en la habitación del hotel en Londres, pero le parecía muy sospechoso.

–Tienes la agenda completa para la próxima semana –le había dicho una mañana, cuando volvieron de Londres.

Pat, tirado en un sillón de piel granate, con los pies sobre el escritorio de caoba, parecía más un modelo que un príncipe.

–Estoy aburrido –dijo él, con las manos en la nuca–. Creo que prefiero pasar la semana en Maldivas.

–Sin duda, necesitas unas vacaciones. Trabajas tanto –replicó ella, irónica.

Él esbozó una sonrisa.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–Trabajo mucho –asintió, con ese tono sugerente que Adriana desearía encontrar desagradable.

–Tal vez, si vistieras de manera apropiada –sugirió ella, señalando los gastados vaqueros–, tus deberes reales no te parecerían tan aburridos.

–¿Crees que la ropa tiene algo que ver? Yo me siento más cómodo cuando estoy desnudo.

Adriana no quería hablar de eso, de modo que se ocupó de su agenda para esa semana mientras Pat la miraba con expresión burlona. Cenas benéficas, fundaciones, varios eventos para apoyar y promover el comercio en Kitzinia, visita al Museo de la Guerra en el aniversario de una de las batallas más famosas del reino, otra visita a una ciudad del sur que había sido devastada por un incendio recientemente, discursos, bailes, cenas. Lo de siempre.

–Nada de eso suena divertido –protestó él, sin mirarla, como si ya estuviese en Maldivas.

Adriana no entendía qué le pasaba. No debería haber perdido la cabeza o rendirse tan fácilmente. Tan completamente. Si él no hubiese parado, ella tampoco lo habría hecho. La avergonzaba, pero así era.

Tenía que verlo cada día y eso hacía que lo odiase casi tanto como se odiaba a sí misma. Había trabajado con Lenz durante tres años, habían viajado juntos por todas partes. Lo adoraba, lo admiraba, y él nunca la había rozado de manera inapropiada. Y ella jamás había tenido que hacer un esfuerzo para controlarse.

Pero Pat la tocaba y era como abrir la caja de Pandora. Ese deseo, oscuro y salvaje, ese fuego que no parecía apagarse nunca. La prueba, al fin, de que era una Righetti.

Tenía que ser eso lo que hacía que actuase de tal forma, se decía a sí misma desde el viaje a Londres. Tenía que ser la infame naturaleza de los Righetti, como todo el reino había predicho desde su nacimiento y como recordaban las revistas cada día, mientras especulaban sobre su relación con Pat.

Porque no podía ser él. No podía ser.

–La tuya es una vida de grandes sacrificios y responsabilidades –le dijo, irónica–. No sé cómo lo soportas.

En los ojos dorados vio un brillo de suprema satisfacción masculina que no entendía, pero que la hacía temblar.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–¿Hoy también llevas un conjunto de ropa interior a juego? –le preguntó él entonces, recordándole esa mañana en Londres–. Me gustó mucho.

Adriana se puso colorada al recordar sus besos, sus atrevidas caricias, la vergüenza que se había convertido en otra cosa.

Pero Pat, por supuesto, se limitó a sonreír.

–Ya te dije lo que pasa cuando me desafían –siguió él antes de que Adriana pudiese decir nada–. Puedes faltarme al respeto si quieres, no me importa, pero sería un problema si lo hicieras en público y, además, no te gustaría nada que yo te devolviera el favor. ¿Me entiendes?

Adriana lo entendía demasiado bien. Había salido corriendo de la habitación como si la persiguiera, cuando lo único que la persiguió fue el sonido de su risa.

Y su propia vergüenza.

Nerviosa, empezó a pasar las páginas de un libro en el que no podía concentrarse. Pat seguía hablando en italiano con alguno de sus amigos, su risa molestándola a pesar de que intentaba no prestarle atención.

Pero no podía hacerlo.

Su cuerpo recordaba lo que había pasado en Londres, incluso después de varias semanas. Los recuerdos estaban ahí, bajo su piel, en sus venas, en el centro de su feminidad. Solo tenía que escuchar su voz, ver esa mirada oscura, esa sonrisa, y se deshacía. Era adictivo. Temía haber encendido algo que no pudiese apagar.

–Parece que haces milagros –le había dicho Lenz una noche, mientras esperaban para hacer su entrada en una gala–. No ha habido un solo escándalo desde que te hiciste cargo de Pat.

Ella hizo una mueca. Era cómodo estar con Lenz y resultaba fácil trabajar para él. Nunca había sido peligroso como Pat, pero siempre le había parecido atractivo, a su manera. Con el pelo rubio y los ojos azules, era de menor estatura que su hermano, más sólido que delgado, pero parecía el rey que sería algún día. Estaba en su postura, en su forma de hablar. Era quien era y Adriana lo adoraba por ello.

En cualquier otra ocasión, habría estado pendiente de sus palabras, pero esa noche no podía dejar de mirar a Pat, que estaba con la princesa Lisette, mirándola con gesto de burla, recordándole...

«Estaba preparándote para que fueras su amante».

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Y, cuando miró a Lenz, cuando lo miró de verdad, buscando al hombre y no al príncipe de Kitzinia al que admiraba, había visto algo en su mirada, algo oscuro y nada platónico.

No había ningún error, no podía negarlo.

–Me temo que no es solo gracias a mí, Alteza –respondió, con el estómago encogido. Había estado tan segura de que Lenz era diferente... tanto que ya no podía mirarlo a los ojos–. El príncipe Patricio está cooperando.

–¿Pat, cooperando? Debes hablar de otro hermano.

Adriana sonrió automáticamente, pero no podía dejar de notar que estaba más cerca que antes, que le hablaba con más familiaridad que de costumbre. Demasiado cerca, demasiado familiar. Como le había advertido su padre. Pero ella había estado demasiado ciega.

La princesa Lisette estaba observándolos con su mirada helada y Adriana recordó sus palabras:

«Todo el mundo la ve como una paria».

Fue un alivio cuando les hicieron la señal para que entrasen y pudo apartarse un poco. Lejos de Lenz, que no era quien había imaginado que era, lejos de Pat, que era más de lo que ella podía controlar, como él mismo le había advertido.

Se quedó en la puerta durante un largo rato, sujetándose a la pared como si temiera caer al suelo.

–Anoche parecías incómoda con mi hermano –le había dicho Pat al día siguiente. Estaba atrapada en el coche oficial con él, de camino a otro evento, y se sentía demasiado débil como para lidiar con el hombre poderoso al que había visto en Londres. Prefería al disipado príncipe Pat, el escandaloso e irresponsable. Era más fácil–. Esperaba que hubiese más química entre vosotros, ya que estás dispuesta a hacer tan noble sacrificio para salvarlo.

Su tono era burlón, como siempre. Adriana había aprendido tiempo atrás a hacerse la dura, aunque no lo fuera, a no dejarse afectar por los crueles comentarios de la gente, pero aquel día estaba agotada.

Pat se había llevado todo lo que significaba algo para ella, su fe en Lenz, su puesto en el palacio, su respeto, todo. Y, por fin, algo se había roto dentro de ella.

–Sé que todo esto es una broma para ti –empezó a decir, mirando por la ventanilla–. ¿Y por qué no? Da igual lo que hagas, la gente te adora. Nunca hay

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

consecuencias para ti. Nunca tienes que pagar un precio. Puedes deslizarte por la vida haciendo lo que te da la gana.

–Sí, claro –replicó él, aparentemente despreocupado. Pero su mirada se había oscurecido y, si fuera otra persona, pensaría que esa conversación lo disgustaba–. Soy una terrible desilusión para todo el mundo, incluso a veces para mí mismo.

Adriana no entendía la tensión que había entre ellos. No quería entenderla, pero temía que la caja de Pandora se abriese de repente y no poder hacer nada. Porque había cosas que era mejor no tocar.

–Tu hermano siempre ha sido amable conmigo –respondió, su voz extrañamente suave en el interior del coche–. Me hizo creer... –pero no podía decírselo porque Pat no entendería lo que significaba sentirse segura y se reiría de ella–. Yo hubiera sido feliz creyendo que solo era eso. No tenías que decirme nada.

–Adriana –su tono sonaba como una caricia, pero ella levantó una mano para impedir que siguiera porque las lágrimas amenazaban con asomar a sus ojos.

–Lo hiciste deliberadamente porque te pareció divertido.

–¿Creías que mi hermano iba a enamorarse de ti? –le preguntó Pat, con voz ronca–. ¿Que dejaría a su prometida y arriesgaría el trono para el que se ha preparado desde niño como hizo el duque de Reinsmark por tu tía abuela Sandrine?

–Lo que Lenz hiciese no tiene nada que ver. La gente protege a aquellos que le importan. Si a ti te importase algo en el mundo además de tu propia diversión, lo sabrías y no irías por la vida destrozando...

Él la silenció poniendo un dedo sobre sus labios y Adriana no tuvo tiempo de analizar los latidos de su corazón, la sensación de felicidad ante ese mero roce.

–No –había sido una orden, su voz como el terciopelo. El coche se había detenido, pero Pat no se movía ni apartaba la mirada de ella, con una expresión que no había visto nunca, como si fuera otro hombre–. Tú no sabes qué me importa. Y jamás pensé que nada de esto fuera divertido.

Adriana aún podía sentir el roce de ese dedo sobre sus labios. Tal vez no lo olvidaría nunca.

–*Ci vediamo* –se despidió Pat, antes de dejar el móvil sobre el asiento.

Adriana volvió al presente y lo encontró mirándola desde el otro lado del avión. Estaba tan desconcertada como si la escena en el coche acabase de ocurrir, como si no hubieran pasado varios días. Y temía que Pat supiera lo que estaba pensando.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–¿Un buen libro? –le preguntó.

–Sí, muy interesante –respondió ella–. No puedo dejarlo ni un segundo.

–Pero no lo has mirado en los últimos cinco minutos.

–Dudo que estuvieras prestando atención mientras hacías planes para provocar el caos en Italia con tus cuestionables amigos. Quienes, según los últimos cotilleos, creen que la industria de la moda solo existe para proveerlos de modelos.

Él rio, como si le hubiera hecho mucha gracia, y Adriana sintió esa risa en cada centímetro de su cuerpo. Estaba perdida. Si era sincera consigo misma, había estado perdida desde el principio, cuando lo vio medio desnudo en su apartamento del palacio, riéndose ante la idea de que ella pudiera hacer que se comportase.

Debería haberle hecho caso.

–Sigue mirándome así –dijo Pat entonces– y no seré responsable de lo que pase.

Esperaba alguna de sus réplicas cortantes o una de esas sonrisas irónicas a las que ya se había acostumbrado. Ambas reacciones le gustaban más de lo que deberían, pero los ojos de Adriana se oscurecieron y un rubor cubrió sus mejillas.

Ese rubor irresistible lo excitaba. El deseo clavando en él sus garras...

¿Cómo podía desearla tanto?

Habían pasado semanas desde lo de Londres y su fascinación por ella debería haber pasado, como solía ocurrirle con otras mujeres. Y esas otras mujeres no se creían enamoradas de su hermano.

Pero Adriana estaba siempre con él, constantemente a su lado, irritada, severa. Pasaba el día estudiando su bonito rostro y sus muchas máscaras, leyendo cada gesto, provocándola cuando se cansaba de la distancia que ponía entre ellos.

Aquella mujer iba a ser su perdición y, sin embargo, no podía hacer nada para evitarlo. No podía dejarla marchar porque era parte del juego, pero no podía soportar que así fuera.

–Cuidado –dijo en voz baja, viendo cómo su pecho subía y bajaba. Si le preguntaba, diría que no lo deseaba y nunca lo había deseado, pero él podía ver la verdad escrita en su rostro y eso lo excitaba aún más–. Esta noche no estoy de humor.

–¿Por qué?

–Esperaba aplausos cuando subí al avión –respondió él, arqueando una ceja–. Un

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

discurso de agradecimiento, tal vez incluso un par de lágrimas.

–No sabía que necesitaras ánimos, pero lo tendré en cuenta. Tal vez la guardia real debería haber lanzado un par de salvas.

–Quiero tu aplauso, Adriana. Después de todo, eres tú quien insiste en hacerme casto y puro, y lo estás consiguiendo. Estoy obedeciendo tus órdenes, ¿no?

–¿Acabas de describirte como casto y puro? ¿En un avión, donde podría caer un rayo?

Pat soltó una carcajada.

Aquella mujer era un problema. Un problema terrible, un desastre para todo aquello por lo que había trabajado durante años, pero disfrutaba estando con ella. Era rápida, severa, divertida, con un fuego interior que los quemaría a los dos.

–¿Quieres que te cuente qué hice en la gala del año pasado?

–No es necesario, el vídeo de tu aventura en el balneario sigue colgado en Internet. Nunca se ha abusado tanto de la frase: «las joyas de la corona».

Pat levantó las manos en señal de rendición, aunque ella sabía que no se rendiría nunca.

–Y mírame ahora, ni una actriz del brazo, ni un balneario, ni una habitación de hotel. Y ni siquiera estoy borracho. Deberías sentirte orgullosa.

Adriana lo miró con el ceño fruncido.

–Tu transformación es asombrosa, pero me perdonarás si desconfío.

–Debo decir que la ropa interior a juego siempre me ha parecido un argumento muy persuasivo.

Adriana dejó escapar el aliento que había estado conteniendo y alisó una arruga inexistente de su falda con manos ansiosas.

Pat sabía que era un canalla, pero aquella mujer hacía que quisiera ser un hombre diferente, uno mejor. La clase de hombre que ella merecía.

–Tal vez hayas logrado convencerme de mi error –dijo en voz baja, odiándose porque no era verdad. Él no podía ser ese hombre, por mucho que lo deseara–. Que nadie haya podido hacerlo antes no significa que no sea posible.

–Los dos sabemos que no es cierto –replicó Adriana–. Lo único que he

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

conseguido es formar parte de tu larga lista de conquistas, igual que las demás.

–No sé por qué crees que eres igual que las demás.

Adriana se obligó a sí misma a sonreír, una sonrisa forzada que encogió el corazón de Pat.

–Tú siempre has coleccionado trofeos, ¿no? ¡Y qué trofeo ganaste en Londres! La última ramera de las Righetti te hizo proposiciones y tú, precisamente tú, la rechazaste. Enhorabuena, *Alteza*, ya puedes presumir de ello.

Pat, furioso, se limitó a estudiar su pálido rostro, tan pálido como esa mañana, cuando se vio obligado a hablarle de Lenz y supo que le había roto el corazón.

Odiaba aquello y estaba peligrosamente cerca de odiarse a sí mismo. Por primera vez desde los dieciocho años, desearía poder hacer lo que quisiera sin tener que preocuparse de nada más. Sin tener que jugar a aquellos estúpidos e interminables juegos. Adriana lo miraba como si fuera el degenerado en el que había hecho lo posible para convertirse cuando lo único que quería era que pensara bien de él. Qué ironía.

Enhorabuena, pensó, irónico. Aquello era el fin y no podía hacer nada para evitarlo.

–Adriana... –empezó a decir, intentando entender esa obsesión de protegerla no solo de las cosas que él no debería desear, sino de sí misma–. Los dos sabemos que no eres una ramera. ¿Por qué te torturas a ti misma con mentiras de extraños? Solo son bulos antiguos, ni siquiera tienen nada que ver contigo.

–A algunos nos definen las historias que cuentan los extraños.

–Tú eres la única que puede definirte. Lo único que los demás pueden hacer es contar bulos que no deberían afectarte.

Esas palabras la emocionaron. Lo vio en sus ojos empañados, en el ligero temblor de sus labios, en cómo apretaba los puños y apoyaba firmemente los pies en el suelo, como si necesitara recuperar el equilibrio.

–Para ti es fácil porque te quieren hagas lo que hagas. Pero no a todos nos perdonan.

–La simpatía no es el perdón.

–Hay vídeos, fotografías, revistas enteras dedicadas a tus aventuras, pero sigues siendo el príncipe más popular de Europa. A nadie le importa lo que hagas, la suciedad no se te pega.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–Yo prefiero pensar que soy aventurero más que sucio –dijo él, viendo sombras en sus ojos–. Especialmente si lo dices en ese tono.

–Mientras tanto –siguió Adriana, como si no lo hubiera oído– yo estoy emparentada con tres mujeres que se acostaron con príncipes de Kitzinia hace ciento cincuenta años y una que arruinó a un duque más recientemente. Soy la ramera más notoria del reino gracias a ellas. Ni siquiera son mis pecados, pero nunca estaré limpia a ojos de los demás. Esa es mi vida.

Pat sacudió la cabeza. Sabía que no deberían seguir hablando, que aquella era una conversación peligrosa, pero siguió haciéndolo como si fuera otro hombre, alguien que podía hablar con una mujer a la que encontraba fascinante, como si no fueran peones en un juego que solo él sabía que estaban jugando.

–Todo eso son celos. Eres una leyenda, Adriana, te lo hayas ganado o no. Las mujeres sienten envidia de la atención que recibes por tu notorio apellido y por la temeridad de ser tan bella. Y los hombres te desean.

Ella dejó escapar un gemido de frustración mientras volvía a abrir el libro.

–No quiero seguir hablando de eso. Tú no puedes entenderlo.

–¿Por qué no?

–Porque tú nunca has envidiado a nadie y, desde luego, no me deseas. Lo dejaste perfectamente claro en Londres.

Pat se levantó. Sabía que no debería hacerlo, pero se levantó y, un segundo después, estaba a su lado, inclinándose sobre ella y plantando las manos a cada lado del asiento, encerrándola entre sus brazos. Arriesgándolo todo, pero no le importaba.

–Yo no he dicho que no te desee.

Se sentía raro, capaz de todo, especialmente capaz de un error de tal magnitud, pero no podía detenerse. Adriana seguía oliendo a jazmín y sus ojos seguían siendo de ese rico color chocolate... y no tenía fuerzas para seguir resistiéndose.

–No quiero revivir la mañana más humillante de mi vida –dijo ella, con los dientes apretados– pero sí lo hiciste. Si no con palabras, con actos. Y no me malinterpretes, te estoy agradecida. No era yo misma esa mañana.

–La cuestión que hay sobre la mesa ahora mismo es si te deseo o no –replicó él, mirándola a los ojos–. La cuestión entonces era si quería o no acostarme contigo sabiendo que cuando cerrases los ojos ibas a pensar en Lenz. No es lo mismo.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Ella palideció, pero su rostro se cubrió enseguida de un rubor que Pat encontraba fascinante.

–¿Qué más da? No ocurrió, no pasó nada. No hay necesidad de volver a hablar de ello.

–Ya te dije que no lo olvidaría y no lo he hecho. Recuerdo los gemidos cuando te besaba, cuando te apretabas contra mí, ardiente y...

–¡Por favor! –exclamó Adriana–. Para de una vez.

–¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que deseas?

Se inclinó un poco más, notando que contenía el aliento, el pulso que latía con furia en su cuello delatándola.

Ella susurró algo que sonó como un gemido y Pat sonrió. Olía a sus flores favoritas, a vacaciones bajo el sol... y quería enterrarse en ella más que respirar.

–Y cuando digo «desear» no me refiero a algo controlado –añadió, poniendo los labios en su cuello, directamente sobre la piel satinada–. Me refiero a un ansia insaciable. No porque estés borracha, no porque quieras martirizarte por mi hermano. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que es lo que ansías?

–Por favor... –susurró ella, desesperada.

–No creo que estés enamorada de mi hermano. Sé que no lo deseas como me deseas a mí.

–Yo no...

–Te he hecho una pregunta –insistió Pat, los labios sobre su barbilla–. Si te sirve de ayuda, ya sé la respuesta. Lo único que tienes que hacer es admitirlo.

Capítulo 6

El aliento de Adriana escapó de su garganta como un suspiro de alivio.

Como una rendición, pensó Pat, satisfecho.

–Creí que ayudaría a tu hermano, de verdad –dijo ella, sus ojos ardiendo–. Pero nunca habría sugerido... –no terminó la frase, agitada–. Quiero decir que no habría pensado en ello si no...

Pat esperó, pero Adriana no podía continuar. Estaba ardiendo, rompiéndose en pedazos aunque él apenas estaba tocándola.

Iba a ser su fin. Lo sabía.

Y estaba deseando que así fuera.

–Dilo –le ordenó–. Si no...

–Si no te deseara –admitió Adriana, con voz ronca.

Pat la besó, un beso largo y apasionado mientras deshacía su moño con los dedos, enviando las horquillas al suelo. Y ella se lo devolvía, el roce de sus labios como una revelación. No se cansaba de besarla.

Inclinó a un lado la cabeza y el beso se volvió salvaje. Tanto que pensó que iba a explotar cuando sintió que pasaba las manos por sus brazos, por su torso. Desearía quitarle la ropa simplemente con pensarlo.

No quería que pensara, quería que se derritiera entre sus brazos, perdida en una pasión que podría destruirlos a los dos. Quería que fuera suya.

Pat se apartó de su boca, haciendo un esfuerzo, y se puso de rodillas delante de ella, haciéndose sitio entre sus piernas mientras Adriana gemía, excitada y sorprendida a la vez.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–¿Qué...?

–Relájate.

Pat levantó su falda hasta la cintura y pasó las manos por los suaves y satinados muslos, sonriendo al ver que se mordía los labios. Enterró las manos bajo sus nalgas, agarrando el perfecto trasero con una mano y colocándose sus piernas sobre los hombros.

–Dios mío... –susurró Adriana, tirada en el sillón, con la falda por la cintura y ese delicioso rubor en el rostro que lo volvía loco.

Estaba temblando y era suya. Por fin.

Que Dios los ayudase a los dos.

–Agárrate a los brazos del sillón –le aconsejó, sin reconocer su propia voz–. Te va a hacer falta.

Tiró de sus caderas hacia él, sonriendo al ver el pedazo de tela azul que cubría su sexo, e inclinó la cabeza hacia delante para acariciarla con los labios.

La sorpresa de tener su boca ahí, en el centro de su deseo, dejó a Adriana sin aliento. De tal forma que cuando quiso gritar solo le salió un gemido ahogado. El calor, el fuego, la terrible y maravillosa tensión.

Su perversa y hábil boca, ardiente y posesiva, apretada contra el fino encaje que los separaba la dejó desmadejada. Sus fuertes hombros parecían enormes bajo la chaqueta del esmoquin, tan dura en contraste con la suave piel del interior de sus muslos, el imposiblemente hermoso rostro entre sus muslos...

Solo podía ver su pelo, una mezcla de sol y arena, y sus propias manos agarrándolo.

Pensó que iba a morir. Quería morir. No sabía cómo podía alguien soportar tanto placer y seguir vivo.

Y entonces él, emitiendo un gemido de masculino placer, apartó a un lado el tanga con dos dedos y empezó a lamerla...

Adriana sintió una explosión, se vio perdida en una lluvia de llamas.

Cuando volvió a ser ella misma, o lo que quedaba de ella, no podía respirar y Pat estaba riendo, allí, contra los húmedos pliegues, haciendo que el placer volviese de nuevo, más dulce y más ardiente que antes.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–Otra vez –murmuró, cada silaba haciendo que se apretase contra él sin saber lo que hacía.

Y él volvió a acariciarla con la lengua y los dientes, poseyéndola, el roce de su incipiente barba haciendo que el calor la ahogase. Las sensaciones la hacían temblar y apretarse contra él, deseándolo todo, sintiendo como si hubiera un muelle dentro de ella, cada vez más tenso.

Sin aliento, oía sus gruñidos de aprobación y sus propios gemidos, que no podía contener...

Y luego, de nuevo, se convirtió en una bola de fuego, rompiéndose en mil pedazos contra su perversa boca.

Cuando abrió los ojos unos segundos después, la realidad fue como un golpe.

¿Qué había hecho?

Pat estaba en el suelo, apoyado en el sofá, las piernas estiradas enredadas con las suyas, los ojos dorados clavados en ella. Adriana no sabía cuánto tiempo había estado mirándolo, demasiado desconcertada como para hacer otra cosa.

Lo consiguió haciendo un esfuerzo y se miró a sí misma como si no fuera ella, como si otra mujer se hubiese apoderado de su cuerpo. Así era como se sentía.

Pensando que iba a ponerse a llorar, hizo un esfuerzo para incorporarse y tirar hacia abajo de la falda, pero aún podía sentirlo. Podía sentir su boca en ella, las manos en su trasero. Era como si cada parte que hubiese tocado estuviera separada del resto de su cuerpo.

Entonces, se le ocurrió algo. Ella no tenía mucha experiencia, pero sabía que lo que había pasado era desigual. Solo ella había recibido placer.

–Tú no... –empezó a decir. Aún no había vuelto a ser ella misma, no como antes. Y él había demostrado exactamente cuánto se había mentido a sí misma-. Si quieres, yo también puedo...

–Muy tentador –se burló Pat cuando no pudo terminar la frase-. Pero prefiero gritos de pasión a falsos sacrificios, muchas gracias. Y participantes entusiastas.

Y lo peor de todo, se dio cuenta Adriana mientras su corazón se aceleraba hasta marearla, era que no podía salir corriendo como había hecho aquella mañana en Londres. No había escondites en el avión ni manera de esconderse. Ni excusas. Y no había bebido más que agua.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

El silencio se alargaba y no sabía qué hacer. ¿Por qué había pensado que podía hacer aquello? ¿Por qué había sido tan imperdonablemente arrogante?

Pat la había llevado a su terreno y ella le había dejado, diciéndose a sí misma que no estaba pasando, contándose historias de cajas de Pandora, pensando que podría luchar contra él con réplicas airadas y burlonas.

Su debilidad la avergonzaba. Ni siquiera sabía si se conocía a sí misma.

–¿Por qué has hecho eso? –le preguntó cuando no pudo soportar el silencio.

Él enarcó una ceja.

–Quería saborearte –respondió.

Tranquilamente, como si no tuviera importancia.

Adriana apretó los labios, angustiada, deseando no haber preguntado. Miraba el suelo, los pies de Pat rozando los suyos, preguntándose cómo podía algo tan inocuo parecerle tan amenazador y, sin embargo, tan consolador al mismo tiempo.

–¿Ha sido tu primera vez? –le preguntó él–. O debería decir tus dos primeras veces.

–¿Mi primera...?

Quería hacerse una bola, desaparecer de la faz de la tierra, pero se irguió, como si eso pudiera borrar lo que había pasado. Lo que había hecho. Lo que había dejado que le hiciera sin protestar, como si hubiera estado esperándolo durante toda su vida.

–Siento mucho haberte parecido... deficiente –empezó a decir, avergonzada–. No he podido acostarme con los necesarios siete mil hombres para estar a tu altura...

–Solo ha habido uno, ya lo sé –la interrumpió él con una extraña seriedad–. E imagino que cinco minutos de torpe magreo no llevaron a una gran pasión.

Adriana no podía creer aquella conversación, no podía creer nada de lo que estaba pasando. Si pudiera lanzarse del avión, lo haría. Saltar sobre los Alpes sonaba como una bendición en ese momento.

Pero Pat seguía mirándola a los ojos y no había forma de escapar.

–No ha sido mi primera vez –consiguió decir. Resultaba increíble responder a una pregunta tan personal... claro que había tenido su boca entre las piernas unos segundos antes y no tenía sentido seguir fingiendo–. Puede que no me haya acostado con la mitad del planeta, como otros, pero tampoco he hecho un voto de celibato.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–Tu primera vez con un hombre –dijo él, con un brillo burlón en los ojos–. Un magreo bajo las sábanas, a solas con tu mano en la oscuridad no es lo mismo, ¿verdad?

Adriana había olvidado cuánto lo odiaba, pero lo recordó en ese momento. Un odio que luchaba contras las traidoras brasas del fuego que la consumía.

Había estado tres años trabajando con Lenz, pensando que su dedicación demostraría que no era lo que la habían llamado siempre. Y un mes con Pat había demostrado exactamente por qué las mujeres de la familia Righetti eran notorias.

Se había traicionado a sí misma y a su familia en todos los sentidos y él seguía mirándola, sentado en el suelo del avión, como si así pudiera ser menos amenazador, menos diabólico. Menos él.

Peor, como si esperase una respuesta.

–Adriana... –empezó a decir, casi con amabilidad.

Horrorizada al notar que sus ojos se empañaban, ella sacudió la cabeza, sin saber qué hacer.

Pat la había destruido y no sabía cómo iba a sobrevivir. Si no era quien siempre había creído ser, si era lo que había temido, entonces no tenía nada.

Nada que la sostuviera, nada por lo que luchar. Nada en absoluto.

–¿Qué quieres de mí? –le preguntó, con una voz que no parecía la suya, tan pequeña, tan rota–. ¿Lo has hecho para convertirme en lo que más odio? ¿En todo aquella contra lo que he luchado siempre? ¿Estás contento ahora?

Pat no respondió y ella ya no podía verlo a través de las lágrimas, de modo que dejó de fingir y enterró la cara entre las manos, su humillación completa.

No lo oyó moverse, pero sintió que la levantaba para sentarla sobre sus rodillas. Intentó apartarse, pero él empujó suavemente su cabeza hasta que quedó enterrada en su cuello. Y entonces sintió una suave presión, como si hubiera besado su pelo.

Era tan cálido, tan fuerte. Y era una tentación fingir que eran otras personas, que aquello significaba algo, que le importaba.

Que ella era la clase de mujer a la que alguien podía amar.

Era tan fácil mentirse a sí misma, pensó, desesperada.

–No siempre podemos interpretar la versión de nosotros mismos que más nos gusta –murmuró Pat, pasando una mano por su pelo.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Adriana no tenía fuerzas para apartarse. No parecía capaz de protegerse a sí misma. Podía sentir la vibración de su voz y tuvo que cerrar los ojos para controlar las emociones.

Demasiadas emociones, demasiado grandes y peligrosas.

–Me parece que no lo entiendes –murmuró.

–El ejército es el único sitio en el que me sentía una persona normal –siguió él–. A ninguno de los hombres le importaba quién fuera, lo único que les importaba era que hiciese bien mi trabajo. Me trataban como a los demás y fue una revelación –Pat volvió a acariciar su pelo, haciéndola temblar–. Y si Pat, el príncipe playboy, me gusta menos que Pat el soldado... en fin, ambos son la misma persona.

Estar así, escuchando confidencias, la hacía sentir bien. Tal vez porque estaba abrazándola, tal vez porque le había contado algo sobre él mismo que no salía en las revistas. Se sentía como fuera del tiempo, como si nada de lo que pasara pudiese hacerle daño.

No era cierto y lo sabía, pero ansiaba creerlo una vez más.

–Sí –murmuró. Era más fácil hablar con su cuello que mirarlo a los ojos–. Pero ninguna versión de ti mismo, ni siquiera la más escandalosa, recibe insultos. A ti no te llaman «ramera» con el veneno que usan conmigo.

Pat suspiró.

–Lo que te llaman dice más de ellos que de ti.

–Puede que lo fuese cuando no era exactamente lo que me llamaban, pero ya no puedo decir eso.

Adriana se apartó un poco para mirarlo a los ojos y ver que tenía el ceño fruncido, como si estuviera realmente preocupado, hizo que su tonto corazón se acelerase.

–Tú mismo lo dijiste... –siguió–. Los príncipes de Kitzinia y las mujeres de la familia Righetti... La historia se repite en este avión. Podía ir con la cabeza alta dijeran lo que dijeran porque sabía que estaban equivocados, pero ahora... –Adriana se encogió de hombros, sintiendo ese vacío de nuevo–. Dijiste que la sangre era la sangre y tenías razón.

La mirada de Pat era tan intensa que casi le dolía.

–Lo que ha pasado entre nosotros no te convierte en una ramera.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–Me temo que sí. Por definición, en nuestro país...

–Pero te arriesgaste a cargar con esa definición cuando pensaste que beneficiaría a Lenz.

No había ninguna razón para que le doliese ese comentario.

«No creo que estés enamorada de él», le había dicho Pat.

–Eso era diferente. Era un plan por pura desesperación. Esto ha sido...

No pudo terminar la frase y los ojos de Pat se calentaron de nuevo, convirtiéndose en el oro que conocía tan bien. Esbozaba una sonrisa burlona y no sabía por qué, si era alegría o miedo, le resultaba difícil respirar.

–Pasión, Adriana –dijo él en voz baja–. Ha sido pasión.

Ella no tenía mucha experiencia, pero estaba segura de que no podía tener nada que ver con la pasión. Solo había un sitio donde aquello pudiese llevarla y dudaba mucho que terminase con ella en la galería de retratos del palacio. Como su tía abuela Sandrine, no sería más que una nota a pie de página, totalmente despreciada.

–La pasión no es más que una excusa que la gente usa para justificar un mal comportamiento –murmuró, con el ceño fruncido.

–Pareces una monja –bromeó él–. ¿Mi boca te parecía una justificación? ¿Tus gemidos de gozo te parecían una excusa? ¿No estabas más viva que nunca en esos momentos?

Adriana se apartó, desesperada por alejarse de él.

–Da igual lo que haya sentido –respondió. Le gustaría que su voz sonara más firme, que Pat no hablase de ello como si hubiera sido algo más que el juego al que jugaba con multitud de mujeres. Y sobre todo desearía que una parte de ella no quisiera creerlo–. Sé en qué me convierte lo que ha pasado.

Pat apartó el pelo de su cara con una mano y murmuró algo que, afortunadamente, no entendió. Quería salir corriendo al lavabo y encerrarse allí, pero sus piernas no la obedecían, de modo que se sentó en un asiento, tan lejos de él como era posible, aunque no lo bastante como para recuperarse.

–Mi madre era una mujer muy frágil –empezó a decir él después de unos segundos, sorprendiéndola.

–¿Tu madre?

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

La reina Matilda había sido un icono antes de su muerte a causa de un cáncer quince años antes. Seguía siendo un icono años después, querida en todas partes. En su tumba siempre había flores frescas porque la gente iba a visitarla para presentar sus respetos.

Había sido una mujer elegante, femenina y encantadora. Su sonrisa había sido llamada una vez «el sol de Kitzinia» por la prensa británica mientras en casa era conocida como «el arma mas poderosa de la corona».

Había sido todo menos frágil.

–Era preciosa –dijo Pat, su melancólico tono haciendo que Adriana se abrazara a sí misma–. Desde niña, eso era lo único que sabía, lo que le decía todo el mundo. Lo guapa que era y dónde la llevaría eso. Un rey, un trono, súbditos que la adorarían, pero mi padre se casó con una mujer bella y la añadió a su colección de cosas bonitas para ignorarla después. Y mi madre no sabía qué hacer cuando le arrebataron la atención que había disfrutado siempre.

Sus ojos se habían oscurecido y Adriana contuvo el aliento. Eran los ojos de la reina Matilda, sus rasgos, aunque profundamente masculinos. Era perfecto, como lo había sido ella, y Adriana jamás habría pensado que pudiera ser frágil. Hasta ese momento...

Pero no podía pensar eso. Había demasiado en juego y no podía confiar en sí misma. No se atrevía. Lo que Pat sintiera no era asunto suyo. No podía serlo.

Él sonrió entonces, pero no era su burlona sonrisa habitual, sino una más tierna. Y Adriana quería abrazarlo como la había abrazado él, consolarlo.

«Qué tonta eres».

–No tienes que contarme eso –dijo a toda prisa, temiendo dónde llevaría aquello, lo que haría si Pat le mostraba una cara que no había visto nunca–. Son cosas privadas de tu familia, asuntos personales.

Lo deseaba tanto. Lo había demostrado al poner las piernas sobre sus hombros, su cuerpo abierto para las caricias masculinas. Y Adriana sabía lo que significaba eso. Lo sabía.

Pat le daba al mundo la mitad de sí mismo, pero, si le contaba sus secretos, nunca podría recuperarse.

–Así que hizo lo único que sabía hacer –siguió él, como si no la hubiera oído–. Buscó atención en otro sitio. Siempre había hombres que la hacían reír, bailar por los pasillos del palacio, cortar flores en el jardín. La hacían ser ella misma y a mi padre no

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

le importaba cuántos amantes tuviera mientras fuese discreta. Tal vez no la amaba como debería, como ella necesitaba, pero quería verla feliz.

Adriana tuvo que hacer un esfuerzo para tragar saliva mientras lo miraba, sorprendida y dolida por él porque su pena era evidente.

–¿Era mi madre una ramera? –le preguntó él entonces–. ¿Ese es el calificativo que usarías para describirla?

–No, claro que no.

Pat la observaba con los labios apretados, muy serio, implacable. ¿Cómo podía haber imaginado que aquel hombre era despreocupado, perezoso, inútil?

–Entonces, ¿por qué te calificas a ti misma de ese modo?

–Tu madre era la reina...

–¿Y qué más da? Es un calificativo que la gente usa como arma –la interrumpió él. Y el brillo de sus ojos hizo que Adriana se sintiese desnuda, intensamente vulnerable. Como si pudiera ver la fealdad que escondía dentro, la amargura–. Es una forma de control, una prisión en la que te meten porque creen que no puedes ser contenido.

Ella sacudió la cabeza, incapaz de hablar, incapaz de lidiar con lo que le ocurría por dentro, un terremoto que parecía destruir los fundamentos de su personalidad.

–Todo eso está muy bien, pero aquí solo estamos tú y yo y lo que ha ocurrido entre nosotros.

–No sigas –dijo Pat–. No hagas que suene sucio simplemente porque ha sido intenso. No había nada sucio en ello, Adriana. Eres como un sueño y tu respuesta es un regalo, no una maldición.

Lo que sintió entonces fue tan abrumador que pensó que iba a ponerse enferma. Estaba ardiendo de nuevo, helada un segundo después. Casi podría pensar que tenía fiebre y lo haría si no sintiese la mirada de Pat dentro de ella, haciendo que todo lo que había dado por sentado durante tanto tiempo cayese en pedazos.

Estaba deshaciéndose. Pat hacía que así fuera y no quería apartar la mirada de esos ojos.

–No uses esa palabra contra ti misma –insistió, como una orden, haciéndola temblar. Como si su mirada la devorase, como si la cambiase–. No te metas en una prisión por voluntad propia y no vuelvas a usar esa palabra para describirte. Si lo haces, será una declaración de guerra.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Pero Adriana sabía que la guerra había empezado en el momento en que Lenz decidió que fuera su ayudante. Y, a pesar de lo que se había dicho a sí misma durante esas semanas, a pesar de lo que quería creer, ya la había perdido.

Pat no podía dormir y él siempre podía dormir.

Algo más que nunca le había pasado antes de que Adriana entrase en su vida y la pusiera patas arriba. Se le ocurrían muchas formas de hacérselo pagar en la cama y ninguna de ellas lo ayudaba a descansar.

Maldita fuera.

Era su insistencia en creer eso que la llamaban algunos chacales lo que había hecho que le mostrase una cara de sí mismo que nunca mostraba a los demás. Era una locura. Él había lidiado con todo tipo de mujeres en los últimos años, mujeres que habían usado su supuesta fragilidad como arma para manipularlo. Podría pilotar un barco sobre el mar de lágrimas que había visto derramar por parte de mujeres que buscaban su afecto, su protección, su dinero o su apellido.

Y jamás se había sentido conmovido.

Adriana, en cambio, no quería nada de él salvo que se portase bien y no avergonzase a la familia real de Kitzinia. Estaba desconcertada y furiosa consigo misma por haberlo besado, por haberle dejado que hiciera otras cosas, por hacer que se olvidase de sí misma. Se había ofrecido a él mientras dejaba perfectamente claro que era un sacrificio por su parte. Un sacrificio terrible que la rebajaría para siempre, incluso después de haberla hecho gritar de placer.

Estaba matándolo.

Era comprensible que estuviera despierto a las tres de la madrugada, paseando por la habitación como una furia. Si fuese un hombre acomplejado, Adriana podría haberlo hundido.

Incluso había alterado su comportamiento para complacerla. Él, Patricio, el príncipe playboy, objeto adorado de los paparazzi e imán para el escándalo, no había vuelto a mirar a otra mujer a menos que fuese para exasperar a Adriana.

Era como un cachorrito enamorado y estaba asqueado consigo mismo. Y jamás podría volver a viajar en ese avión sin verse perseguido por los recuerdos de Adriana, su sabor, las sedosas piernas enredadas en su espalda, sus deliciosos gritos.

Masculló una palabrota en la oscuridad, pero no lo ayudó nada.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

La lista de cosas que no debería haber hecho crecía cada día, pero contemplar cómo se rompía en mil pedazos bajo sus caricias había sido lo peor. Había tenido que reunir toda su fuerza de voluntad para no hacerla suya en todos los sentidos posibles allí mismo, una y otra vez hasta que los dos estuviesen agotados.

No era solo incapaz de dejar de pensar en ella o en que era el primer hombre que le había dado ese placer. Lo hacía sentir como si un extraño bárbaro hubiese despertado a la vida dentro de él, golpeándose el pecho con los puños.

Pero era mucho más que eso y Pat lo sabía.

Lo había sabido mientras estaban en el avión, lo había sabido mientras le contaba cosas de las que no hablaba nunca y que no debería haberle contado. Lo había sabido cuando el avión aterrizó en Kitzinia y envió a Adriana a casa en otro coche, mirando cómo los faros desaparecían en la distancia y deseando cosas que no debería desear.

Si era sincero consigo mismo, lo había sabido durante algún tiempo, pero esa noche había sido evidente.

No solo la quería en su cama.

Le gustaba, lo hacía reír, lo desafiaba como nadie. Desde el principio lo había tratado como si esperase que fuera el hombre educado, inteligente y capaz que debería ser y no el frívolo que interpretaba tan bien. Quería demostrarle que la pasión que había entre ellos era algo bueno, borrar la presión de su apellido y la historia familiar que llevaba colgada al cuello como una losa.

«Ni siquiera son mis pecados, pero nunca estaré limpia a ojos de los demás. Esa es mi vida», le había dicho. Y él no debería desear demostrarle que era hermosa y limpia porque él no era ese hombre. No había ninguna posibilidad de ser nada para ella y no podía olvidarlo.

Lo peor de todo, lo más dañino y peligroso, era que quería ser el hombre que ella merecía.

Pero no podría serlo hasta que el juego que Lenz y él habían jugado durante esos años llegase a su conclusión. No podía defraudar la fe que su hermano había puesto en él, no podía romper la promesa que le había hecho.

Pat se encontró en el balcón que daba al lago, desde el que podía ver los tejados de la ciudad, el barrio antiguo y aristocrático en la colina más alta, construido en tiempos medievales. Estaba lleno de museos y casas señoriales... y él sabía precisamente dónde estaba la casa de los Righetti, en la mejor calle, uno de los sitios más visitados del país.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Pero esa noche no pensaba en su asesinado ancestro o en el plan de Almadeo Righetti para poner el reino de Kitzinia en manos enemigas tantos siglos atrás. Solo pensaba en la casa donde vivía Adriana, donde la imaginaba tan despierta como él. Le daba igual que la historia estuviera repitiéndose y, desde luego, le daban igual los maliciosos rumores.

Lo asustaba desearla tanto.

Y de todas las cosas que no podía tener mientras siguiera el juego, no tenerla a ella sería la peor.

Airado, golpeó la balastrada de piedra con el puño, como si eso pudiera despertarlo, volver a hacer que fuese el mismo de siempre. Pero no sirvió de nada y no lo hizo sentir menos solo.

Odiaba aquel juego, pero no podía perder de vista su objetivo. Quedaba una semana hasta la boda de su hermano y, entonces, Adriana habría servido a su propósito.

Y después tendría que dejarla ir.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Adriana entró en el palacio con las piernas temblorosas, intentando olvidar lo que había ocurrido la noche anterior. Y, si no podía olvidarlo, al menos fingir que así era. Debía mostrarse tranquila, serena, profesional.

«Quería saborearte».

Aún podía escuchar las palabras de Pat, como si acabara de susurrarlas en su oído.

Nada había cambiado, se aseguró a sí misma, salvo la aceptación de su propia debilidad en lo que se refería a aquel hombre. Y la capacidad de mentirse a sí misma.

Y nada cambiaría porque se trataba de Pat, un hombre promiscuo, despreocupado, irresponsable, sin conciencia, sin vergüenza. Ese otro hombre implacable, concentrado, serio, no era él.

No podía ser él.

Pero las cosas que le había dicho, las cosas que le había hecho y que aún le provocaban escalofríos... se había perdido en esa tormenta de sensaciones. Nunca había experimentado algo así y tal vez por eso le había parecido tan intenso.

Pat la había hecho sollozar, había tocado su cuerpo como si fuera un instrumento. «Pasión» lo llamaba él, y debía saberlo porque el sexo era su ocupación, casi una forma de arte. Era un maestro.

Era comprensible que hubiera creado una fantasía absurda. El número de mujeres que fantaseaba con él debía de ser astronómico y ninguna de ellas tenía que ir al palacio todos los días ni estar pegada a sus talones. Pero ese era su trabajo.

Se mostraría serena, eficiente, competente y no volvería a discutir con él, ya que Pat lo veía como un juego y era demasiado fácil caer en esa trampa.

Lo de la noche anterior había sido un error que no se repetiría nunca. No tenían

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

que hablar de ello, no tenían que analizarlo, de modo que entró en su estudio, encendió las luces y empezó a ordenar los papeles sobre el escritorio.

Sencillamente, seguirían adelante como si no hubiera pasado nada.

O eso se decía a sí misma una y otra vez mientras lo esperaba.

Pero no llegó.

Cuando miró el reloj y comprobó que iba a faltar a su cita en la sede de Cruz Roja, después de tantos esfuerzos para convencerlo, pasó las manos por el traje de chaqueta, que no era una armadura, y fue a buscarlo.

Afortunadamente, no estaba en su habitación y, mientras miraba las sábanas arrugadas y la marca de su cabeza sobre la almohada, Adriana admitió que tal vez se sentía un poco aliviada. Tal vez le dolía imaginar que lo encontraría con otra después de lo que había pasado entre ellos.

«No eres más que un instrumento», pensó, asombrada por su habilidad para engañarse a sí misma. «Y él es un hábil músico porque tiene mucha práctica».

Si pudiera convencerse de ello. Si pudiera controlar esa parte traidora, la que insistía en fantasías e infantiles esperanzas, por muchas veces que se vieran aplastadas.

–Pareces decepcionada –Adriana se dio la vuelta, con el corazón acelerado, al escuchar la voz de Pat en la puerta–. ¿Quieres que llame a un par de jóvenes para que ocupen la cama? Imagina la charla que podrías darme.

Parecía enfadado y no se había molestado en afeitarse. Llevaba el cabello despeinado, una camisa con los dos primeros botones desabrochados y unos vaqueros viejos que parecían ser sus favoritos y se ajustaban a su cuerpo como un guante.

Tenía un aspecto serio y formidable, ese poder que solía ocultar como una nube negra a su alrededor.

Había creído estar preparada para volver a verlo, pero no era así.

Temblaba de arriba abajo y sentía como si la hubieran encendido por dentro. El calor de su mirada hacía que sus pezones se endureciesen y sus pechos se hincharan, el cosquilleo entre las piernas delatándola.

Diez minutos antes, había jurado no volver a discutir con él, pero sabía que era eso o rendirse a lo que sentía, y aún no había perdido la cabeza del todo.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–En realidad, es un alivio –consiguió decir–. Lo último que me apetecía era ir a buscarte por todos los bares de la ciudad cuando te esperan en la sede de Cruz Roja en menos de una hora.

Pat la miró en silencio durante unos segundos, muy serio. Daba la impresión de estar dolido por esas palabras, y Adriana tuvo que apretar los dientes para no hacer alguna estupidez como tomar su mano, abrazarlo, imaginar que precisamente ella podía ver lo que había bajo la máscara de aquel hombre complicado.

–Es asombroso –dijo él en voz baja.

–¿Qué es asombroso?

–Es como si nunca hubieras enredado las piernas en mi cuello para dejar que te acariciase con la boca. Puede que tú no lo recuerdes, Adriana, pero yo sí.

Debería haber anticipado aquello. Debería haberlo sabido. Era lo que había ocurrido cuando tenía diecisiete años. Aún recordaba con toda claridad las caras de sus compañeros, que se reían al ver que salía sola de la fiesta. Utilizada y humillada, aún recordaba lo que la llamaban en voz baja: «la ramera Righetti».

Pat solo era una persona, no un grupo de crueles adolescentes, y sin embargo era mucho peor. Mucho, mucho peor. Porque le hacía daño en un sitio que esos críos nunca habían tocado.

Pero no iba a llorar, pensó, desafiante.

–¿Ahora es cuando me llamas ramera? –le espetó, con el estómago encogido, pero la cabeza alta–. Pues no lo haces nada bien. Funciona mucho mejor si lo haces públicamente. ¿Quieres que llame a un grupo de gente? Podemos empezar otra vez cuando lleguen.

Pat la miraba con ojos helados, pero Adriana sostuvo esa mirada. No volvería a inclinar la cabeza. Nunca. Ni siquiera ante un príncipe.

–¿De qué estás hablando?

–Puedes llamarme lo que quieras, pero te lo advierto: no voy a hundirme. He sobrevivido a cosas peores.

–¿Crees que puedes entrar en guerra conmigo, Adriana? –le preguntó él, su tono helado haciendo que sintiera un escalofrío por la espalda–. Te dije que eso es lo que pasaría si volvías a usar esa palabra.

–Tengo una noticia para usted, *Alteza*: llevo en guerra desde el día que nací. No

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

tengo miedo a la batalla, especialmente con un hombre conocido por su habilidad para consumir tanto alcohol que acaba prácticamente en coma la mitad de las noches –Adriana vio que apretaba los dientes–. ¿Esa es la razón para esta pelea? ¿Estás borracho?

Él se apartó de la puerta y Adriana dio un instintivo paso atrás, pero lo último que quería era animarlo a cazarla. Porque lo haría, era un predador y ella una presa.

–No estoy borracho –dijo Pat entonces, con un tono que parecía un rugido–. Ni siquiera un poco.

No le gustaba cómo la miraba, pero no se movió. No iba a rendirse.

–Entonces, tal vez deberías emborracharte. Puede que eso mejore tu humor.

No lo vio moverse, pero de repente estaba delante de ella, con un brillo torturado en los ojos. Adriana no entendía lo que estaba pasando, pero sentía ganas de llorar. Y no por ella misma.

–¿Qué ocurre? –le preguntó.

Pat inclinó la cabeza y rozó sus labios con los suyos. Era una caricia suave, ni siquiera un beso de verdad. Y, aun así, ella sintió como si hubiera abrazado su corazón. Sus ojos se cerraron por voluntad propia, experimentando una ternura nueva, haciéndola sentir como si brillase por dentro.

Pero Pat la soltó y, cuando abrió los ojos, su mirada era oscura, el rictus de sus labios severo.

–Por primera vez desde que entraste por esa puerta dándome órdenes, estoy siendo yo mismo –le dijo.

Adriana lo miró durante largo rato y él le devolvió la mirada con esos ojos preciosos, más oscuros que nunca, cargados de algo que no entendía. Él no tenía que insultarla. Era un príncipe, un hombre adulto, no un crío. Podía ofenderla con una mirada.

Y tenía que dejar de imaginar que aquello podía ser diferente.

–Si quieres librarte de mí, solo tienes que decirlo. Puedes despedirme... incluso a través de un mensaje de texto o un correo electrónico. No es necesario que volvamos a vernos, Pat.

Él alargó una mano para tocar su cara, y Adriana tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer inmóvil. Aquel hombre la desconcertaba por completo.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–Es la primera vez que me llamas por mi nombre.

Seguía acariciando su mejilla, y Adriana quería apoyarse en esa mano, como si lo que había entre ellos fuese afecto de verdad.

Pero sabía que no era así. Era otro de sus juegos. No podía ser otra cosa y ella estaba harta de juegos. Daba igual lo que dijera. Que hubiera usado su nombre... como si eso cambiase algo.

–Entiendo que estoy despedida –consiguió decir, dando un paso atrás–. Dejaré mi carta de renuncia sobre el escritorio.

Pero él la sujetó del brazo cuando iba a salir del estudio.

–Adriana –susurró, como si pronunciar su nombre le doliera.

A ella le dolía, pero pasaría. Siempre era así. Lo único que tenía que hacer era marcharse y no volver a verlo. Tampoco volvería a trabajar para Lenz, eso estaba claro. Si la despedía, su acceso a palacio sería revocado y no tendría que volver a preocuparse por Pat o por su insaciable hambre de él.

Todo eso pasaría, quedaría atrás, como si nunca hubiera ocurrido. Ella se iría de Kitzinia, a un sitio donde nadie la conociese, y algún día olvidaría que se había enamorado de él...

Se había enamorado de él.

La verdad que había intentado evitar durante tanto tiempo lo cambiaba todo.

Pero era inevitable. La historia se repetía y sería terrible para ella, pero no lloraría allí, delante de él. No dejaría que viese cuánto le dolía esa despedida.

–Gracias, *Alteza* –murmuró, soltando su brazo, asombrada de parecer tan serena, como si el mundo no se hubiera hundido bajo sus pies–. Ha sido una experiencia muy interesante. Sobre todo he disfrutado viendo cómo menosprecias a la familia real de Kitzinia. Pero no te preocupes, ahora pienso tan mal de tu familia como tú de la mía.

Pat la miró a los ojos y lo que vio en ellos hizo que sintiera como si se hubiera partido en dos.

–No –dijo él.

No dijo nada más y, sin embargo, ella lo entendió.

Pero las penas de Pat no eran problema suyo, se dijo a sí misma. No podía dejar que le importasen.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–¿Por qué te has arriesgado tanto conmigo? Podría irme de aquí y vender la historia a la prensa. Estarían encantados de publicarla.

El brillo en los ojos dorados hacía que su corazón golpease con fuerza sobre las costillas, haciendo que los suyos se empañaran.

–No lo harás.

–No tienes ninguna razón para pensar eso, no me conoces. Ni siquiera te gusto.

Él esbozó una sonrisa.

–Confío en ti, Adriana.

Era triste cuánto deseaba que lo hiciera a pesar de todo. Era una tonta porque Pat estaba jugando con ella como jugaba con todas las mujeres. Solo era una entre muchas.

–Tú sabes que la última persona que puede acusar a alguien de promiscuidad soy yo.

–No –repitió él, su tono más bronco que antes.

De repente, tiró de ella y tomó su cara entre las manos para besarla. Un beso ansioso, apasionado, sin control.

Peligroso.

Y Adriana, sin poder evitarlo, se lo devolvió. Lo besaba con la pasión que él le había enseñado, con el amor que no quería admitir, con dolor, con angustia. Poniendo en ese beso sus tontas esperanzas. No se guardó nada. Le echó los brazos al cuello y dejó que la empujase hacia atrás, como si fuera el final feliz de una película en lugar de un beso de despedida.

Pat no dejaba de besarla, como si estuviera tan desesperado como ella. Como si sintiera lo mismo cuando Adriana sabía bien que no era así. No podía ser. La besaba con pasión, y ella se la devolvía con la misma ferocidad. Porque era la última vez.

Pero entonces Pat se apartó, sin soltarla, sus brillantes ojos haciéndola temblar. Y después acarició su mejilla con el pulgar, mirándola fijamente, como si intentase memorizar sus rasgos.

Ella no dijo una palabra, no podía hacerlo, pero sabía que era hora de irse. Y, sin embargo, no podía moverse.

Cuando por fin logró hacerlo, la mirada de Pat se volvió tormentosa, pero bajó las

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

manos.

Fue lo más difícil que había hecho nunca. Le dolía el corazón como si estuviera rompiéndose, pero lo hizo. Se apartó de él para dirigirse a la puerta.

Y entonces se detuvo de golpe.

Porque Lenz estaba allí, mirándolos con gesto de incredulidad.

Adriana dejó escapar un gemido, y Pat estuvo a punto de colocarse entre su hermano y ella, como si temiera que fuese a atacarla.

–Perdone, Alteza... –empezó a decir Adriana, pero Lenz la interrumpió, mirando a su hermano.

–No te la envié para que la convirtieras en una de tus compañeras de cama –lo acusó–. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Pat no dijo nada. Veía a Adriana temblando y tenía que hacer un esfuerzo para no abrazarla, para no protegerla.

No quería que pensara que él era como uno de esos chacales que la habían insultado. No quería que creyera que no le daba importancia a lo que había ocurrido entre ellos. Odiaba todo aquello.

Y, sin embargo, no tenía alternativa, se recordó a sí mismo amargamente. Daba igual el sabor de su boca, el brillo de sus ojos o que la hubiese abrazado para siempre si ella no se hubiera apartado. Tenía que hacerlo.

–Esta no es una conversación en la que Adriana deba tomar parte. ¿Por qué no te apartas y la dejas salir?

Lenz se dio cuenta de que era una orden y frunció el ceño, pero se apartó de la puerta.

Pat deseó que Adriana lo mirase por última vez, que lo dejase estudiar su hermoso rostro una vez más, pero no le sorprendió que no lo hiciera. En cuanto Lenz se apartó, salió de la habitación como había entrado, con la cabeza bien alta, la espalda recta, sin mirar atrás.

Y él se quedó allí, escuchando el repiqueteo de sus tacones sobre el suelo de mármol hasta que desapareció. Se había ido. Y él había cumplido con su maldita obligación.

–¡No tenías que acostarte con ella! –exclamó Lenz entonces–. Ella merece algo mejor.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–Claro, hermano, vamos a hablar de lo que Adriana merece –replicó Pat, muy serio–. El príncipe heredero le da un puesto que normalmente reserva para sus amantes y la mantiene allí durante tres años. Y luego su sucio hermano, el playboy, ocupa su puesto. Y nosotros lo habíamos planeado así porque sabíamos lo que pasaría si dejábamos entrar a la última Righetti en el juego. ¿Adriana merece algo de eso?

Lenz lo miró, sorprendido.

–¿Qué significa Adriana para ti?

–No significa nada para mí –respondió Pat–. Porque nada es lo único que se me permite. Soy el príncipe inútil, una desgracia para la familia. No te preocupes, hermano. Sé quién soy.

Lenz palideció.

–Pat... –empezó a decir, como si tuviera miedo de su respuesta–. Estamos al final del juego. Hemos trabajado mucho para llegar hasta aquí. ¿No me dijiste tú eso hace unas semanas?

Él se pasó una mano por la cara, como si eso pudiera llenar el vacío que sentía. Como si algo pudiese hacerlo.

–Sé lo que prometí –murmuró, sin mirar a su hermano. Se sentía como borracho y sabía que era por Adriana. Ella, que pensaba que no le importaba. Casi tenía gracia–. No tengo intención de romper mi promesa y no lo he hecho, ¿no?

Lenz lo miró en silencio durante unos segundos, como buscando una solución al problema, y Pat sonrió. Por eso sería un buen rey, porque podía dar un paso atrás y mirar las cosas con cierta distancia, tomar en consideración todos los ángulos.

Él, en cambio, no parecía capaz de hacer nada de manera desapasionada. Especialmente aquel día.

–Elegimos a Adriana por su apellido, es verdad –dijo Lenz después de unos segundos, con tono diplomático–. Pero ella es especial y yo...

Pat soltó una amarga carcajada.

–No vamos a comparar notas como dos adolescentes. Somos las dos únicas personas en este país que no tienen que lanzarse sobre su cadáver como tantos otros buitres.

Lenz parpadeó.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–Ah, no sabía... –empezó a decir, mirándolo con una expresión extraña.

–Se ha ido –dijo Pat–. Y no piensa volver.

–¿Y te parece sensato? ¿Podemos desviarnos del plan en este momento? La boda...

–Tendrá lugar en una semana, ya lo sé –lo interrumpió él–. Y Adriana está fuera del juego. Es libre y se lo merece.

–Muy bien, de acuerdo.

Pat sonrió, sabiendo que no era él mismo, que tal vez nunca volvería a ser él mismo. Que Adriana se había ido y él se sentía más vacío que nunca. Que no sabía si podría vivir a partir de ese momento, pero sonrió de todas formas.

–¿Cómo va la salud del rey?

Lenz tenía razón, aquel era el final del juego y había sido él quien puso las reglas. No podían dar marcha atrás, aunque cambiasen de planes.

–Igual –respondió su hermano, con aspecto cansado–. Los ministros están empezando a impacientarse. Puede que ocurra antes de lo que esperábamos.

Pat asintió con la cabeza. Era lo que habían planeado. Al final, se le daba bien aquello, el engaño, las intrigas reales.

Se sentía enfermo.

–Entonces, supongo que hay que seguir adelante –murmuró.

La mirada de Lenz era tan triste como la suya.

–Es lo que hacemos siempre.

Adriana entró en su casa y se tomó un tiempo para mirar alrededor por primera vez en muchos años. No recordaba la última vez que prestó atención a todas esas cosas tan familiares, las antigüedades, los cuadros y las marcas en las paredes donde había habido otros cuadros, vendidos años atrás. Las cosas que daban pedigrí en la sociedad de Kitzinia, incluso un pedigrí empañado. Colecciones de porcelana en armarios de caoba, preciosas alfombras, suelos de mármol, la fuente en el patio, el escudo de armas, estatuas talladas siglos atrás.

Y en el segundo piso, al fondo del pasillo, el salón de la vergüenza del que nadie

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

hablaba nunca y que nunca visitaban ni por accidente, con un trío de retratos. Los rostros de tres mujeres cuyas vidas, cientos de años atrás, la habían sentenciado a la infamia del presente.

«Lo que te llaman dice más de ellos que de ti», según Pat.

No podía quitarse esas palabras de la cabeza.

Su padre odiaba la historia de su familia, pero sentía la obligación de preservarla, de modo que los cuadros seguían en la casa en lugar de haber sido escondidos en el ático o quemados en el jardín. Era su obligación hacia el legado Righetti, por vergonzoso que fuera.

Adriana apartó las pesadas cortinas para dejar entrar la luz y miró a las famosas seductoras en sus bonitos marcos, las rameras o brujas Righetti en orden cronológico: Carolina, Maria y Francesca.

Y, por supuesto, ella misma. Aunque ella, como su tía abuela Sandrine, no tendría un retrato al óleo en un museo. Los tiempos cambiaban.

De su garganta escapó una risita amarga. Ella no se sentía como una bruja con sus cómodos vaqueros y su jersey de lana.

Estudió los rostros de las mujeres que tenía delante de ella, viéndose en el ovalado rostro de Carolina, en el color del pelo de Maria y en los labios de Francesca. Ninguna de ellas parecía particularmente sexy. Sencillamente eran mujeres jóvenes, seguramente de su edad, todas sonrientes, todas guapas, todas con los ojos brillantes.

«No te encierres en esa prisión», le había dicho Pat.

Tal vez, pensó, mirando los retratos, sencillamente se habían enamorado, como ella.

Adriana se dejó caer en un sillón, su corazón latiendo como si hubiera corrido una maratón. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Por qué había creído que era descendiente de una línea de mujeres que eran poco menos que prostitutas? ¿Por qué?

Tal vez estaban enamoradas.

Ese pensamiento fue como una revolución.

La familia Righetti siempre había sido propietaria de esos retratos, y Adriana recordaba que su abuela la llevaba a ese salón los domingos, después de la misa. Le hablaba de pureza, de moral, mientras Adriana miraba los cuadros, enfadada porque sus hermanos estaban jugando en el jardín.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

La charla se repitió cada domingo hasta su adolescencia, que fue cuando Adriana descubrió la verdad sobre la hermana de su abuelo, la mujer de ojos brillantes que vivía en Francia y cuyo nombre se pronunciaba con desprecio. Siendo niña había aceptado lo que le contaban: que su tía abuela era una ramera despreciable y jamás lo había cuestionado.

«No uses esa palabra contra ti misma», le había dicho Pat, furioso, como si lo enfadase que hablasen de ella de ese modo.

Y se dio cuenta entonces, en presencia de esas mujeres que, supuestamente, habían arruinado a la familia Righetti, de que no podía seguir haciéndolo. Ese pecado que había soportado durante toda su vida no estaba en ella. En su lugar, pensó asombrada, estaba el desafío que había usado en el palacio, una fuerza que no creía poseer.

Miró de nuevo a las mujeres de la familia Righetti, con sus misteriosas sonrisas, y descubrió algo. Aquellas mujeres no se sentían avergonzadas, no habían sufrido por sus pecados. Adriana sabía que todas habían muerto mayores, en sus camas. No eran mujeres débiles en absoluto. Habían sido las favoritas de príncipes y reyes en tiempos donde eso era habitual, donde significaba poder e influencia. Ellas hacían sus propias reglas.

Y también lo haría ella, se juró a sí misma.

Entonces, se dio cuenta de que las lágrimas rodaban por su rostro. ¿De alegría, de dolor o de desesperación? ¿Cómo podía controlar sus emociones?

Sabía que amaba a Pat y no se avergonzaba de ello. No sabía cómo iba a contárselo a su padre o qué iba a hacer al respecto, pero no podía odiarse a sí misma por ello.

No lo haría.

Cuando vio a Lenz en la puerta de la habitación de Pat, pensó que iba a sufrir un infarto. Pero verlo allí, al lado de su hermano, lo había puesto todo en su sitio.

«No creo que estés enamorada de él», le había dicho Pat una noche, y tenía razón. Lenz había sido amable y considerado con ella, aunque tuviese motivos ocultos, y ella estaba tan desesperada por demostrar que no era como las demás Righetti que había tomado la gratitud por algo más.

Pero Pat lo había cambiado todo. Lo que ocurrió en el avión lo había cambiado todo. No la había utilizado, al contrario. Ella había querido que ocurriese.

Daba igual lo que hubiera pasado después. Daba igual que lamentase haberlo

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

hecho, que Pat la hubiera rechazado o que eso le hubiera dolido tanto.

Incluso daba igual que no volviese a verlo, aunque esa posibilidad le rompía el corazón. Pat le había hecho un regalo que jamás podría devolver: le había demostrado cómo sacudirse el pasado.

La había liberado.

Más tarde, Adriana estaba sentada frente a la ventana de su habitación, viendo cómo se encendían las primeras luces de la ciudad.

Veía los *ferris* cruzando las aguas cristalinas del lago principal, los barcos y yates de placer con sus velas blancas moviéndose con la brisa. Miró el palacio, la carretera que lo conectaba con la ciudad y los Alpes alrededor.

No había nada que la retuviese allí salvo los sentimientos. Podía volver a la universidad, conseguir otro título, podía viajar como siempre había querido. No había ninguna razón para quedarse allí. Ninguna en absoluto.

Y, sin embargo, le resultaba tan difícil imaginarse fuera de Kitzinia.

Adriana oyó la moto antes de verla. Era un ruido ensordecedor en esa tranquila zona de la ciudad, cada vez más cerca, hasta que se detuvo bajo su ventana.

Pat.

Lo reconoció aunque llevaba un casco, y pensó que el corazón había escapado de su pecho.

Él levantó la cabeza para mirarla mientras se quitaba el casco con expresión seria.

Y sus ojos brillaban como el oro.

No sabía cuánto tiempo habían estado mirándose. Toda la ciudad podría haberse reunido allí y no se habría dado cuenta. Solo existía Pat. Allí, bajo su ventana.

Él la llamó con un dedo, sonriendo, y Adriana sintió esa sonrisa en todas partes. Tan exigente, tan posesiva como su boca.

Imposiblemente poderoso, decididamente masculino, un príncipe aunque llevaba vaqueros y una camiseta negra que se ajustaba a su torso, con una poderosa máquina entre las piernas.

Adriana estaba a punto de derretirse, pero hizo un esfuerzo. No podía correr a

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

sus brazos. No podía...

Pat volvió a llamarla con un dedo y ella negó con la cabeza.

–Me despediste. No puedes cambiar de opinión así, de repente, y esperar...

–Adriana –la interrumpió él, y el tono en que pronunció su nombre era tan serio que la dejó en silencio. No sonreía, no intentaba congraciarse con ella ni pedirle perdón, aunque sus ojos tenían un brillo muy cálido–. Ven aquí.

Capítulo 8

Adriana bajó a la calle y cerró la puerta de su casa tras ella. Sintió los ojos de Pat antes de volverse para mirarlo. Esa mirada dorada, más brillante que el sol, haciendo que su corazón se volviese loco.

–Esa moto es muy ruidosa –le dijo, con el tono que usaba habitualmente para regañarlo–. Además, provocando ruido y polución cuando tú eres...

–Sube a la moto –le ordenó él.

–Ya no estoy a su servicio, *Alteza* –replicó ella.

Pat seguía muy serio, aunque el brillo de sus ojos sugería que estaba sonriendo por dentro, mientras enganchaba la cinturilla de sus vaqueros con un dedo, tirando hacia él.

–Fue una crueldad, pero castigarme no cambiará nada. Aunque tal vez te sientas mejor por hacerlo, debes admitir que me deseas. No tienes por qué avergonzarte.

Adriana se puso pálida, luego roja de vergüenza y de rabia.

–No sé por qué crees...

No terminó la frase. Se quedó sin aliento cuando empezó a acariciar la piel bajo la cinturilla de los vaqueros, atormentándola.

–Sube a la moto –le ordenó, ofreciéndole un casco.

Y ella sabía que iba a subir desde el momento en que apareció en la calle de piedra. No iba a engañar a Pat. Ni tampoco se iba a engañar a sí misma.

Admitir en privado que lo amaba era algo que podía hacer, pero no iba a anunciarlo públicamente subiendo a una moto con él unas horas después de que la hubiese despedido, rompiéndole el corazón y arruinando su intento de rehabilitar el apellido Righetti. Y besándola delante de su hermano, el príncipe heredero.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

No, eso sería como gritarlo a los cuatro vientos.

O lo amaba o era tonta, pensó. Tal vez las dos cosas.

Pero, al final, se puso el casco y subió a la moto sin decir una palabra. Pat tomó la dirección contraria al palacio, fuera de la ciudad, hacia las colinas.

Adriana se agarró a su espalda, disfrutando de su fuerte espalda, del viento. Iba apretada contra él, los brazos alrededor de su cintura, sus pechos aplastados contra la espalda masculina, las piernas a cada lado de la moto, que él manejaba con habilidad de experto. Se sentía rodeada de él, una parte de él.

Era el cielo o el infierno, no sabía bien cuál, pero no quería que terminase nunca.

Por fin, él tomó la carretera secundaria que llevaba a uno de los famosos lagos a las afueras de la ciudad y detuvo la moto en medio de un bosquecillo. Frente a ellos, Adriana vio una casita entre los árboles. Parecía una escena de cuento.

Bajó de la moto con las piernas temblorosas y se quitó el casco, sintiéndose tímida, abrumada.

Pat se quitó el suyo y la miró a los ojos, sonriendo. Tal vez no debería avergonzarse de desearlo, pero su deseo era tan obvio al haber dejado de fingir que no era capaz de controlarse.

Nerviosa, se volvió para mirar las aguas del lago, respirando el aroma fragante de los pinos, disfrutando del sol y de las flores silvestres. El agua rozaba las rocas de la orilla, azul, clara, limpia.

Eso la alivió un poco. Podrían estar en otro mundo, lejos del palacio, de la ciudad. Podrían estar en cualquier parte, ser dos personas desconocidas, libres.

–¿Dónde estamos? –le preguntó.

–Es mi secreto mejor guardado –respondió él, apartándose el pelo de la cara, el movimiento haciendo que la camiseta se pegara a su ancho torso–. Vengo aquí cuando quiero estar solo.

–Más secretos –murmuró Adriana–. Historias privadas, casas escondidas. ¿Quién iba a imaginar que el famoso príncipe escondía tantas cosas? ¿O que era capaz de esconder nada?

Pat se acercó, y Adriana sintió una especie de descarga eléctrica. Siempre era así, como una reacción en cadena. Y la excitaba tanto como si estuviera tocándola. Como si lo de esa mañana no hubiera ocurrido.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Pero había ocurrido y volvería a ocurrir. Pat no era suyo, nunca podría serlo.

Y, sin embargo, había ido a buscarla y ella había acudido a su encuentro sin dudarle un momento. Tal vez, como las demás mujeres de la familia Righetti antes que ella, había decidido amar mientras pudiese en lugar de llorar por lo que podría haber tenido.

Pat le había dicho que aquello era pasión y quería explorarla. Quería saber lo que significaba y dónde la llevaría.

No le parecía una rendición admitir eso, ninguna vergüenza. Al contrario, era una pequeña victoria.

–No eres lo que yo esperaba –dijo él entonces, muy serio.

–¿Qué quieres decir?

–Llevo quince años escondiéndome a plena luz del día y nadie me había visto de verdad hasta...

Adriana puso un dedo sobre sus labios, esos hermosos labios, perversos, insinuantes y cálidos.

No quería conocer sus secretos. Los secretos tenían un precio muy alto. Lo deseaba, quería lanzarse al fuego y le daba igual quemarse.

–No –susurró, sonriendo.

Se puso de puntillas, apretándose contra él y, por fin, se apoderó de su boca. Pat le devolvió el beso al instante, enterrando los dedos en su pelo. Y, en esa ocasión, Adriana estaba preparada. Lo abrazó sin vergüenza, sin miedo, abandonada. Dejando escapar un gemido, Pat la tomó en brazos para llevarla al interior de la casa.

–Espera... –empezó a protestar ella.

–Regla número seis: no organices un escándalo sexual al aire libre a menos que sea planeado. Y, si es planeado, debería haber fotógrafos, no turistas horrorizados.

Adriana frunció el ceño mientras entraban en la casita, con grandes vigas en el techo, paredes blancas y muebles de madera en varios colores. Pero estaba más interesada en lo que había dicho.

–¿En cuántos escándalos sexuales al aire libre has participado?

–No creo que quieras una respuesta –dijo él, riendo.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–¿Más de cinco? –insistió Adriana, flirteando. Había estado flirteando con él todo el tiempo sin darse cuenta, desde que abrió los ojos en su habitación y le ofreció un sitio en la cama–. ¿Diez? Imagino que deben de ser muchos si ya has establecido unas reglas.

Pat volvió a reír mientras la dejaba en el suelo, sin soltarla, y Adriana se derritió sobre su torso, incapaz de mantenerse en pie por sí misma.

–Un caballero no cuenta esas cosas. Sería poco delicado.

–Afortunadamente, tú no eres un caballero. Un príncipe sí, pero no un caballero.

–Por suerte para ti –murmuró él, metiendo las manos bajo su jersey.

Adriana suspiró mientras acariciaba su espalda con una mano y su abdomen con la otra. Se quedó así, con los ojos cerrados, disfrutando del roce de sus dedos, sin pensar en nada más.

–No soy capaz de resistirme contigo –dijo Pat, con voz ronca–. Pero no creo que seas una ramera, jamás lo he creído.

–Me da igual.

Él sacudió la cabeza, impaciente.

–A mí no me da igual. Hay cosas que debes entender, cosas que son importantes...

–Más tarde –lo interrumpió ella.

Adriana tiró hacia arriba de su jersey, sonriendo al ver su gesto de sorpresa.

–¿Qué haces?

–No quiero seguir hablando.

Pat esbozó una maliciosa sonrisa mientras la apretaba contra su torso, haciéndola temblar. Se apartó de ella durante un segundo para quitarse la camiseta negra y la tiró al suelo, al lado del jersey.

Adriana decidió tocar, saborear. Podía perderse en la perfección masculina de ese torso y estaba deseando hacerlo porque ya nada se lo impedía.

–No dejes de mirarme –le ordenó él, sus ojos dorados tan burlones como siempre–. Y nada de tocarnos hasta que yo lo diga.

¿Cómo no iba a tocarlo? ¿Y por qué no? Pero Pat estaba sonriendo.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–La cuestión es tocarse, ¿no? Imagino que alguna de tus novecientas supermodelos debió de enseñarte eso en todos estos años de celebrada promiscuidad.

–No hay novecientas supermodelos en el mundo. Además, no me gustan tan flacas. Yo tengo el listón muy alto.

Pat rio cuando ella puso los ojos en blanco, pero la risa se convirtió en un gemido ronco cuando volvió a buscar sus labios.

–La cuestión –murmuró, con esa voz de seda– es desearlo tanto que uno crea que va a morir.

–Pat...

Vio que sus ojos se habían oscurecido mientras miraba sus pechos bajo el sujetador de color lila, y necesitaba que la acariciase, necesitaba tocarlo.

–Quiero saber si llevas un conjunto a juego otra vez. Quiero que me lo enseñes. Y luego te quiero desnuda.

–¿Por qué no me lo quitas tú?

–Porque, si lo hago, yo estaré dentro de ti antes de que pueda quitarte los vaqueros, y quiero que esto dure todo lo posible.

El corazón de Adriana latía como loco. Quería que hiciera todas esas cosas, lo deseaba tanto que sentía como si estuviera a punto de saltar de su propia piel.

–¿Y si te desnudase yo? –le preguntó.

Si no podían repetir aquello, quería disfrutar tanto como fuera posible.

Pat la tocó entonces, y ella tembló de placer.

–Te lo dije hace tiempo y hablaba en serio: me gustan las cosas a mi manera.

Rozó su cuello con los labios, haciéndola temblar de nuevo, pero Adriana se apartó para quitarse los zapatos, sonriendo cuando él hizo lo mismo. Luego desabrochó los vaqueros, sintiéndose un poco incómoda hasta que vio cómo la miraba, como si cada milímetro de piel fuese una revelación.

–Pero tú vas a disfrutar tanto como yo –añadió, como si estuviera haciéndole una promesa.

Y Adriana lo creyó.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Se libró de los vaqueros y quedó frente a él solo con el sujetador y las braguitas de color lila, la sonrisa de Pat acelerando su pulso, haciendo que cambiara el peso del cuerpo de un pie a otro.

Él se quitó los vaqueros entonces, quedando con unos calzoncillos que lo hacían irresistible, poderosamente masculino.

Y ella lo deseaba tanto que le dolía.

Olvidó su timidez, olvidó su inexperiencia. Se olvidó de todo salvo del hombre que tenía delante, el hombre que la miraba como si quisiera devorarla.

Adriana desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo, mostrando sus orgullosos pezones y notando que Pat contenía el aliento. Luego, cuando tiró hacia abajo de sus braguitas, lo oyó murmurar algo entre dientes. Cuando se irguió, estaba desnuda y él la miraba como si fuera... algo sagrado.

Se sentía preciosa, como una experta seductora, como la ramera que le habían llamado siempre. Y cuando Pat la miraba así, se alegraba. Tres mujeres valientes vivían en su sangre y, viendo cómo la miraba, bañándola en el fuego de sus ojos, Adriana se sentía tan valiente como ellas. Tan libre como ellas.

Pat se quitó los calzoncillos, estudiándola durante unos segundos como si intentase grabarla en su memoria, y luego volvió a llamarla con un dedo, esa traviesa sonrisa en sus labios.

Adriana se echó en sus brazos, demasiado desesperada como para hacerse la dura. Y suspiró, feliz, cuando los dos cayeron sobre el sofá y Pat la colocó a horcajadas sobre sus rodillas.

–No te muevas –le ordenó cuando intentó apartarse. Casi le dolió parar, pero lo hizo, su corazón latiendo con tal violencia que podía notarlo en las sienes.

Por un momento, Pat se limitó a mirarla, su erguido miembro rozando la entrada de su húmeda cueva, excitándola aún más, haciendo que perdiese la cabeza.

Vio el calor en sus ojos, la oscura pasión, y pensó que podría ahogarse en ella.

–¿Sientes que estás a punto de morir? –le preguntó Pat, su voz un susurro que acariciaba su piel.

–Creo que ya he muerto –le confesó ella.

Él esbozó una sonrisa mientras se inclinaba hacia delante para meter un pezón en su boca sin la menor vacilación. Y, al sentir el calor húmedo sobre la delicada piel,

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Adriana se sintió perdida.

Pat no preguntaba, descubrió rápidamente. Sencillamente, tomaba lo que quería.

Usaba la boca, la lengua, incluso los dientes para acariciar sus pechos hasta que las sensaciones eran tan intensas que Adriana pensó que iba a desmayarse.

Exploró ese ancho torso dorado con la boca mientras se apretaba contra el orgulloso miembro masculino, y él la animaba sujetándola, manteniéndola donde la quería.

Cuanto más se movía, más cerca estaba del cielo. La hacía gemir de placer, la hacía morir una y otra vez.

Y luego, cuando pensó que iba a perder la cabeza, Pat la besó.

Una y otra vez, tomando su boca y haciéndola suya con esa devastadora maestría que la hacía sentir deliciosamente débil, que la hacía olvidar su propio nombre.

Y luego, por fin, metió una mano entre los dos para acariciarla con los dedos.

Una vez. Dos veces. Sonriendo, perverso y maestro hasta que Adriana se convirtió en una bola de llamas y luz.

Pero Pat no había terminado.

Sujetando sus caderas con las dos manos, la levantó un poco y se perdió en ella con una poderosa embestida... y ella explotó de nuevo, la segunda explosión rompiéndola en mil pedazos.

No parecía terminar nunca. Intentaba respirar, pero su aliento salió como un sollozo. Cuando por fin pudo encontrar oxígeno, Pat la tumbó de espaldas en el sofá y se colocó entre sus muslos.

–Ahora me toca a mí –susurró, sus ojos concentrados en ella como si no existiera nada más.

Ella, los dos juntos, por fin.

Por fin, pensó Adriana.

Y luego empezó a moverse adelante y atrás.

Era exquisita, perfecta, suave y temblorosa, pensaba Pat. Estaba loca por él y era suya.

Por fin suya, y al demonio con las consecuencias.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Marcó un ritmo lento, mirándola a los ojos mientras la tomaba, disfrutando de su éxtasis, de la felicidad que cruzaba su expresivo rostro. Levantaba las caderas para recibirlo, moviéndose con un ritmo sinuoso que casi lo hacía perder la cabeza y el control.

Pat se inclinó hacia delante para adorar los perfectos pechos mientras levantaba sus piernas para enredarlas en su cintura, saboreando la sal de su elegante cuello. Y luego, cuando no pudo soportarlo más, metió una mano entre los dos para acariciarla con los dedos, hasta que llegó al clímax de nuevo.

Entonces, por fin, se dejó ir.

Y en esta ocasión, cuando cayó al abismo detrás de ella, Adriana gritaba su nombre.

«No es suficiente», pensó, sus corazones latiendo al unísono. «Nunca será suficiente».

Unos segundos después, dejó que se tumbase sobre él y lo volviese loco con sus dulces besos.

La hizo suya de nuevo en la ducha, perdiéndose en su calor y en la perfección de su piel. La apretó contra el cristal de la mampara, la cabeza hacia atrás y la boca abierta en un silencioso grito mientras los dos se quemaban en un incendio incontrolable.

No la dejó secarse, lo hizo él mismo, sucumbiendo a un deseo que no quería examinar. Cuando terminó, le dio la vuelta y se perdió en el cielo de sus labios, en el sabor que lo volvía loco y en la poesía de sus cálidas curvas.

Pat no sabía cómo iba a hacer lo que tenía que hacer. No debería haber dejado que lo distrajese y, sin embargo, no lamentaba un solo segundo.

Por fin, se apartó, tan excitado como si no la hubiera tenido un minuto antes, y tentado por la suave invitación de sus ojos, por el rubor que cubría su rostro.

Nunca había deseado tanto a una mujer y jamás volvería a ser así.

La envolvió en un chal de cachemir a juego con sus ojos y la sentó en el sofá del salón, donde la cama no lo tentaría, y rompió la única promesa que había hecho en toda su vida.

–Mi madre murió cuando yo tenía dieciocho años –empezó a decir.

No sabía por qué lo hacía, pero tenía que hacerlo.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–Lo sé –murmuró Adriana–. Me acuerdo.

–Lenz tenía veinticinco años entonces –Pat metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y empezó a pasear por el salón mientras hablaba–. Había terminado el servicio militar y acababa de ocupar su sitio como príncipe heredero, al lado del rey. Se había entrenado durante toda su vida para ello. Yo era el otro, el segundo hijo, y nadie esperaba mucho de mí. Acababa de empezar la carrera y prestaba atención a mis estudios, pero estaba más interesado en las chicas.

–Ah, qué sorpresa –bromeó Adriana.

–No tenía que ser serio y formal como mi hermano, ese era el deber de Lenz porque algún día sería el rey.

Pat la miró en silencio durante unos segundos. Cuando la dejó ir esa mañana, Adriana había pensado que le daba la espalda como los que la insultaban. Había visto su expresión, la pena que intentaba esconder, pero lo había hecho de todas formas.

No podía soportarlo. No podía vivir con ello.

Y solo había una manera de disculparse: contarle la verdad. Su vida, su elección. Por qué no podían estar juntos, por mucho que la deseara. Había gritado entre sus brazos y no podía defraudarla.

El mundo entero podía pensar que era un inútil, promiscuo e irresponsable, pero no quería que Adriana pensara eso de él. No podría soportarlo.

–Pat –empezó a decir ella–. No tienes que contármelo. No tienes que hacerlo, sea lo que sea.

–Tengo que hacerlo –dijo él–. Necesito que lo entiendas.

No le dijo por qué. Ni siquiera estaba seguro de saberlo.

–No espero nada de ti. Sé quién eres y quién soy yo. No importa...

Él parpadeó.

–¿Qué?

–Te quiero –dijo Adriana entonces, en voz tan baja que pensó que lo había imaginado–. Y eso no tiene nada que ver con lo que ha pasado aquí o lo que pase cuando nos vayamos. No me debes nada. No espero que tú me quieras.

Pat la miró en silencio durante largo rato.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–No sé qué es peor, que te hagas la mártir por mi hermano o que te hagas la mártir por mí unos minutos después de haber estado dentro de ti, escuchándote gritar mi nombre.

–Pat...

–No quiero ser amado a distancia y en silencio por una santa que se ha impuesto el celibato y la soledad, postrándose diariamente porque cree no merecer nada. No, gracias, no me interesa.

–No lo entiendes –murmuró ella.

Pat cruzó los brazos sobre el pecho.

–¿Quieres amarme, Adriana? –le espetó, su tono seco e impaciente saliendo de un sitio que pensaba haber matado tiempo atrás, el corazón al que no parecía capaz de llegar. No iba a dejar que se escondiera-. Entonces, ámame. Ámame de verdad, exígeme, hazlo real, haz que duela o no te molestes en llamarlo amor.

Capítulo 9

Adriana se ruborizó y Pat se rindió ante el deseo de acercarse. Por irritado que estuviera con ella y con el falso amor que había imaginado sentir por Lenz.

–Sé que te escondes –murmuró, tomando su cara entre las manos.

–No sé por qué has ido a buscarme, por qué me has traído aquí. Habría sido más fácil dejarme ir esta mañana...

–Tú sabes por qué he ido a buscarte –la interrumpió él. Quería tocarla, besarla de nuevo hasta que ninguno de los dos pudiese hablar, pero no podía hacerlo–. No puedo tenerte, pero no porque no te desee.

Ella no dijo una palabra, pero respiraba con dificultad, como si no pudiera llevar suficiente oxígeno a sus pulmones. Pat se apartó del sofá, pero siguió mirando a aquella mujer que sería su muerte.

–Mi madre dejó unos papeles personales –siguió. Era hora de terminar con aquello–. Se los dejó a mi padre, lo cual puede parecer extraño, dado su profundo desinterés por ella cuando estaba viva. Pero los leyó y descubrió que Lenz no es hijo suyo.

Era el gran secreto de la corona y Adriana podría usarlo para quitársela a su hermano. Pero debía confiar en ella.

Adriana lo miraba, asustada.

–¿Lenz lo sabe?

–El rey nos llamó a los dos un día –respondió Pat. Nunca había contado aquella historia. Jamás pensó que se la contaría a nadie, no era parte del plan–. Nos dijo que un gran crimen había sido perpetrado contra la corona de Kitzinia y debía ser rectificado. Fue así como Lenz lo descubrió.

Ella cerró los ojos, como si aquello fuese demasiado horrible. Pat había sentido lo

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

mismo el día que lo supo. Los dos hermanos ante el rey, aunque él estaba en Inglaterra en ese momento, estudiando, y Lenz en Sudáfrica. Recordaba la furia de su padre mientras les daba la noticia, como si Lenz tuviese la culpa.

–A partir de este momento, no tienes hermano –le había dicho, mirando solo a Pat, como si Lenz hubiera desaparecido–. Eres mi heredero y el bastardo de tu madre no es nada para ti.

–Pero padre...

–Tengo un único hijo –lo interrumpió el rey–. Un heredero, Patricio. Y que Dios se apiade de este reino, pero ese heredero eres tú.

Pat nunca había querido demasiado a su padre antes de ese día porque siempre había sido una figura distante, severa, que nunca se molestaba en hablar con su segundo hijo. Pero, desde ese momento, lo odió con todas sus fuerzas.

–Mi padre estaba obsesionado con la reputación de la familia real y yo había salido en una portada recientemente con una estrella del pop británico. No le hizo gracia cuando era solo el segundo hijo, pero, cuando resultó que yo era el heredero, se puso enfermo.

Adriana seguía mirándolo, atónita.

–¿Y pensaba echar a Lenz a la calle?

–Eso pretendía –Pat se dejó caer sobre un sillón–. Pensaba esperar hasta que el escándalo fuese considerado una simple indiscreción de juventud que no se repetiría nunca, exiliar a Lenz de Kitzinia y obligarme a cumplir con las obligaciones del heredero. El exilio de Lenz sería presentado como una abdicación, pero yo no dejé que los escándalos terminasen. A partir de ese día, me convertí en una vergüenza para Kitzinia y para mi padre, dejando claro que no podía heredar el trono.

–Tú sabes que admiro a tu hermano, pero, si tú eres el auténtico heredero..., ¿no es tu derecho?

–Hablas como Lenz –dijo Pat, levantándose de nuevo para mirar por la ventana–. Yo nunca he envidiado la posición de mi hermano. Jamás he deseado esa responsabilidad y, cuando me fue entregada, no la quise. ¿Puedes imaginar lo que pasaría si anunciaran que yo voy a ser el rey de Kitzinia? La gente se levantaría en armas.

–Puede que criticasen al playboy porque tú te has encargado de que lo hicieran, pero en realidad no eres así.

Pat tragó saliva.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–Mi elección era un trono o un hermano y elegí a mi hermano. Y no lo lamento.

–Pat...

–Desde entonces, mi padre ha tenido que fingir que aquella conversación nunca tuvo lugar porque su orgullo no le permite dar marcha atrás ni explicar la situación a sus ministros. Especialmente cuando yo he dejado tan claro que soy inaceptable como heredero.

–Eres una buena persona –dijo Adriana, emocionada–. Y un buen hermano.

Pat la miró entonces con el corazón encogido, pero apartó la mirada para no desear lo que no podía tener. Para olvidar que había elegido vivir una vida vacía y no sentir la tentación de crearla.

–Mi padre no goza de buena salud –siguió, con tono amargo–. Irónicamente, es su corazón.

Y Adriana estaba preocupada por el suyo...

Ella no sabía dónde mirar, qué pensar. Nada de lo que contaba podía ser cierto y, sin embargo, todo tenía sentido. Explicaba la frialdad que siempre había visto entre Lenz y el rey, explicaba la paciencia de Lenz con las escapadas de su hermano y, sobre todo, explicaba cómo podía Pat hacer cosas tan escandalosas y ser el mismo hombre que la había abrazado en el avión.

Lo explicaba todo.

Él estaba frente a la ventana, aparentemente tranquilo, hablando de asuntos tan serios que podrían hundir el país.

Había renunciado al trono porque quería más a su hermano. Había creado un personaje durante años para forzar a su padre, el rey, a hacer lo que quería que hiciese, lo que le parecía justo.

Incluso había dicho una vez, en Londres, que su reputación era su trabajo...

Era increíble. Y era suyo. Daba igual por cuánto tiempo, daba igual que no pudiesen estar juntos, como él había dicho. Daba igual que sintiera por él un amor imposible, del que se había reído.

Pat le había regalado su gran secreto. Había salido de su escondite para mostrarle quién era en realidad porque creía que ella merecía saberlo. Porque no quería que todo quedase como había quedado por la mañana. No quería que pensase lo peor de él.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Y prefería contarle esa peligrosa verdad.

Porque le importaba, porque confiaba en ella.

–Su salud se está deteriorando rápidamente, pero no hay operación posible y es un riesgo para el país –estaba diciendo Pat en ese momento–. Debería haber abdicado hace tiempo, y no tendrá más remedio que hacerlo cuando Lenz y Lissette se casen, como ocurre con todos los herederos de la corona de Kitzinia. No puede ser de otra manera a menos que mi padre quiera provocar un incidente internacional que podría terminar en una guerra. De modo que no tendrá más remedio que enfrentarse con lo inevitable.

–Contigo –dijo Adriana.

–Conmigo –asintió Pat–. He hecho todo lo posible para no merecer el puesto de heredero. Él estaba convencido de que la gente me lo perdonaría todo. Según él, pensarían que eran pecados de juventud y sentaría la cabeza con la edad, como hacen la mayoría de los hombres, pero ahora cree que estoy con una ex amante de Lenz y eso le parece repugnante. Además, es supersticioso. Cree que las mujeres de la familia Righetti son hechiceras y que yo estoy embrujado.

Adriana, atónita, no podía apartar la mirada.

–¿De verdad cree eso?

–Embrujado por una mujer descendiente de traidores y brujas.

–Tú quieres que lo piense, por eso decidiste portarte bien durante estas semanas. Querías que pensara que era debido a mi influencia.

–Sí.

En su mirada no había una disculpa, y Adriana sintió una oleada de tristeza que la ahogaba.

–¿Todo ha sido una mentira? –susurró–. ¿Algo de lo que ha pasado ha sido real?

–Tú sabes que sí –respondió él–. Casi desde el principio.

Ella sacudió la cabeza, sintiéndose más frágil que nunca. Tenía el corazón encogido y lo único que quería era salir corriendo, pero no era capaz de moverse.

–No lo sé.

–Sí lo sabes.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Pat se apartó de la ventana para acercarse a ella, imponente y hermoso. Y Adriana sabía la verdad: sabía que su indolencia y su irresponsabilidad eran una pose. Que Patricio, el príncipe de Kitzinia, era un hombre poderoso e implacable. Ya no podía fingir que no lo sabía.

La había manipulado a cada paso y, sin duda, volvería a hacerlo. Al fin y al cabo, había renunciado a un trono. ¿Qué era una mujer comparada con eso? Ella no era nada más que una víctima inocente, un daño colateral.

Aun así, no se movió. Lo amaba y daba igual lo que aquello significara, lo que dijera sobre su carácter o falta de él.

–Es por eso por lo que tienes que dejar el palacio, Adriana –dijo Pat entonces–. Tú mereces algo mejor que este juego en el que nadie va a ganar.

Adriana hizo un esfuerzo para contener las lágrimas, pero Pat estaba ahí, en cuclillas frente a ella, tomando su cara entre las manos.

–No quiero despedirme de ti –susurró, apasionado–, pero tengo que hacerlo.

Adriana empezó a escuchar voces antiguas saliendo de la oscuridad, susurrando veneno. Pat quería una ramera de la familia Righetti y la había conseguido, ¿no? Ella había sido un medio para llegar a un fin, una herramienta, un instrumento, algo que Pat había utilizado para desecharlo después.

«Recuerda quién eres, Adriana», le había dicho su padre cuando consiguió el puesto en el palacio.

«Recuerda que tu desgracia está asumida por todos y solo esperan confirmación».

No era nada más que un apellido, un rostro, la vergüenza de su familia, otro escándalo para las portadas. Otra Righetti seductora y traidora, como si llevara sus pecados tatuados en la frente.

Pero Pat había confiado en ella. Había ido a buscarla cuando podría haberla dejado marchar de palacio sin contarle nada. La había llevado allí, le había contado su secreto y quería liberarla. Otra vez.

Y lo único que ella quería era esconderse, lo que había hecho cuando tenía diecisiete años. Lo que siempre hacía.

Era lógico que se hubiera reído de su declaración de amor, pensó, porque no era un amor de verdad, sino la idea de amar a un hombre complicado y peligroso que no era seguro y que nunca había fingido serlo.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

«Haz que duela», la había retado, negándose a aceptar medias tintas. «Hazlo real o no te molestes en llamarlo amor».

Y aquella era su oportunidad de salir de su escondite. Quería salir, sentirse viva. Por una vez en su vida quería usar su infausto apellido en lugar de dejar que otros lo usaran contra ella.

No como un sacrificio. Pat merecía algo más que eso. Merecía un regalo.

–Parece que soy un arma excelente –murmuró.

–¿Cómo?

–¿Por qué no me utilizas? Supongo que tu padre no es el único que cree que soy tu amante y la de Lenz. ¿Por qué no hacerlo público y maldecirte a ojos de la gente para siempre?

–No voy a utilizarte de ese modo –dijo él–. No acepté la oferta cuando era por Lenz y no voy a hacerlo ahora.

–¿Por qué no?

–Tú no eres una ramera, no eres una hechicera ni conviertes a los hombres en esclavos. Eres mucho mejor que la villana del cuento en que te han convertido, aunque yo he ayudado a que así fuera, y me niego a seguir tomando parte en esto.

Adriana se inclinó para besarlo. Quería que fuese una simple caricia, un consuelo, pero pronto se convirtió en algo completamente diferente. Cuando se apartó, sus ojos se habían oscurecido.

–Estoy genéticamente predispuesta para ser la amante de los príncipes de Kitzinia –le dijo, con una sonrisa en los labios. Podía hacerlo, en realidad ya lo había hecho–. Puede que tú no aceptes lo que eres, pero yo sí.

Pat la miró en silencio durante largo rato, y Adriana estaba segura de que podía ver en su alma.

–No voy a dejar que te sacrifiques por este país, que nunca ha hecho nada por ti más que insultarte.

–No es un sacrificio. No quiero ser una mártir, solo quiero ayudar.

Él se quedó un momento en silencio.

–¿Hablas en serio?

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–Por supuesto.

–Solo tenemos hasta el día de la boda –Pat se levantó, tirando de ella–. Lenz se casará con la princesa de hielo, el pobre hombre. El espectáculo atraerá hordas de turistas, como la boda de mis padres hace años. Mi padre por fin abdicará del trono y pasará el resto de su miserable vida sabiendo que el hijo al que había rechazado es ahora el rey de Kitzinia. Y la vida seguirá, Adriana, sin una sola mención a la familia Righetti.

–Pero...

–Te lo prometo –susurró él sobre sus labios.

Luego la besó, provocando un incendio, y Adriana decidió que había cosas mejores que hacer que discutir con el hombre al que amaba.

Por el momento.

Adriana despertó el día antes de la boda con una sonrisa en los labios. Apagó el despertador y volvió a apoyar la cabeza en la almohada, pensando que la luz del sol que entraba por las ventanas brillaba solo para ella. Como si fuera simplemente otro regalo de Pat.

No habían vuelto a hablar de despedirse y había descubierto que Pat no era considerado un amante legendario por accidente. Sus habilidades en la cama no eran una exageración de las revistas.

Habían hecho el amor dos veces antes de irse de la casita en el bosque. La había hecho gritar de gozo una y otra vez hasta que estuvo saciada del todo, pensando no en tronos ni en brujas, sino en él. Solo en él.

–Ve a palacio mañana –le había dicho, deteniendo la motocicleta a unos metros de su casa, en una calle oscura, a salvo de lenguas maledicentes.

–Me has despedido –le recordó ella.

Pat sonrió mientras apretaba su mano.

–He cambiado de opinión. Yo soy así –respondió, moviendo las cejas–. Es mi privilegio real.

–No sé si quiero el puesto –bromeó ella–. Mi jefe suele ir inapropiadamente vestido y organiza grandes escándalos. Y el horario es horrible.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Pat tiró de ella entonces para besarla tan apasionadamente como si no lo hubiera hecho cientos de veces ese mismo día, demasiadas como para contarlas. La besó hasta que se quedó sin fuerzas y solo entonces la dejó ir.

–No llegues tarde. Y espero que te comportes. Yo me tomo muy en serio mi puesto como adorno real y desastre nacional.

Después de eso, arrancó la moto, y Adriana fue prácticamente bailando hasta su casa.

Y luego, a la mañana siguiente, Pat entró en su despacho vestido con un pantalón vaquero, cerró la puerta tras él y la tomó sobre su escritorio sin decirle siquiera «buenos días».

Adriana tuvo que morderse la mano para no gritar mientras Pat se movía dentro de ella, susurrando cosas oscuras y perversas en su oído, llevándolos a los dos al abismo.

Suspirando, se levantó de la cama para ir al baño. Habían seguido con la agenda de la semana como si no hubiera pasado nada. La única diferencia era que no podían dejar de tocarse en cuanto estaban solos. Incluso cuando no estaban solos.

En el coche, en algún despacho... incluso hubo un ardiente encuentro durante un almuerzo de trabajo. Pat, sencillamente, señaló lo que parecía ser un ropero, cerró la puerta y la sentó en una silla.

–Espera –había murmurado, levantando sus caderas antes de entrar en ella, duro, ardiente y devastadoramente experto. Y a ella había dejado de importarle el discurso que tenía que dar unos minutos después. Solo le importaba el brillo de sus ojos, el calor de sus manos.

Adriana salió de la habitación para ir a la cocina. Se sentía más ligera que nunca y no podía dejar de sonreír mientras bajaba por la escalera.

La noche anterior, Pat había tenido que entretener a unos dignatarios extranjeros que estaban en el país para acudir a la boda de Lenz y Lissette. Cuando la larga cena terminó y estaban solos en el coche, la apretó contra su pecho y apoyó el mentón en su cabeza, sin decir nada.

El chófer se dirigía al palacio, pero él pulsó el intercomunicador y le pidió que siguiera conduciendo hasta nueva orden.

Habían ido así durante largo rato, dando vueltas por la ciudad mientras Pat jugaba con su pelo. Adriana había cerrado los ojos, disfrutando del momento...

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Dentro del coche, todo era perfecto, y Adriana nunca se había sentido más querida.

No se percató del tenso silencio en la cocina hasta que estaba sirviéndose una taza de café. Sorprendida, se volvió para ver a su padre mirándola con una expresión que no había visto nunca. Incluso su madre estaba pálida, la mirada baja.

–¿Qué ha pasado? –exclamó, asustada–. ¿Ha habido un accidente? ¿Es alguno de mis hermanos?

Su madre negó con la cabeza, como si no pudiera hablar.

–Tú sabes muy bien lo que has hecho –dijo su padre–, y desgraciadamente ahora lo sabe todo el mundo.

Adriana no entendía por qué le hablaba con esa animosidad.

–No sé a qué te refieres.

–Me culpo a mí mismo –siguió diciendo su padre. Parecía mayor que el día anterior, como si hubiera envejecido de repente, y Adriana sintió miedo.

Pero, cuando la miró como si estuviera sucia, lo entendió todo.

Sabía lo de Pat.

–Papá –empezó a decir, alargando una mano hacia él. Pero, cuando su padre dio un paso atrás, se le hizo un nudo en la garganta.

–Sabía que eras demasiado hermosa –dijo él, con ese tono terrible. Y Adriana sintió como si clavase un cuchillo en su corazón–. Sabía que tu belleza sería nuestra ruina. Pero una belleza así es superficial y todo lo que hay debajo está corrupto.

–Papá...

–Sucio, retorcido. Lo he visto en Sandrine, en su desdén por la propiedad, por el decoro. Eres como una enfermedad para esta familia. Lo supe desde el día en que naciste.

Adriana intentó hacerse fuerte, pero el silencio de su madre en lugar de su habitual apoyo pesaba como un castigo.

–No hay ninguna enfermedad en la familia Righetti –dijo por fin, cuando pudo hablar–. Nunca la ha habido. Solo somos personas normales, papá. Cada uno toma sus decisiones...

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

Su padre la miraba como si nunca la hubiera visto antes, como si hubiera llevado una máscara durante toda su vida y solo en ese momento viera lo que había debajo. Y lo asquease.

Adriana se sentía enferma.

–Dime que te forzó. Dime, hija mía, que no has traicionado a tu familia por voluntad propia. Que no has seguido los pasos de las rameras que ensuciaron nuestro apellido. Dime que no eres tan tonta como para abrirte de piernas para ese degenerado. ¡Dímelo!

Ella no entendía lo que estaba pasando. Su corazón era como un plomo dentro de su pecho y no sabía qué hacer, cómo solucionar aquello. Cómo explicar lo que era verse libre de cadenas al hombre que las había creado porque tenía las suyas propias.

–Pat no es un degenerado –empezó a decir.

Y fue un error.

Su padre lanzó un rugido, furioso, humillado y roto. Su madre se levantó de la silla, asustada, y Adriana tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar. Se abrazó a sí misma, esperando que su padre volviese a mirarla...

Y, cuando lo hizo, su mirada fue como una bofetada.

–No lo entiendes –intentó decir.

–No puedo mirarte siquiera –la interrumpió él–. Lo único que veo son las marcas de las manos de ese libertino sobre ti, arruinándote, ensuciándote. Convirtiéndote en otra ramera de la familia Righetti. Has demostrado al mundo que estamos sucios, has vuelto a destruirnos, Adriana. ¿Y para qué? ¿Por la oportunidad de ser una conquista más en un número interminable de ellas? ¿La oportunidad de calentar una cama que nunca ha estado fría? ¿Cómo has podido hacerlo?

Adriana temblaba, pero no se movió, ni siquiera cuando su padre salió de la cocina dando un portazo. El silencio tras él tan pesado, tan doloroso. Desearía hacerse una bola y desaparecer, pero se obligó a mirar a su madre.

–Mamá... –empezó a decir, pero ella sacudió la cabeza.

–Tú sabías que no debías hacerlo –susurró–. Desde que eras pequeña lo sabías. Los Righetti deben tener más cuidado que los demás, deben estar por encima de cualquier reproche, especialmente una chica tan guapa como tú. Es como si hubieras salido de uno de esos cuadros...

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–Pero yo no...

–Yo misma te llevé a conocer a Sandrine, que vivía en un país extranjero con un hombre que debería haber sido un duque. Los dos fuera de su país para siempre, desgraciados, despreciados. Tú lo sabías, hija.

Fue un golpe tan inesperado que Adriana dio un paso atrás, como si la hubiese golpeado de verdad.

–Nunca he hecho nada de lo que me sienta avergonzada –murmuró, como si hubiera esperado esa conversación durante toda su vida–. Y, sin embargo, lo primero que me enseñasteis fue a avergonzarme de quién era. ¿Por qué nos castigamos antes de que nadie lo haga? ¿Por qué, mamá?

Su madre se llevó las manos al corazón, mirándola como si fuera una extraña.

–Tú has tomado una decisión que nos afecta a todos. Espero que haya merecido la pena. Sandrine siempre pensó que era así, pero murió sola y lejos de aquí, desgraciada para siempre. Y a ti te pasará lo mismo.

No salió dando un portazo, sencillamente se fue sin mirar atrás, pero eso fue peor que una bofetada.

Adriana se quedó en silencio, intentando no romper a llorar como nunca lo había hecho. Miró alrededor desesperadamente, como si pudiese encontrar una solución en los antiguos mosaicos de la pared...

Y fue entonces cuando vio el periódico sobre la mesa, como si sus padres hubieran estado leyéndolo juntos.

El periódico.

Podía imaginar lo que iba a ver. Lo había imaginado muchas veces de una manera o de otra, desde que era niña. Había tenido pesadillas sobre ello. Miraba el periódico como si fuera una serpiente dispuesta a atacarla, a clavar en ella sus venenosos colmillos, pero, al final, no pudo evitarlo.

El príncipe playboy sucumbe ante el hechizo de la bruja Righetti. Bien conocida por sus tretas de seductora, Adriana Righetti, heredera del encanto de sus antepasadas, logra encandilar al soltero favorito del reino...

No podía hacerlo, no podía seguir, se dijo a sí misma, con una mano en la

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

garganta.

Pero había más. Tenía que seguir leyendo.

El periodista hablaba de los infaustos miembros de la familia Righetti, detallando sus «pecados» con frases malintencionadas. Carolina, la desvergonzada amante del príncipe heredero y, más tarde, del rey Philip. Maria, de quien se rumoreaba que se había acostado con tres príncipes y algunos primos con títulos de duque en un esfuerzo por medrar hasta llegar a Eduardo, el futuro rey. Francesca, la consorte del príncipe Vidal. Sandrine, que había sido la ruina del duque de Reinsmark. Y Almado, el gran traidor, que había asesinado al rey Oktav.

Incluso sugería que su única intención al ocupar un puesto en el palacio había sido seducir a ambos príncipes y, tal vez, incluso al propio rey.

Y había fotografías de Pat y de ella tomadas el día anterior.

Adriana pasó un tembloroso dedo por las fotografías. Creían estar solos...

Pat debía acudir a un evento por la mañana y habían esperado unos minutos en la puerta hasta que llegase el chófer. Estaban seguros de que nadie los veía.

Y por eso se había inclinado hacia él cuando Pat se apoderó de su boca en un beso rápido y devastador, un aperitivo de lo que le esperaba en el coche, había dicho él en voz baja.

Solo había sido un beso, privado, suyo.

Pero en las fotografías parecía carnal, lascivo. El número de fotografías que habían publicado hacía que pareciese un beso interminable, tan concentrados el uno en el otro que no les importaba nada más. Según el periodista, no les importaba estar en plena calle...

... algo normal para Pat. ¿Pero el sucio pasado de Adriana Righetti no la convierte en una terrible influencia para el chico malo del reino?

No sabía cuánto tiempo estuvo en la cocina, sola con el periódico y su malicioso y desagradable artículo. Pero entonces oyó el golpe de una puerta seguido de unos gritos.

Y se le encogió el estómago. Paparazzi.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

Debería haberlo esperado. Había lidiado con ellos infinidad de veces, pero nunca siendo ella el objetivo.

Adriana respiró profundamente mientras cerraba las cortinas y desconectaba el teléfono para que los buitres no consiguieran lo que querían.

No buscó a sus padres porque esperarían una disculpa, que seguramente no aceptarían, y aunque se sentía enferma, desesperada y sola, no lamentaba lo que había hecho.

Cuando por fin subió a su habitación, en su móvil había docenas de mensajes. Reporteros, periodistas, supuestos «amigos» con los que hacía años que no hablaba y algunos amigos de verdad, preguntándole cómo estaba. Y también el helado mensaje del secretario privado del rey, un hombre que Adriana había visto de lejos, pero al que nunca le habían presentado, informándole sobre la inmediata rescisión de su contrato.

Cuando las sombras del atardecer empezaron a caer sobre la ciudad, Adriana sintió que su corazón se rompía en mil pedazos. Había esperado que Pat fuese a buscarla de nuevo para salvarla de aquella desgracia pública, aunque aquella lapidación en la prensa fuese algo para lo que se había ofrecido voluntaria. Dos veces.

Ser llamada «ramera» durante toda su vida no la había preparado para verlo publicado en los periódicos y en Internet. Y no como una especulación, sino como un hecho. No la había preparado para aquella escena en la cocina con sus padres. No la había preparado para nada.

Y cuando había estado dispuesta a pasar por aquel horror, pensó, escondida en su habitación, pensaba solo en Lenz o en Pat. No había pensado en su familia, y el sentimiento de culpa crecía a medida que pasaban las horas. Aquella era la pesadilla de su familia, y ella la había hecho realidad.

Pat tenía razón, estaba tan ocupada haciéndose la mártir que no se había parado a pensar en las consecuencias.

Y, por fin, aceptó que no iba a ir a buscarla.

Y con esa aceptación llegaron otras cosas en las que no quería pensar. Por ejemplo, en lo implacable que era, lo manipulador. Él mismo se lo había dicho. Le había prometido que aquello no iba a pasar y, sin embargo, había pasado. Y también pensó en lo que sugería su silencio.

No podía llorar. Apenas podía moverse. Le dolía demasiado.

Más tarde, esa noche, Adriana fue al salón, con las otras «rameras». Se sentó en un sillón bajo los retratos y los miró hasta que ya no podía ver nada porque tenía los

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

ojos empañados.

«Esto era inevitable desde el principio».

«Tú misma te metiste en ello hablando de amor e imaginando que eras mejor que tu pasado».

Adriana no podía culpar a nadie más que a sí misma.

Capítulo 10

Adriana despertó dando un respingo, con el corazón acelerado.

Por un momento, no sabía dónde estaba, pero mientras se levantaba del sillón recordó... y una mirada a los tres retratos que colgaban frente a ella le confirmó que había dormido allí, en el salón de la vergüenza.

Se estiró, con la espalda dolorida, recordando los eventos del día anterior: el rostro airado de su padre, las duras palabras de su madre, los periódicos, los paparazzi, la traición de Pat.

Tuvo que cerrar los ojos de nuevo, como si así pudiese hacer que todo desapareciera.

La noche anterior no había podido llorar; esa mañana, se negaba a hacerlo. Si las mujeres cuyos retratos colgaban de la pared pudieron sonreír, se dijo a sí misma, también lo haría ella.

De modo que irguió los hombros, preparándose para la batalla... y fue entonces cuando oyó los gritos de su padre en la escalera.

Adriana abrió la puerta y salió al pasillo, con el estómago encogido mientras intentaba imaginar qué podría ser peor que ese artículo en el periódico.

–¡Ya nos ha hecho suficiente daño! ¿Qué quiere ahora? ¿Quiere tirar la casa, ladrillo a ladrillo? ¿Exigir nuestra sangre? –su padre estaba tan furioso que la asustó—. ¿Cuántos enfermizos juegos vamos a tener que soportar...?

Adriana llegó a la escalera y se quedó inmóvil.

Porque Pat estaba en el vestíbulo.

Sintió un dolor intenso al verlo, pero no podía apartar los ojos de él.

Iba vestido con el uniforme de gala, como dictaba la tradición para la boda de su

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

hermano. Era un uniforme azul marino con los puños blancos, adornado con brocado en los hombros y las medallas correspondientes a su rango. Incluso había logrado domar su pelo, dándole un aspecto respetable. Estaba muy erguido, mirando a su padre con gesto imponente, un trío de guardias tras él.

Parecía lo que era: un príncipe. O el rey que podría haber sido. Era peligrosamente atractivo y totalmente inaccesible... y eso le rompió el corazón.

Adriana contuvo el aliento cuando él levantó la mirada hacia la escalera. No sabía cuánto tiempo estuvieron así, mirándose en silencio. Su padre bloqueaba la escalera, gritando sin parar. Y, sin embargo, cuando Pat la miraba así, el resto del mundo dejaba de existir.

Pero él apartó la mirada abruptamente, y Adriana se sintió aliviada y sola al mismo tiempo.

–¡Ya está bien! –exclamó Pat, fulminando a su padre con la mirada. Parecía más alto, más formidable que nunca. Y, sin embargo, su expresión no había cambiado-. Creo que olvida quién soy, señor Righetti. Apártese –añadió, mientras los guardias tras él se colocaban en posición-. No voy a pedirselo dos veces.

Su padre se apartó a un lado, y Pat subió los escalones que los separaban con una controlada ferocidad que dejó a Adriana sin respiración.

El príncipe Patricio de Kitzinia en todo su esplendor, mirándola con la misma intensidad de siempre.

–¿Has venido con guardias? –le preguntó.

De todo lo que podría haber dicho...

–No me gusta que los paparazzi se pongan en mi camino –respondió él-. ¿Hay alguna habitación en la que podamos hablar a solas?

Era otra orden. Exigía obediencia inmediata y Adriana no vaciló, como no lo había hecho su padre. Señaló el salón del que había salido unos segundos antes y Pat inclinó la cabeza, indicando que lo precediese.

Su padre seguía en la escalera, mirándola con torturada expresión... y ella volvió a sentirse culpable. Abrió la boca para decir algo, para hacer que olvidase aquella pesadilla, para pedir que la perdonase, pero Pat puso una mano en su espalda, empujándola suavemente.

Daba igual. Nada de lo que hiciese o dijese podría solucionar aquello. Su padre nunca la perdonaría y, en cierto modo, lo entendía. Ella conocía el peso de su apellido y lo había hecho de todas formas.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

No debía soportar que Pat la tocara, aunque su cuerpo lo deseaba como siempre, de modo que se apartó mientras entraba en el salón.

Él entró tras ella y cerró la puerta, mirando los retratos que colgaban en la pared con gesto serio, enfadado. Pero Adriana decidió plantarle cara. Tal vez esas mujeres le recordaban que podía hacerlo. Hacía falta mucho carácter para sobrevivir al odio de todo un país.

Recordó entonces los alegres ojos de Sandrine cuando la conoció. Entonces, era mayor, pero jamás se había acobardado.

Y ella podía sobrevivir a aquella dolorosa escena final con Pat. Podía hacerlo.

–Fue una sorpresa despertar ayer y descubrir que los periódicos me habían lanzado a la pira. Nadie me había avisado.

–¿Crees que yo tengo algo que ver con eso?

–Deberías haberme pedido consejo. Al fin y al cabo, llevo mucho tiempo controlando a los paparazzi. Al menos, podrías haber sugerido un mote mejor que «la bruja Righetti».

Pat la miró, en silencio, como si estuviera intentando mantener la calma.

–Prometí que no te utilizaría –dijo después.

Estaba allí, y ese uniforme dejaba bien claras las diferencias entre ellos; mejor que nunca. Se iría de allí como un príncipe y ella sería la desgraciada Righetti, despreciada y responsable de una nueva vergüenza para la familia.

De modo que Adriana usó el único arma de que disponía:

–También le prometiste a tu hermano que no revelarías su secreto y, sin embargo, lo hiciste. ¿Por qué voy a creer que cumples una promesa hecha a alguien como yo?

Pat apretó los dientes, mirándola como si lo hubiera abofeteado, y Adriana se dijo a sí misma que se alegraba. No había ido allí para salvarla. No podía deshacer lo que le había hecho a su familia, pero sí podía hacer que se sintiera culpable, aunque fuera durante unos segundos. Al menos así sabría lo que ella estaba sintiendo.

Pat rio, pero fue una risa corta, amarga.

–Esto es a lo que te referías cuando dijiste que me amabas –murmuró, fulminándola con la mirada–. ¿Es mejor así, Adriana? ¿Es mejor clavarme un cuchillo

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

en el pecho? ¿Así conseguirás lo que quieres?

Había dado un paso hacia ella, serio, furioso y algo más. Algo que lo hacía parecer... destruido, desolado.

–Yo no quiero... –empezó a decir, pero él rio de nuevo y en esta ocasión su risa la hizo temblar.

–Yo creo que sí –la interrumpió Pat–. Creo que quieres quedarte en este mausoleo y pintar tu propio retrato para colgarlo en la pared. Eso es lo que los Righetti han hecho durante cientos de años, vivir como fantasmas, sometidos a cualquier castigo...

–¿No sabes lo que dices! –exclamó ella–. Tú no sabes lo que es vivir siendo la familia más odiada del país. ¿Cómo ibas a saberlo? No fue tu antepasado quien asesinó a un rey o se acostó con todos los miembros de la familia real.

–¿Crees que mi familia se hizo con el trono de Kitzinia pidiéndolo amablemente? ¿Es así como te han contado la historia de tu país? Por si no lo sabes, todos los reinos han sido conseguidos a sangre y fuego –Pat sacudió la cabeza–. Tu familia no es la única con sangre en las manos, Adriana, pero sí es la única que ha creado un culto al sentimiento de culpa.

–¿Qué quieres decir?

–Que tú no has matado a ningún rey. Y el único príncipe con el que te has acostado soy yo. Deja de culparte por una historia que no puedes cambiar y con la que no tienes nada que ver –respondió Pat–. Por amor de Dios, tú no eres una de estas mujeres. No tienes que cargar con ninguna culpa. ¡Debes luchar para escapar de todo esto!

No recordaba la última vez que perdió la paciencia y, menos aún, cuando lo único que deseaba era terminar con aquella conversación y proseguir cuando los dos estuviesen desnudos...

A pesar de sus acusaciones, deseaba a Adriana con la misma desesperación de siempre. Más, tal vez.

No se parecía nada a la golfa que retrataban los periódicos, pensó, mirando sus ojeras, la vulnerable boca, el rubor en las mejillas que no podía ocultar su palidez, su melena rubia, el rostro libre de cosméticos, el pijama de algodón. Y los pies descalzos.

Por alguna razón, ver sus pies desnudos hizo que se le encogiera el corazón.

–Yo no he tenido nada que ver con la publicación de esa historia. Ha sido Lissette.

Un Principe Libertino- Caitlin Crews

–¿Qué? –exclamó Adriana–. ¿Por qué?

–Lenz le contó la verdad. Pensó que debía saberlo antes de decidir si quería casarse con él, pero Lissette no confía en mi padre y ha querido dejar claro que no hay más opción que Lenz para ocupar el trono.

–Lenz debe estar contento de que Lissette quiera casarse con él de todos modos.

–O quiere ser la reina de Kitzinia a toda costa –replicó Pat–. Pero me apena saber que tu opinión sobre mí es tan pobre hoy como lo era antes, y me gustaría saber por qué.

Adriana parpadeó, en sus ojos una angustia que le rompía el corazón.

–Tú llevas mucho tiempo buscando esto y has renunciado a muchas cosas para conseguirlo. Pensé que, si tenías que hacerlo, lo harías. Además, yo me ofrecí voluntaria, ¿no?

–¿Por qué desconfías de mí, Adriana?

–Yo no he dicho que...

–Yo sé por qué y tú también. Pero, al final, también yo soy una ramera y, en mi caso, una de sangre real. ¿Y quién confiaría en una ramera?

Adriana se dejó caer sobre el sillón, cubriéndose la cara con las manos. Por un momento, Pat pensó que se había puesto enferma, pero de repente empezó a sollozar.

No podía marcharse viéndola tan desolada... por su culpa. Él la había llevado allí, él era el causante de todo aquello. Cuando intentó acercarse, Adriana lo apartó, su rostro bañado en lágrimas, pero Pat tiró de ella y la estrechó entre sus brazos.

–Escúchame –dijo, con voz ronca–. No puedo darte lo que mereces, no puedo darte nada salvo cotilleos en las revistas y rumores maliciosos –Pat levantó su barbilla con un dedo para mirar esos ojos de color chocolate, húmedos y dolidos, los más hermosos que había visto nunca–. Pero debes saber que te quiero, Adriana. Te quiero, y jamás haría algo que te hiciese daño a propósito. Te lo juro.

–Pat... –ella pronunció su nombre como una plegaria.

–No puedo arreglar esto –siguió él, con la misma furia que lo había encendido cuando vio los periódicos, la misma rabia–. No puedo protegerte como debería. Solo puedo dejarte ir para no hacerte más daño. Tú mereces algo mejor.

Ella negaba con la cabeza.

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

–¿Y qué harás tú mientras yo estoy buscando a ese hombre que merezco? ¿Ahora tú vas a hacerte el mártir?

–No es lo mismo.

–Es exactamente lo mismo.

–Yo no tengo alternativa. Esto no termina solo porque Lenz vaya a casarse, ya te lo dije. Los tronos se ganan con traiciones y mentiras y mi padre será una amenaza hasta que muera... o hasta que Lenz tenga un heredero. Por el momento, Pat, el playboy, tiene que seguir siendo lo que es. Lo que todo el mundo cree que es.

Adriana lo miró un momento y luego levantó una mano para secar sus lágrimas.

–La princesa Lissette parece muy decidida –empezó a decir–. Le doy diez meses, tal vez un año antes de que tenga un heredero.

–Tienes que irte de aquí –dijo él–. Tienes que ser feliz. Lo mereces.

Pat pensó que iba a decir que sí, y que eso lo mataría, pero la dejaría ir. No podía hacer otra cosa.

–Dijiste que el amor tenía que doler para ser verdadero, pero ahora eres tú quien quiere ser un mártir. ¿Me dices que me vaya del país para llevar tu propia cruz?

Pat dijo su nombre en voz baja. ¿Una advertencia o su propia versión de una plegaria? No estaba segura.

–Haz que sea real, haz que duela o no te molestes en llamarlo amor –anunció ella, recordándole sus propias palabras, retándolo–. Ya me duele, ya es terriblemente doloroso, pero puedo soportarlo un año más.

–No sabes lo que estás diciendo.

–Soy yo a quien destrozan en los periódicos –le recordó Adriana, con los ojos húmedos–. Sé muy bien lo que estoy diciendo.

–Ha sido un solo día –insistió él, decidido a hacerla entrar en razón–. ¿De verdad estás preparada para un ataque interminable, para leer insultos todos los días hasta que te preguntes si la historia que cuentan es verdad?

Adriana apoyó las manos en su torso, apoyándose en él y haciendo que deseara abrazarla y mantenerla así para siempre.

–Será mejor si alguien me recuerda a diario cuál es la verdad –susurró–. Ayer fue un mal día, pero no fue el primero. Llevo siendo objetivo de rumores y cotilleos desde

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

los dieciséis años.

Ella era la única que había visto al verdadero Pat, la única persona que sabía lo que había detrás de la máscara. Y pensaba que era un buen hombre.

Y Pat quería eso, la quería a ella. Y tenía que conseguirla como fuera.

–Si no te vas, Adriana –le advirtió, atrayéndola hacia él–, no volveré a dejar que lo intentes. Te ordenaré que te quedes conmigo y arruinaré tu vida. Serás la más infame de las Righetti, peor que tu tía abuela y el desgraciado duque. Los periódicos no te dejarán en paz y la gente será aún peor.

Ella se encogió de hombros.

–Que digan lo que quieran. Lo hacen de todas formas.

–Tus amigos y tu familia pensarán que te has pasado al lado oscuro –siguió él, con tono serio, aunque podía ver un esbozo de sonrisa en sus labios–. Intentarán convencerte para que te marches, dejarán de hablarte, te harán sentir culpable, venderán secretos y mentiras a la prensa.

–Creo que te quiero más cuando te pones romántico –bromeó Adriana, intentando esconder una sonrisa. Y él no podía creer que estuviera pronunciando esas palabras, las que había querido escuchar cuando llegó allí–. Cuando me pintas un futuro tan maravilloso, eres irresistible.

Pero Pat no había terminado.

–Será duro y te sentirás sola –le aseguró–. Pero, cuando mi hermano esté sentado en el trono y tenga un heredero, yo te haré mi princesa –le prometió, apartando un mechón de pelo de su cara–. Me casaré contigo en la catedral y haré que todos los hipócritas de Kitzinia se arrodillen ante ti. Nuestros hijos crecerán felices y sabrán lo menos posible de la vida en palacio. Nada de intrigas, nada de juegos. Y te haré feliz o moriré intentándolo, te lo prometo.

–Te quiero, Pat –dijo ella, segura de sí misma, la verdad en el brillo de su mirada–. No voy a renunciar a ti, y eso significa que tus famosas aventuras amorosas terminan conmigo. Nada de hijas de embajadores, nada de amantes sin nombre, nada de tríos.

Él rio, alegre.

–¿Crees que podrás conmigo tú sola?

–Intenta librarte de mí. Sé que te gustan los retos.

Pat se apoderó de su boca en un beso que los hizo temblar a los dos. Cuando se

Un Príncipe Libertino- Caitlin Crews

apartó, los ojos de Adriana brillaban como nunca y supo, al fin, que era suya.

Suya, para siempre.

Seguía sonriendo hasta que miró los retratos en la pared y su rostro se ensombreció.

–Tengo que pensar que algún día mi familia me perdonará. Es a ellos a quien más le dolerá todo esto.

–Sospecho que encontrarán la manera de olvidar la vergüenza cuando su hija sea una princesa. Cuando se restaure el buen nombre de los Righetti y, gracias a un príncipe eternamente agradecido y a un monarca más agradecido aún, recuperen las tierras y riquezas que poseyeron una vez.

Su sonrisa era como el sol, cálida y brillante, iluminando sitios oscuros dentro de él. Haría lo mismo por ella, se juró a sí mismo. Apartaría la oscuridad, las penas. Batallaría para llevar luz hasta que no quedase una sola sombra.

Pasaría el resto de su vida apartándolas, una por una. Tenía razón, le encantaban los retos.

–Nunca he sido escandalosa a propósito –dijo ella, como si la idea la emocionase.

–Podemos practicar en la boda de mi hermano. Por cierto, creo que ya llegamos tarde.

La sonrisa de Adriana hacía que deseara hacerle el amor allí mismo, en ese mismo instante y con toda su alma. Lo miraba como si viese una vida entera ante los dos...

–Regla número siete –dijo ella entonces–, soy una Righetti y llevo el escándalo en la sangre.

Fin